

P. CONRADO RODRIGUEZ, O. S. A.

EL ALMA VIRGILIANA
DE
SAN AGUSTIN



EL ESCORIAL
IMPRESA DEL MONASTERIO
1931



Ridmeijer

1930

EL ALMA VIRGILIANA

DE

SAN AGUSTIN

DR 8433

P. CONRADO RODRIGUEZ, O. S. A.

EL ALMA VIRGILIANA
DE
SAN AGUSTIN

Con las licencias necesarias



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Serie

8501

EL ESCORIAL
IMPRESA DEL REAL MONASTERIO
1930

CAPITULO PRIMERO

San Agustín y Virgilio

I. Preliminares. Las lágrimas de San Agustín. Una falta de comprensión. La florecilla que embalsama el templo.—II. La huella de Virgilio en la obra de San Agustín. Elogios al poeta. La doctrina del Doctor de la gracia y un pasaje de la Egloga Segunda.—III. Límites y extensión del virgilianismo de San Agustín. Una trilogía admirable. El Doctor africano nunca renegó del poeta de su infancia.—IV. Orígenes agustinianos del culto a Virgilio en la Edad Media.—V. El poeta y el patrono de los convertidos. San Agustín y Virgilio, defensores de Occidente.

I

Una veleidad afortunada de los tiempos, la que ha hecho coincidir las fiestas milenarias del nacimiento del uno con las fiestas centenarias de la muerte del otro, viene a recordarnos en estos días la antigua alianza con que los nombres de Virgilio y Agustín aparecieron siempre unidos en la imaginación de los hombres de letras. Aprovechando, pues, la favorable coyuntura que el azar nos pone entre las

manos, nada perderemos con abrir nuevamente las obras del santo y del poeta para estudiar los fundamentos de aquella alianza.

El sepulcro de San Agustín en Pavía y el de Virgilio en Nápoles son ahora, en este año jubilar, dos lugares excelsos de peregrinación. Despojados de todo aire doctoral y erudito que trascienda a lección de cátedra, estos ensayos no salen con otra ambición que la de hacer pensar en el Obispo de Hipona a los peregrinos de Nápoles y despertar también en los peregrinos de Pavía el recuerdo del poeta que hizo llorar a San Agustín. No es a entrar en una clase de Gramática latina, es a un viaje por Italia y todas las costas del Mediterráneo a lo que invito al lector.

La Eneida y las Confesiones han llegado a hacerse inseparables. Aquellas lágrimas de ternura que el escolar de Madaura vertía sobre los exámetros en que el cantor de Eneas describe los funestos amores de la reina de Cartago, se guardan todavía, en los anales de la historia literaria, como el homenaje más noble y sincero tributado por los admiradores de todos los siglos al vate mantuano. Si en la cajita primorosa que, hallada entre los despojos de Darío, destinó Alejandro para custodiar la Iliada, pudiésemos nosotros colocar la Eneida, allí debiéramos poner también las lágrimas

de San Agustín. Citar al santo al hablar del poeta, citar al poeta cuando se describe la juventud del santo, tiene ya el manoseado y venerable prestigio de los lugares comunes.

Confieso que mi primera intención, cuando me dí al estudio de Virgilio y San Agustín, no fué salirme de los lugares comunes. Creía que todo estaba ya explorado. Mi propósito era, sencillamente, pasear unas horas por el camino trillado en la dulce compañía del poeta y del santo predilectos, olvidar el fracaso y el tumulto con que los bocinazos de los automóviles y los gritos de los atropellados parecen estremecer ahora los caminos de la poesía y de la vida, para recrearme en la paz geórgica de los senderos virgilianos y beber agua pura de serenidad en el cuenco de haya, labrado por el divino Alcimedonte, en tanto que los zagales Menalcas y Dametas, esperando el juicio de Palemón, se lo disputaban en una pelea de cantares, y oír por último, sentado con Agustín y sus compañeros a la sombra del árbol famoso que había en la granja de Verecundo, aquellas pláticas familiares y profundas que, al fundir en una sola claridad la postrera sonrisa de la Musa pagana y los primeros resplandores del Evangelio, habían de ser el prólogo, como el cimiento de una obra que

abarcara el cielo y la tierra bajo sus bóvedas grandiosas.

La parte que pudiera tener Virgilio, en ese templo augusto debido al esfuerzo de San Agustín, me la figuraba yo como una florecilla que, ya nacida espontáneamente, ya transplantada allí con verdadero amor por el arquitecto mismo, asomase entre las junturas de las piedras del atrio.

Pronto cambié de opinión. Afirma el príncipe de la crítica literaria en Francia, en su admirable estudio acerca del poeta latino (1), que las lágrimas arrancadas a San Agustín por la muerte desastrosa de Dido conmueven más por el espejismo de la distancia en que las contemplamos que por lo que fueron en realidad, ya que, según él, la ternura del hijo de Santa Mónica no era tan viva y delicada como quisieran imaginársela sus lectores. Es lástima que el exquisito gustador de tantos primores literarios no leyese, al mismo tiempo que las obras de Virgilio, cualquiera de las obras de San Agustín. Entre otras cosas, hubiera evitado la mancha de tal afirmación, que suena como un desplante, en uno de sus libros más hermosos. Quien alguna vez haya sabo-

(1) Sainte-Beuve, *Etude sur Virgile*.

reado las páginas del obispo de Hipona no puede menos de rebelarse contra ella.

No, la sorpresa del que, buscando la huella de Virgilio, estudia de cerca la obra total de San Agustín, no es la de ver evaporarse la maravilla que de lejos habíamos soñado, es la de encontrarse con una realidad que sobrepuja en intensidad, en extensión y en hermosura a las risueñas fantasmagorías que pudiéramos habernos forjado con la distancia. Lo sorprendente, al ir avanzando en la lectura del Santo Padre, es contemplar la florecilla, que antes habíamos visto asomar como avergonzada entre las piedras del atrio, luciendo esplendorosa por todos los muros interiores del santuario, perfumando el altar, sin que sus aromas, mezclados con los que exhalan las rosas del Evangelio, despidan vahos de profanación.

II

Cuando los templos que en Asia y en Europa tenían las Sibilas fueron desplomándose, y los dioses del paganismo, que hasta entonces las protegieran, habían sido también sepultados para siempre con los escombros de sus altares, la Iglesia católica, conmovida en sus entrañas de madre al ver abandonadas y vagabundas a las que, habiendo anunciado la veni-

da del Redentor, podía llamar hijas suyas, las puso bajo su protección, y les dió hospitalidad en sus templos. La Liturgia coloca a las Sibilas al lado de David, y en las pinturas de catedrales y basílicas, en la imaginería de los pórticos ojivales y de las sillerías de coro, no es raro ver unidos al profeta Isaías y a las antiguas intérpretes de los dioses.

¿Qué otra cosa es la que ha hecho San Agustín con Virgilio? Porque no se crea que sus lágrimas de adolescente sobre los versos del poeta amado, de las cuales parece arrepentirse como de uno de tantos extravíos de su juventud, señalan en Agustín el apogeo y el término de la influencia virgílica. El convertido, el sacerdote, el doctor, el obispo, el santo, muestran por Virgilio la misma devoción que el antiguo adolescente apasionado. Es ya en las obras de su madurez intelectual y cristiana cuando los elogios al poeta latino brotan con más calor y más frecuencia de la pluma del Doctor africano:

Poeta magnus omniumque præclarissimus atque optimus (1); locutor egregius (2); poeta

(1) De civitate Dei, l. I, c. 3.

(2) Enar. in Psalmum 118, c. 29.

clarissimus (1); *poeta nobilissimus* (2); *summum poetam* (3)....

Nada valen, sin embargo, estos elogios, con los demás que andan diseminados por sus escritos, al lado de otros testimonios de virgilianismo latente, pero avasallador, que aquellos nos ofrecen. Párese la atención en las obras del glorioso Doctor, lo mismo cuando llora los extravíos de su juventud que cuando, convertido en campeón de la fe, sale a luchar en todos los frentes contra el error y la herejía, y siempre se le verá acompañado del poeta que, de niño, le hiciera llorar. Alegando la austeridad de sus especulaciones más áridas y metafísicas, los versos de Virgilio, como pájaros que estuviesen ocultos en la orilla de todos los senderos, parecen despertarse al ruido de los pasos de Agustín y vuelan y cantan en torno de los sutiles argumentos. Fatigados en aquella atmósfera de abstracciones, los ojos de Agustín se reaniman al verlos; saborea éste unos instantes la dulzura de la canción no aprendida por ningún otro poeta de la tierra, y avanza, avanza sin cesar, hasta que para alivio de la nueva fatiga surgen otros versos nuevos.

(1) De civit. Dei, l. VIII, c. 19.

(2) Id. l. X, c. 27.

(3) Enchiridión, c. 17.

No, no es exagerado decir que en ese mundo maravilloso de la obra agustiniana, la más gigantesca que salió de las manos del hombre, lo que canta y lo que alegra, las aves y los arroyuelos, la música y las flores, son de procedencia virgiliana. Sobre los centenares de citas expresas, algunas de las cuales reproducen episodios enteros, están los centenares de alusiones y de imágenes, el aire, sobre todo, el ritmo de las páginas más inspiradas de San Agustín. Hay párrafos y hasta capítulos en sus obras que, leídos en alta voz, producen, por su magia verbal, el mismo encanto que los mejores versos de Virgilio. Sepárese de los exámetros del poeta y de algunas exclamaciones del santo la letra del sentido lógico, dejando saborear al alma, sin distraerla en otra cosa, la vaga melodía de la música, y se observará que verso y prosa cantan la misma canción, como si en el dulce adormecimiento en que nos deja sumidos el desfilar de aquellas palabras puras y sonoras oyésemos el borbotar de unas aguas, siempre iguales y siempre distintas, entre las piedrezuelas del mismo manantial.

Ocasiones tendré de citar ejemplos al estudiar el concepto de la poesía en San Agustín, concepto en cuya formación tuvo tanta parte el glorioso mantuano. Ahora solamente haré mención de uno en que, no ya la música, que

para algunos no sería más que música, sino el pensamiento mismo, una sentencia que Virgilio pone en labios del pastor de la segunda Egloga, le sirve al Santo Doctor para explicar en sus tratados, epístolas y sermones la atracción invencible y al mismo tiempo sin violencia que la gracia de Dios ejerce sobre la voluntad humana:

*Florentem cytisum sequitur lasciva capella;
Te Corydon, o Alexi: trahit sua quemque vo-
[luptas...*

Todas las páginas en que el problema de la libertad y de la gracia es desarrollado por Agustín llevan consigo el aroma de este final de la Egloga virgílica. La página que voy a citar es una explicación de lo que Nuestro Señor Jesucristo dice en el Evangelio de San Juan: *Nemo potest venire ad me, nisi Pater, qui misit me traxerit eum*. Véase la glosa del Santo Doctor que, unas líneas antes, había unido ya el *Trahit sua quemque voluptas* del poeta latino con el *Post odorem unguentorum tuorum currimus* del Cantar de los Cantares:

*Ramum viridem ostendis ovi, et trahis illam.
Nuces puero demonstrantur, et trahitur: et
quo currit trahitur, amando trahitur, sine
læsione corporis trahitur, cordis vinculo trahi-
tur. Si ergo ista, quæ inter delicias et volup-*

tates terrenas revelantur amantibus, trahunt, quoniam verum est «trahit sua quemque voluptas», non trahit revelatus Christus a Patre? Quid enim fortius desiderat anima quam veritatem? (1).

Poco importa, como se ve, que la cabra de Virgilio, tal vez por el recuerdo preponderante de las tiernísimas parábolas y comparaciones del Evangelio, se haya transformado en oveja; la flor del citiso, que en otros lugares es también hierba vulgar, en un ramo verde cualquiera; la pasión del pastorcillo por Alexis, en golosinas infantiles. La genealogía virgiliana de este pasaje de San Agustín no es, por eso, menos evidente.

III

Lejos, no obstante, de mi ánimo, la idea de explicar por Virgilio toda la obra de San Agustín. Sería ceguera y profanación, si una excentricidad caprichosa y pueril mereciese tales nombres. La figura del obispo de Hipona como cristiano, como doctor y como santo tiene perspectivas maravillosas, en lo sobrenatural y hasta en lo humano, que no pueden encerrarse en los horizontes campesinos de las

(1) *In Joan.* Tr. XXVI-n. 5—Vid. Id. n. 4; Serm. CXXX-n. 2; *Epist.* CCXXVII, ad Vital.; *De correptione et gratia*, c. XIV, n. 45, etc...

Eglogas y tampoco caben en la inmensidad de los mares y de las tierras, atravesados en su dolorosa peregrinación por los fugitivos de Troya. Yo no quiero fijarme en otro aspecto, al hablar de las relaciones entre Virgilio y San Agustín, que el puramente literario y psicológico. Creo, además, que no hay otro en que el poeta y el santo puedan compararse. El alma virgiliana no es, pues, toda el alma, no es siquiera la mejor parte del alma de Agustín. El virgilianismo representa uno solo de los múltiples aspectos que en la vida y en la obra del obispo de Hipona resplandecen.

Como en San Agustín todo es grande y todo cautiva, yo me dejé cautivar por el virgilianismo, que tiene para mí, sobre el encanto de ver juntas otra vez la santidad y la poesía, la atracción de los temas vírgenes.

Cosa extraña. Acerca de Virgilio y San Agustín, fuera de unas cuantas líneas incidentales en trabajos de diversa índole, nada se ha escrito todavía, si no es un folleto de cuarenta y tres páginas, impreso en Alemania, que se limita a catalogar, con omisiones que, si se apuntasen, transformarían el folleto en libro, los lugares de Virgilio que se hallan citados en las obras del obispo de Hipona (1).

(1) Dr. J. Vasold, «Augustinus quæ hauserit ex Vergilio» München, 1907.

¿Quién duda, sin embargo, que, contemplándole a través de Virgilio, podemos conocer mejor a San Agustín? Ponderando la influencia del Santo Doctor en los siglos posteriores, influencia que no puede explicarse solamente por sus dotes intelectuales, hablaba cierto escritor racionalista de la ternura del corazón del hijo de Santa Mónica, de los elementos femeninos que había en el genio del Doctor africano. Aquella ternura, que parece realmente maternal, la explicaba él por la influencia de Santa Mónica en la misma formación intelectual del hijo de sus lágrimas.

Acertara por completo en su explicación, si junto al nombre de aquella madre incomparable hubiera puesto el de Virgilio. Mucho debe, en verdad, el poeta latino a Homero y a Teócrito: imágenes, ideas, tecnicismo, toda la osamenta de sus héroes y pastores. Lo que el mantuano nunca tuvo que pedir al extranjero, lo que distingue su poesía de todas las demás, lo mismo griegas que romanas, es la ternura. En ese reino del corazón, no hay quien le dispute la soberanía. ¿Existe por ventura, entre los teólogos y filósofos, alguno que pueda, en este mismo reino, disputarle la corona a San Agustín? Obra de arte la del uno, obra especulativa la del otro, los versos de Virgilio y los tratados de San Agustín, en que el cora-

zón tiene tanta parte, necesitan del concurso del corazón para ser comprendidos. Aquí resaltan con tal vigor las analogías entre la obra del santo y la obra del poeta que, no bastando la influencia literaria, hay que acudir al corazón mismo de sus autores para explicarlas. Tal semejanza en las obras no puede tener otro origen que la semejanza de aquellas dos almas tan delicadas y ardientes, dos almas naturalmente cristianas. Separados por el trascendental acaecimiento de la venida del Redentor, que dividió la historia en dos mitades, el uno y el otro suspiran con el anhelo no saciado de la verdad, de la paz, del amor y de la belleza.

Felix qui potuit rerum cognoscere causas! (1).

¿No hay en este verso de Virgilio, glosado tantas veces por el obispo de Hipona, como un augurio de lo que el desgraciado poeta hubiera sido, si la muerte no viene a interrumpirle en la meditación filosófica a la cual acababa de consagrarse para siempre? El poeta pagano sentía la tristeza de ser más grande que los dioses por él imaginados. Había nacido, como Agustín, con la sed de una Belleza que fuese al mismo tiempo Verdad. Si la vida les hizo tomar rumbos diferentes, y mientras el uno,

(1) Geor. II, 490.

entregado en cuerpo y alma al servicio de las Musas, sueña siempre con romper la dulce esclavitud para dedicarse a la filosofía, el otro, en sus tareas absorbentes de apóstol y doctor de la cristiandad, busca en vano unas horas de ocio para escribir con calma sobre los principios eternos de la poesía y de la música, los dos, sin embargo, marchan empujados por la misma inquietud, los dos atraen, con la admiración, el cariño de los hombres, que no pueden menos de sentirse contagiados por aquella unción de piadosa ternura en que dejaron empapadas sus obras.

Eso es lo que les hace nuestros contemporáneos, y lo que les hace también hermanos. Nunca hubiera el hijo de Santa Mónica tenido a Virgilio por autor predilecto, si entre las almas grandes de la antigüedad encontrara otra que se pareciese más a la suya. El dulce cantor de las *Eglogas* en el pasado y el pintor de Urbino después, forman, con Agustín, el triunvirato inmortal que en el mundo de la poesía, de la pintura y de la ciencia exaltó el imperio del corazón.

Amar a cualquiera de ellos, es amar a los otros. ¡Cómo se hubieran comprendido, de encontrarse juntos alguna vez en el apacible retiro de Casiaco, aquellos tres hombres! La quinta de Milán, con su paisaje de *égloga*,

bañado en resplandores de transfiguración, hubiera sido entonces la obra maestra de Rafael, la fusión armoniosa de las dos grandes cualidades de su genio; la dulce suavidad de los rostros de sus Madonas quedaría representada en la Madre de San Agustín, en los lagos, árboles y montañas de la lejanía; la pasión, el dinamismo ardiente, en los ojos de los interlocutores, hambrientos de verdad y de belleza infinitas, que fuesen las imágenes de Virgilio, Agustín y el mismo Rafael; como símbolo material de sus almas, unas flores a la vera de un arroyuelo y una columna de humo, que fuese transformándose en luz al alejarse de la tierra, sobre el cráter de un volcán... Cada uno hubiera amado en los otros algo de sí mismo.

Algo de sí mismo era también lo que percibía Agustín al dejarse embriagar por la dulzura de la música virgiliana. El espíritu atormentado del estudiante y del profesor cartaginés, antes de abrazarse con la Verdad que no se muda, cambió de sistemas filosóficos, quemó varias veces los ídolos que antes adoraba. Nunca, sin embargo, renegó de Virgilio. El poeta, que desde niño le había llegado tan al corazón, fué tal vez la única estrella que, en sus noches de duda y escepticismo, dejó de padecer eclipses. Leyendo sus versos, sentía

crecer las alas que el hastío y el desengaño le cortaban. Atraído por la luz del Evangelio, al abrir las epístolas de San Pablo bajo la higuera del huerto de Milán, no vuelve las espaldas al poeta adorado. Lejos de decirle adiós, como el visionario florentino, en los umbrales del cielo, descubierto ya el rostro deseado de Beatriz, le lleva consigo, como queriéndole hacer partícipe de su bienaventuranza. Bajo los árboles de Casiaco, los neófitos que se preparan para el bautismo leen por las mañanas a Virgilio y disputan al atardecer sobre la verdad y la vida dichosa...

Una secuencia, que durante toda la Edad Media se cantaba en las iglesias de Mantua, pone en boca de San Pablo, que, al decir de una antigua tradición, había honrado con sus apariciones la tumba de Virgilio en las cercanías de Nápoles, las siguientes palabras:

*Ad Maronis Mausoleum
ductus fudit super eum
piae rorem lacrymae:
«Quem te, inquit, reddidissem,
si te vivum invenissem,
Poetarum maxime!»*

Este anhelo del Apóstol, que no es otro que el de ganar para Cristo el alma nobilísima del poeta pagano, latía también en el corazón

de San Agustín. Habla de él lo mismo que San Pablo, con la tristeza de no haberle conocido.

No importa. Conoció sus obras, y bien puede decirse que el mismo que bautizó la filosofía de Platón, hizo también cristiana la poesía de Virgilio. Los resplandores de profecía con que la *Egloga* cuarta apareció nimbada a los ojos de la posteridad, atrajeron desde el principio los ojos iluminados de Agustín. No fué el poeta florentino, al acudir al cantor de Eneas en busca de guía para su peregrinación por el infierno y el purgatorio, fué el obispo de Hipona quien, viendo en Virgilio al profeta del Redentor, ganó para él la simpatía de los corazones cristianos. Antes de vagar como un fantasma por los círculos infernales, el poeta latino se había hecho ya ciudadano de la ciudad imaginada por Agustín.

Pero, dejando para después el estudio de la exégesis que hace el Doctor africano de los versos mesiánicos, conocidos de todos, que aparecen en la famosa *Egloga* de Virgilio, ya que ahora solamente trato de sugerir los aspectos en que el poeta y el santo se relacionan, no quiero pasar en silencio el amor, heredado de San Agustín, que profesaban a Virgilio los monjes de la Edad Media.

El Renacimiento, el verdadero Renacimien-

to no fué, como muchos se lo imaginan, la risotada estrepitosa de alegría pagana que iluminó de juventud el rostro de la Edad Media, enjuto y demacrado hasta entonces por los rigores del ascetismo cristiano. No. La dorada luz que vemos aparecer en aquellos días, como una aureola de anunciación, sobre las frentes de los sabios de Europa, fué solamente una proyección, sobre los hombres del siglo, de aquella luz que los monjes y los doctores eclesiásticos habían mantenido viva en el claustro de catedrales y monasterios, poniéndola, con amor celoso, al abrigo de los vientos destructores de guerra y de barbarie que soplaban fuera. La fusión entre el espíritu cristiano y la poesía pagana era ya una realidad en los días de San Agustín. Templos y estatuas se hundieron para siempre al ímpetu de los invasores. Los versos de los poetas, los versos de Virgilio sobre todo, habían de salir incólumes de la catástrofe. Muchos cristianos los sabían de memoria. En iglesias y monasterios, si los hubieran olvidado, se guardaban con veneración los códices en que habían de llegar hasta nosotros la voz y el aroma del único paganismo inmortal.

Recordad las andanzas de Petrarca, el obrero que más trabajó en la restauración del humanismo cristiano, tal como le había concebido

leyendo las obras de San Agustín. Unas veces como embajador de príncipes poderosos, tocados ya entonces de la manía de los volúmenes decorativos; otras veces siguiendo el impulso de su afición no fingida por las letras antiguas, el cantor de Laura corrió todos los caminos de Italia y de Provenza en busca de las reliquias de Apolo que pudieron hallarse en los viejos pergaminos. Nunca pasaba junto a las puertas de un convento desconocido, de una iglesia no visitada todavía, que no se apease de su cabalgadura para examinar la biblioteca y ver si podía aumentar su tesoro poético con nuevos hallazgos. Hubo jornadas en que la mala estrella no le permitió hacer descubrimiento ninguno, y al volver una vez, ya de noche, fatigado él y más fatigada su escolta, camino de la población en que había de alojarse, oyó sonar a sus espaldas la campana del Angelus. ¿Sería la de un monasterio, cuya existencia ignoraba? Allí seguramente les tenía reservado Dios el premio de sus fatigas. Volvió grupas, y al monasterio presentido se encaminaron todos con la esperanza cierta de encontrar en él lo que vanamente habían buscado en otras partes. Visitó sin fruto en varias ocasiones palacios y castillos. Nunca, sin embargo, había llamado inútilmente a las puertas de un convento.

Basta poner los ojos en la Patrología, en

aquellos infolios venerables que hoy, por desgracia nuestra, hojeamos tan poco, para ver cómo corre por los claustros de la catedral y del monasterio el hilillo de agua que, naciendo a borbotones entre las frondas de Casiaco, había de saltar otra vez, como si naciese de nuevo, en los pilones de mármol del Renacimiento.

Creer muchos que el Virgilio de los tiempos medievales no es más que el profeta, cuyos versos, convertidos en oráculos, figuran en los himnos litúrgicos y en los libros que las Sibilas de las catedrales llevan en las manos, el galán enamorado y sabedor de artes mágicas que nos ha transmitido el Arcipreste de Hita:

*Al sabidor Virgilio, como dice en el texto,
engañólo la dueña, cuando lo colgó en el cesto
cuidando que lo sobía a su torre por esto.
Porque le hizo deshonra e escarnio del ruego,
el grand encantador fizole muy mal juego;
que cuanto era en Roma, en punto morió luego...*

No puede negarse, es verdad, que la leyenda del vaticinador y del mago llegó al vulgo que nada sabía del poeta. ¿Cómo habían de saborear los versos de Virgilio gentes que nunca supieron leer y escribir? Pero examinad el catálogo de los libros que entonces se leían en los monasterios, abrid una obra cualquiera de los es-

critores eclesiásticos, y rara será la biblioteca conventual en que no figuren varios volúmenes del poeta, rara la obra en que el nombre de Virgilio no aparezca citado con la devoción y la ternura que solamente los que han gustado sus versos pueden sentir. ¡Cuántos doctores de entonces pudieran hacer suyas las palabras de San Pedro Damiano: *Blandiebantur carmina poetarum... et sirenes usque in exitium dulces meum incantaverunt intellectum...* Sentía como una caricia las canciones de los poetas... y las sirenas, dulces hasta la muerte, tuvieron encantado mi espíritu (1). Poco importa que algunos lectores, no menos rígidos que superficiales, sólo perciban en estas frases, lo mismo que en otras parecidas de San Agustín, el gemido del pecador que quiere y no puede sacudir el yugo del profano deleite, que quiere y no puede romper el sortilegio en que la dulzura virgiliana le tiene prendido. Lo que revelan, ante todo, las palabras del santo, es la deliciosa ingenuidad del poeta latino, que al prometer al autor de sus días abstenerse para siempre de escribir nuevos versos, hacía en sonoros versos la solemne promesa. Los hijos de aquella Edad, enorme y delicada, sabían gustar la poesía mejor que nosotros!

(1) Vid. Taylor: *The medieval mind*, Londres, 1911 (t. I, p. 260).

Quédese ahora en afirmación, lo que después confirmaremos. La historia de Virgilio en los monasterios de la Edad media, tomando las pláticas de la quinta de Milán como punto de partida y los diálogos de Fray Luis con sus compañeros en las orillas del Tormes como epílogo glorioso, no sólo sería una revelación para los que estudian los orígenes del Renacimiento, no sólo sería la delicia de los rebuscadores de anécdotas y florecillas de Leyenda dorada, allí encontraríamos también manifestaciones inéditas de agustinianismo.

Como muestra, quiero citar este relato, exhumado por una mano piadosa de las crónicas de una Abadía que floreció en tiempo de San Anselmo. Había en el monasterio cierto novicio, Goscelín, que, al morir su madre, ya viuda, la cristiana Amelina, fué recogido desde la infancia por la caridad de los monjes. La crónica, en el latín pintoresco de la época, hace el elogio del oblato. Todos le querían, y él manifestaba una devoción fervorosa por los libros. Pero una vez, en el coro, le sorprendió el abad leyendo, en vez del Breviario, el códice de Virgilio. La falta era grave. Agravábase, en aquella sazón, a los ojos del abad, por el mal humor en que le había puesto la disipación de los cantores, que, por la época del año en que estaban, *primi veris tepentibus auris*, al decir

de la crónica, se sentían más inquietos que nunca. Formóle, pues, juicio sumarisimo, y ordenó que al amanecer del día siguiente, vestido ya como las gentes del siglo, abandonase el convento. La noticia corrió enseguida por todas las celdas. Los nombres del poeta y del novicio llenaron de rumores el claustro por algunas horas. Habíase producido una consternación general. El hermano refitolero, Hermanfrido, que conociera en el siglo a la madre del pobre oblato, parecía de los más atribulados.

Había otro, sin embargo, que, con no parecerlo, lo estaba como ninguno: era el monje Alberto, médico de la abadía y profesor de gramática de los novicios, el Alberto, probablemente, que figura en la correspondencia de San Anselmo. Enterado, pues, Alberto de lo que pasaba, hizo que Goscelín se presentase al instante en su celda. Le recibió entre severo y cariñoso. ¿Cómo había dejado a Dios por Virgilio? ¿Quién era Virgilio? ¿No recordaba el formidable *laudantur ubi non sunt* de San Agustín? Habiéndole ordenado que tomase asiento, le dijo que descubriese el brazo. No era nada. Como médico, tenía ese capricho, antes de decirle adiós para siempre. Cogióle el brazo que el joven le ofrecía temblando, y con el instrumento que empleaba para las sangrías,

pinchó en él, inoculando allí con rapidez asombrosa cierto extraño licor: *Sicut olivam oleastro, sic mirabilem ille liquorem venis Goscelini inseruit*. Como se ve hasta para la historia de la medicina hay datos preciosos en los Santos Padres... Luego, abrazando cariñosamente al oblató, le envió, medio desmayado, al Abad, para que, de rodillas, le pidiese nuevamente perdón.

La estratagema dió el fruto que el médico apetecía. El oblató, hasta que pasase la fiebre de la inyección, no podía salir del convento. Mientras curaba, fueron enterneciéndose las entrañas del Abad, que, al fin, con la promesa de no volver a dejar el Breviario por Virgilio, le permitió quedarse toda la vida en el monasterio. Pero Alberto y el oblató, que era su mejor discípulo, continuaron hablando en las clases de gramática del caballo de madera y del incendio de Troya. ¿No tenían también el ejemplo de San Agustín?

Analogía entre Virgilio y Agustín, que tampoco debe quedar en el olvido, es el amor que al poeta y al santo manifestaron siempre los grandes convertidos. Nada tiene de extraño que veneren al obispo de Hipona por patrono los que, como él, llegaron al puerto de la verdad después de caminar sin rumbo entre oscuridades y tormentas. La predilección por Virgilio

no tiene explicación tan fácil. Es verdad que sabemos de algunos gentiles, que luego fueron mártires, tocados por Dios en el corazón, como Marceliano, Secundiano y Veriano, en el instante de leer los famosos versos:

*Ultima Cumæi venit jam carminis ætas...
Jam nova progenies cælo dimittitur alto...*

Conocida es, sobre todo, después que el vate florentino la hizo inmortal, la conversión de Stacio que, al salir al encuentro de los dos poetas en uno de los círculos del Purgatorio, pudo decir, entre otras cosas, a Virgilio:

Per te poeta fui, per te cristiano.

.....
*Giá era il mondo tutto quanto pregno
della vera credenza seminata
per li messaggi dell' eterno regno;
e la parola tua sopra toccata
si consonava a' nuovi predicanti... (1).*

No creo, sin embargo, que en el afecto profesado al dulce cantor de las Eglogas por la mayoría de los grandes convertidos tenga parte alguna el mesianismo de unos cuantos versos suyos. Es el alma pura y apasionada que palpita en ellos, la nostalgia de una patria perdida y el noble afán por hallarla de nuevo,

(1) Purgatorio—Canto XXII.

en el lugar elegido por los dioses, que anima a los héroes de la Eneida, lo que, viendo allí retratada la inquietud que les empuja hacia Dios, hace tan sabrosa para los convertidos la lectura del poeta inmortal. Dése la explicación que se quiera, no hay más remedio que admitir la verdad del hecho. San Agustín, Newman... Estos dos nombres, si otros no hubiera, bastarían para confirmarlo. ¿Cómo callar, no obstante, ya que hablamos de Newman, el ejemplo de uno de los últimos convertidos de Oxford? Es uno de los mejores y más cultos humanistas ingleses. Siendo niño todavía, antes de empezar el estudio de la prosodia, compuso ya versos en latín y en griego. Entre los regalos que el joven universitario hacía a los suyos, figura cierto drama escrito en la lengua de Terencio.

Pero la obra en que Ronald Knox, que es el humanista de que hablamos, describe sus peregrinaciones espirituales hasta arribar en el catolicismo, aunque obra de juventud, no cabe en el marco de sus ensayos de escolar. El título de aquella nos trasporta ya al mundo virgiliano: «Una Eneida espiritual» (1). Poco a poco el encanto va creciendo. El itinerario de Eneas, desde su salida de Troya, con los

(1) «A Spiritual Aeneid», by Ronald A. Knox, late Fellow of Trinity College, Oxford. 1918.

vaivenes de sus naves en el Mediterráneo, las escalas en Cartago y en Sicilia, hasta llegar al Lacio, le sirve al autor para ir describiendo las etapas de su viaje espiritual del anglicanismo medio al ritualismo de la Alta Iglesia, hasta encontrar en la Iglesia Romana la paz definitiva. No se crea, sin embargo, que el insigne humanista, que todavía no es viejo, padece la manía arcaizante de los antiguos dómines, aquella que hizo a cierto clérigo español describir con versos de Virgilio las escenas de Navidad y de la Pasión como pudiera mover a otro, que no fuese clérigo, a utilizar el vocabulario del Kempis para la composición de una novela erótica.

La delicadeza y el buen sentido artístico y religioso le salvan de caer en chabacanerías. Preside en toda la obra el mismo espíritu de ponderación que revela aquella cita con que anuncia al Padre Martindal, maestro y confidente suyo, la aproximación definitiva al Credo de Roma:

¡Jam tandem Italiæ fugientis prendimus oras!

La sombra de Virgilio le acompaña en todo el viaje. Cuando describe sus estados de alma, la frase definitiva y reveladora es siempre uno de aquellos exámetros que cantan en su memoria:

*Nec jam amplius ullæ
apparent terræ, maria undique et undique
[cælum.*

De este modo nos declara, como con una fórmula sacramental, la soledad y el abandono, la noche oscura de su espíritu, en una de aquellas crisis libertadoras que habían de traerle al buen camino. Como en una visión de relámpago, dice él, después de recordar los citados versos, que se transformó el sentido de las últimas palabras. Hablaba del trágico abandono, en que su espíritu, desligado de todo, parecía caminar a tientas, y una luz repentina le hizo ver que sin duda por eso estaba mejor acompañado que nunca. *Maria undique et undique cælum...* El mar le hizo pensar en María; el cielo, que ni es cielo ni es azul, en la morada de los santos, en el manantial de las gracias divinas.

Como si amar a Virgilio del modo que Agustín le amaba fuese poco, el joven maestro nos hace recordar en su libro que fué el día de San Agustín, asistiendo en la iglesia protestante al sacrificio de la Misa que por vez primera celebraba un hermano suyo, cuando la flecha de la duda religiosa, que sólo pudo arrancarse ya junto al sepulcro de San Pedro, se le hundió más en el corazón.

Decadencia de Occidente, defensa de Occidente... Dos grandes pensadores nos han familiarizado ya con estas frases, de sugerencias terriblemente apocalípticas, que son fórmula de las inquietudes y anhelos de la hora presente. Ahí radica también una de las semejanzas que saltan a la vista del que considera la obra de Virgilio y San Agustín. Ambos son defensores de Occidente, defensores de Roma contra la barbarie. El *Barbarus has segetes*? del poeta latino nunca tuvo resonancia más conmovedora que en los últimos días del Obispo africano, cuyas epístolas y sermones reflejan, con la tristeza infinita del Apóstol que ve caer al paso de los vándalos todos los templos y basílicas, que poblaban la tierra de San Cipriano, la tristeza del hijo del Imperio que ve desmoronarse su patria y su civilización. «*Quod custodit Christus, non tollit Gothus*», decía, consolando a sus feligreses desde el púlpito, el Obispo de Hipona. ¡Lo que Cristo tiene bajo su custodia, no pueden arrebatarlo los bárbaros! Esto lo decía por la salud del alma, por la ciudad celeste y eterna. Nosotros, en cambio, podemos decirlo también de su obra, que, lo mismo que la de Virgilio, salió incólume de todos los incendios y catástrofes.

Alguno ha dicho que la victoria armada de

Roma sobre Cartago tuvo su compensación, durante los días de Agustín, en el triunfo espiritual del Obispo de Hipona, al convertir éste la iglesia de Africa en oráculo de las iglesias de Occidente. No, el triunfo de Agustín no fué contra Roma, fué contra los enemigos de Roma. Mejor pudiéramos decir que en el cordial abrazo del hijo de Santa Mónica al cantor de Eneas quedaron fundidos para siempre los antagonismos seculares de aquellas dos razas. Miradas serenamente, en la luminosa lejanía de la historia, la obra de Virgilio y la obra de San Agustín aparecen, no como dos ciudadelas enemigas, no como trofeos inmortales de dos victorias que recordasen mutuos vencimientos, sino como dos torres, las dos torres más altas de la muralla magnífica, levantada por el espíritu latino contra los godos de todas las edades. Una en Italia, otra en Africa, las dos se yerguen frente al mar glorioso que, después de haber visto pasar las naves griegas y romanas, las naves de los poetas, de los filósofos y de los conquistadores, fué cristianizado por San Pablo al trazar tantas veces sobre su frente azul, cruzándole en todos los sentidos, la Cruz del Redentor.

CAPITULO II

El poeta y el estudiante.

I. Las primeras lecturas de San Agustín y Santa Teresa. Un verso de Horacio. El ejemplo de Renan.—II. Agustín en Madaura. El primer milagro del poeta. La lectura de Virgilio en las escuelas.—III. Los profesores y el discípulo. Cartago.—IV. La hermandad del santo y del poeta. El sentimiento de la música.—V. Poema de amistad. El don de lágrimas.

I

Algunos comparan el fervoroso apasionamiento del hijo de Santa Mónica por Virgilio con aquella afición a los libros de caballerías que pasó como una nube primaveral por el alma de Santa Teresa. Sólo con salvedades puede admitirse tal comparación. Había raíces más profundas en el entusiasmo de Agustín por el poeta latino que en el que la hija de los Cepeda manifestaba por las aventuras de sus Amadises y Espalandianos. Lo que en el corazón de la Santa española fué nube pasajera,

había de ser para el Doctor africano la pasión de toda su vida.

Fuerza es confesar, no obstante, que el espíritu soñador de sus quince años, tan amigo de vagar por el mundo de la ficción como si allí estuviese su patria verdadera, es uno de los rasgos de semejanza que en los dos santos aparecen, y tal vez la razón secreta de la simpatía con que poetas y novelistas miraron siempre al Doctor africano y a la Doctora mística. Les consideran como dos de los suyos. Y ¿porqué no habían de serlo? No es menester, para considerarlos como tales, invocar el libro de caballerías que, en sus mocedades, compuso Santa Teresa y las poesías que, varias veces premiadas en los certámenes de Cartago, halagaron la vanidad de Agustín hasta el punto de llegar a creerse el heredero de Virgilio. Basta saber que, en su edad primera, se dejaron llevar por el encanto de aquellas lecturas.

Nada importa tampoco que los libros de caballerías, por ejemplo, de cuya afición no tardó en curarse, fuesen solamente para Santa Teresa liviano episodio, oculto en las primeras páginas del libro de su vida como una de esas flores, vago recuerdo de amores fenecidos, que se descubren a veces, secas ya, entre las hojas de los devocionarios. La afición primera,

trocada después en desvío y hasta en aborrecimiento, sigue, no obstante, perfumando el vaso antiguo en que floreció.

Pudo la Santa considerar como perdidas y funestas las horas empleadas en aquellas lecturas. Aquellas lecturas, sin embargo, habían de ser ya, fatalmente, posesión suya, gotas de savia en el torrente de su vida interior. Las alegorías, las frases alambicadas de los profanos amadores, la atmósfera de heroísmo caballeresco que, puestas en tensión todas sus facultades, había respirado con ansia durante horas y horas no podían menos de imprimir una huella profunda en la imaginación y en la sensibilidad de la fogosa adolescente. Examínese la arquitectura de su Castillo interior, y compáresela luego con la de los castillos que describen los novelistas de la época. ¿Cómo, habiendo quedado allí huellas de las mismas concepciones arquitectónicas, no habían de quedar las de otras impresiones que la llegarán mucho más adentro? Una Santa Teresa, que no hubiese conocido los libros de caballerías, tal vez fuese una santa mayor, nunca la Santa Teresa que todos veneramos. Arrancad a Virgilio de la vida y de la obra del obispo de Hipona, y os quedaréis también con un San Agustín mutilado.

*Quo semel est imbuta recens servabit odorem
testa diu. . .* (1).

Es el mismo San Agustín quien, hablando precisamente de los que después de haber leído a Virgilio en la niñez no pueden ya olvidarle en toda la vida, trae a la memoria el símil horaciano del vaso nuevo, que guarda hasta mucho tiempo después el aroma del primer líquido que contuvo (2).

Porque la ley del *díme lo que lees. . .* tiene todavía menos excepciones que la del *díme con quién andas. . .* Mejor que el amigo, el libro predilecto de nuestros primeros años es el indicio seguro para conocer, no solamente lo que fuimos entonces, sino lo que habíamos de ser siempre. No es difícil que, andando el tiempo, rechacemos por falso lo que el autor preferido nos enseñaba como verdadero y que lleguen a producirnos hastío las páginas que antes nos embelesaban; el amor puede convertirse en odio y hasta la oración en blasfemia.

Pero si el libro nos llegó verdaderamente al alma y le echábamos de menos en las horas tristes, como a una madre y a un hermano, y asomados a él, como a la orilla de un lago familiar, aprendimos a ver el espec-

(1) Horacio. *Epistol. lib. I, ep. II.*

(2) *De civit. Dei, lib. I, c. III.*

táculo del mundo y de la vida tal como en sus páginas aparecía reflejado, nunca podrá borrarse la señal que dejó en nosotros.

Escandalosa es en algunos escritores impíos, que guardan todavía en el gabinete su retrato de primera comunión, esa mezcla de religiosidad y satanismo, de blasfemias y preces litúrgicas que advertimos en sus obras. ¿Creéis que, la mayor parte de las veces, lo hacen por escandalizar? No lo creáis. Es que, perdida la fe, siguen teniendo imaginación y sensibilidad cristianas, y las oraciones que, siendo niños, rezaban por los libros de piedad, les vienen, sin querer, a los labios. Pocos ejemplos hay de tan triste elocuencia como el de Renán. Hablando de Jesucristo con intención deícida, pone en sus palabras tales acentos de piedad que los lectores candorosos quedan edificados al leerle, y salen fuera de sí, descubriendo bajo el velo de la devoción una taimada hipocresía, los que se tienen por sagaces. Unos y otros se engañan. Lo que, moviendo él la pluma, como la mueve sin duda, con la misma ferocidad de Longinos al blandir la lanza, hace, sin embargo, pensar en el unguento precioso que vertió la Magdalena sobre las plantas del Salvador, anda tan lejos de ser piedad verdadera como refinamiento hipócrita. La suave y fervorosa ternura, en que aparecen bañadas

algunas de sus frases, no es más que la expresión inconsciente, pero viva, de aquella sensibilidad que se despertó en el Seminario al contacto de las imágenes encendidas de los libros devotos, de los afectos y exclamaciones para después de la comunión. Dentro del impío, que había exterminado en su alma las antiguas creencias, quedaban intactos la imaginación y el sentimiento del sulpiciano. Todos los palimpsestos dejan entrever, bajo la nueva escritura, algunos vestigios por lo menos de la primitiva.

No cabe, con todo, hablar de palimpsestos, tratando de San Agustín y Virgilio. Ya lo indicábamos arriba. El amor de Dios vino a purificar, no a destruir la pasión del hijo de Mónica por el cantor de Eneas. Lejos de aparecer sobrepuestos, como si el uno hubiese sido escrito encima de las raspaduras de la otra, el Evangelio y la Eneida en la obra del Doctor africano saben entrelazar sus líneas y fundir sus resplandores, como la gracia y la naturaleza, en una sola claridad. Algunos elogios que, con fervor de novicio, tributó a Pitágoras, le parecieron excesivos a San Agustín, cuando ya en pleno dominio de la verdad cristiana, pudo descubrir, iluminado por ella, los errores del filósofo. (1). Nunca se arrepintió, en cam-

(1) «Nec illud placet quod Pythagorae philosopho tantum

bio, de las alabanzas tributadas al insigne, al preclarísimo, al sumo poeta...

II

Pero hablemos ya concretamente, después de estas divagaciones preliminares, que no tengo, sin embargo, por superfluas, de las relaciones íntimas entre el poeta y el estudiante. Es lástima que San Agustín no nos haya dicho nada del momento en que, al sentir por vez primera, con el sobresalto de una revelación, el aleteo inefable de los exámetros virgilianos, empezó a darse cuenta de que él también tenía alas. Sabemos, sin embargo, que fué en la ciudad de Madaura, patria de Apuleyo. Allí le habían enviado sus padres, una vez estudiadas las primeras letras en su pueblo natal, para que cursase la gramática. Como las primeras letras no comprendían entonces más que unas cuantas nociones de griego, latín y aritmética, y consta por el mismo testimonio del santo que no fué en la escuela de los primeros maestros, sino en la de los gramáticos, donde empezó a tomar gusto a los escritores latinos, nada tiene de aventurado afirmar que

laudis dedi...» (*Retract.* l. I, c. III). Alude al pasaje del lib. II. c. 20, *De Ordine*, en que llama a la doctrina de Pitágoras *venerabilis et prope divina*.

en Tagaste no conoció a Virgilio (1). Tal vez hubiese de analizar, como discípulo aventajado, algunos exámetros sueltos del poeta. Pero ¿qué importa? El terror que le inspiraba el látigo de aquellos odiosos profesores le hubiera hecho pasar sin conmoverse por las mismas lamentaciones de Dido abandonada.

El primer milagro que la lectura de Virgilio obró en el escolar de Madaura fué el de reconciliarle con los estudios.

Hubo otros factores, ciertamente, que, aliados con el encanto de la poesía virgíliana, le movieron a aquella reconciliación que había de ser definitiva. No fué uno de los menores la generosa satisfacción, mezclada de vanidad, que los designios de Patricio y Mónica, al enviarle a Madaura para que continuase sus estudios, le inspiraban. Muchos de sus compañeros de escuela, ya por falta de recursos, ya por falta de ingenio, tenían que contentarse con lo que, entre lágrimas y alborotos, aprendieron en los tugurios de los pedagogos tagastenses. En cambio él... Montado en uno de aquellos alazanes, que varias veces describe en sus obras

(1) «Admaveram enim latinas (*litteras*), non quas primi magistris sed quas docent qui grammatici vocantur...» (*Confess.* lib. I, c. XIII). Advierto aquí, para no multiplicar las citas, que todo lo referente a la vida estudiantil del Santo se halla en los tres primeros libros de las *Confesiones*.

con tanta complacencia, en el camino que iba de Tagaste a la ciudad de Apuleyo, látsale ya el corazón con los primeros halagos de la gloria.

No haremos al hijo de Santa Mónica y Patricio la ofensa de suponer que se despidió sin pena de sus padres. ¿Cómo no había de sentir una separación que debió ser la primera de su vida? Tenía motivos, sin embargo, para que la nostalgia del hogar se le hiciese llevadera, para que, al respirar los aires de Madaura, le pareciese verse libre de una pesadilla. Los profesores de Madaura no eran tan crueles como los de Tagaste. Ya no miraba, pues, la escuela como lugar de suplicio, suplicio verdadero, cuyas torturas dejaron tal impresión en él, que, siendo ya obispo y anciano, le hacían estremecerse y llegar a tener por menos terrible la idea de la muerte que la de volver a la infancia (1). Allí tampoco le atormentaba ya con su monotonía la odiosa cantinela de las tablas de sumar, cortada de vez en cuando por los gritos y lloriqueos de los castigados. Si, para seguir una comparación de Apuleyo (2),

(1) «¿Quis non exhorreat et mori eligat si ei proponatur mors perpetienda aut rursus infantia?» (*De civitate Dei*, lib. XXI, c. XIV).

(2) Habla Apuleyo de los tres grados que la enseñanza oficial tenía en el Imperio: primeras letras, gramática y retórica,

la primera copa del saber no le había dejado más que sabor de hieles en la boca, todo fué para acrecentar la dulzura de la segunda.

La segunda copa era la poesía, la poesía de Virgilio sobre todo. Seguramente leyó también entonces las obras de Horacio y de Catulo, de Ovidio y de Terencio, cuyos versos aparecen con frecuencia en las obras del Doctor africano. No pudo menos de oír hablar de Apuleyo y de recrearse en su lectura, ya que allí, entre sus compatriotas, era venerado como un dios, y el mismo Agustín le tiene por uno de los autores que mejor conocido es de los intelectuales del África proconsular (1). Todos estos, sin embargo, palidecen en su memoria al surgir en ella, dominador y único, el recuerdo de Virgilio. Es que Agustín no leía, vivía al poeta. Describiendo los episodios de su primera

comparándolos con tres copas del banquete de las Musas. Es un pasaje delicioso: «Sapientis viri super mensam celebre dictum est: Prima, inquit, cratera ad sitim pertinet, secunda ad hilaritatem, tertia ad voluptatem, quarta ad insaniam. Verum enim vero Musarum cratera versa vice quanto crebrior quantoque meracior, tanto propior ad animi sanitatem. Prima cratera Litteratoris ruditu eximit, secunda Grammatici doctrina instruit, tertia Rethoris eloquentia armat. Hactenus a plerisque potatur...» (*Floridorum*, lib. IV)

(1) «...Apuleius, enim, ut de illo potissimum loquamur qui nobis Afris Afer est notior.» (*Epist. C XXXVIII*)

juventud, el obispo de Hipona habla de los viajes de Eneas y del amor de Dido, del incendio de Troya y del caballo de madera, como de cosas vistas por él. La prosa misma de aquellos capítulos, que son verdaderos salmos penitenciales, brilla con irisaciones fugaces de versos virgilianos y delata, bajo los anatemas del sacerdote contra la mentira de las ficciones poéticas, la admiración y el encanto, que sobreviven en el hombre, vencíéndole y cautivándole con el sortilegio de las imágenes y de la música.

Pocas ventajas materiales debía de tener la escuela del gramático sobre la del primer maestro. Unas y otras se hallaban instaladas, de ordinario, en los soportales de los edificios, con unos toldos de columna a columna que, si preservaban a los alumnos del agua y del sol y de las miradas curiosas de los transeuntes, no impedían, sin embargo, que el tumulto callejero entrase en las escuelas y que el vocerío de las escuelas trascendiese a las plazas públicas. ¿No era el griterío de las escuelas una de las razones que enumeraba Marcial entre las muchas que le hacían insoportable la estancia en Roma? (1). Tenemos además el testi-

(1) Según él, en Roma no se podía pensar, ni descansar, ni vivir:

monio de San Agustín que, doliéndose de haber preferido en su adolescencia el estudio de las fábulas y de los versos, que son mentira, a la honrada tarea de aprender a leer y a escribir, que es de mayor provecho, lanza una amarga invectiva contra los gramáticos que, al poner cortinajes en los pórticos de las escuelas, lo hacen menos por guardar religiosamente el secreto que por encubrir el error (1).

Todos los indicios son, pues, para hacer sospechar que la escuela de Madaura difería muy poco de la representada en una pintura mural de Pompeya, que se conserva hoy en el Museo de Nápoles. Es un pórtico sostenido por columnas. Allí no hay toldos. El pintor los ha sustituido por guirnaldas que enlazan las columnas. Algunos impertinentes curiosos lo que pasa en el interior. Hay tres alumnos, sentados. Tienen largos cabellos y larga túnica. Sobre las rodillas ostentan un libro que parecen leer absortos. El maestro, de barba abundante, pasea con las manos ocultas

Nec cogitandi spatia, nec quiescendi
in urbe locus est pauperi. *Negant vitam
ludi magistri mane, nocte pistorum.* . .

(*Ad Sparsum*) lib. XII, cp. 48).

(1) «*At enim vela pendent liminibus grammaticarum scholarum: sed non illa magis honorem secreti, quam tegumentum erroris significant.*» (*Confess.*, lib. I, c. 13).

en el manto. En un rincón se ve a un niño, despojado de sus ropas, preparándose para recibir, mientras uno de sus camaradas le tiene cogido por el pie, los golpes de las varas que tiene ya en la mano otro personaje (1). Imagínese, en lugar de tres alumnos, una multitud; en lugar de guirnaldas vistosas, luengos cortinones desteñidos entre la escuela y la plaza, y se tendrá vivida la escena en que el hijo de Santa Mónica saboreaba las primicias de la poesía virgílica, la gloria del triunfo, que nunca es tan embriagadora y tan pura como a los quince años.

Porque Agustín triunfó al instante. Era costumbre de las escuelas que primeramente, al estudiar a los poetas, leyese el maestro el trozo que habían de comentar. Después, leía el discípulo. Una vez que éste pronunciaba los versos sin cometer falta alguna contra las leyes de la cantidad y del acento, volvía a repetirlos, sueltas ya las riendas del tecnicismo y de la gramática al impulso de la inspiración. ¡Entonces era de oír en labios del apasionado Agustín, la voz dulcísima de la madre de

(1) Vid. en *El fin del paganismo*, de G. Boissier, el cap. I del lib. II, que trata de *la Instrucción pública en el Imperio romano*.

Eneas, la voz ronca y sollozante de Dido, la vibración de toda la lira virgiliana!

Aplaudíanle los compañeros y le declaraban sin rival los profesores entusiasmados. Allí no necesitaba comprar con golosinas hurtadas, como en los juegos de la niñez, la victoria sobre sus compañeros. El futuro conquistador de inteligencias y corazones dió en Madaura los primeros pasos de su carrera imperial. Nada más levantarse Agustín, con el códice de Virgilio en la mano, callaban todos como si fuese a hablar un dios, subyugados por aquellos ojos, sabedores del secreto que todos los demás ignoraban.

III

No deja de ser extraño el silencio que acerca de sus profesores guardó siempre el antiguo escolar de Madaura. Sabemos los nombres, que, gracias a sus discípulos, han llegado hasta nosotros envueltos en una atmósfera de simpatía, de los maestros que tuvo en Roma San Jerónimo, del que tuvo en Burdeos San Paulino de Nola. Nada, en cambio, nos dice Agustín de los suyos. Tuvo correspondencia, después de convertido, con Máximo, gramático de Madaura. Este le escribió una carta en que, a vueltas de unas cuantas frases halagadoras

para el santo, la emprende contra los cristianos que, abominando del culto de los dioses, dan culto a los cadáveres de los mártires. ¡Hermosa ocasión, que el santo no hubiera desperdiciado, para endulzar la amarga ironía de la respuesta con el recuerdo emocionado de sus antiguos profesores madaurenses! No hay tal recuerdo, sin embargo. ¿Tendrá necesidad de otra prueba, el que conozca el corazón de San Agustín, para convencerse de que no trajo el recuerdo a la memoria por no acrecentar, precisamente, el aire despectivo que domina en su carta? Lo único que allí aparece bañado por un hálito de emoción sincera es el recuerdo de algunas cosas vistas por él en Madaura y el nombre de Virgilio. Háblele citado el gramático un verso del poeta, y el santo, no contento con repetir el verso citado, alega, por su cuenta, otros tres (1). Si el entusiasmo del hijo de Mónica por Virgilio hubiera brotado de la contagiosa admiración que sentían sus profesores por el poeta, no hay duda que el santo, al confesar su admiración, hubiera confesado también el origen. De otro modo, sería inexplicable su silencio. Como lo sería también, si los profesores hubieran tenido sobre él alguna influencia, ya intelectual y literaria, ya religiosa.

(1) Vid. *Epist.* XVI y XVII, escritas las dos hacia el año 390.

No es el silencio solo de Agustín el que nos inclina a sospecharlo. Los gramáticos y retóricos africanos gozaron siempre de poco prestigio en el imperio. Unos pocos que lograron perpetuar su nombre, no fué en Numidia, sino en Italia donde florecieron. Los intelectuales de entonces no tenían otra ambición que la de ser consagrados como tales en Roma, lo mismo que los de hoy en París. Ciudades pequeñas, al estilo de Madaura, no eran pedestal adecuado para los maestros que tuviesen títulos para soñar con la gloria. Aquellos maestros, en una palabra, no merecían tener al hijo de Mónica por discípulo.

Había, además, otra razón para que Agustín mirase con recelosa desconfianza a sus maestros. El paganismo reinaba todavía en Madaura. Allí presenció él muchas de las abominaciones, cuya descripción había de servirle después, en sus libros apoloéticos, para confundir a los gentiles. Es, por consiguiente, seguro que la mayor parte, al menos, de sus profesores vivía en el paganismo. Pagano era también el gramático de Madaura, antes mencionado, y generalmente en la mayoría de los cargos públicos tenían preponderancia los paganos. Sobre todo, en las escuelas. Estaba muy reciente el decreto de Juliano (1) prohi-

(1) Fué promulgado el año 362.

biendo que los cristianos enseñasen los autores clásicos en las escuelas, para suponer que, en tiempos de Agustín, hubieran cambiado las cosas. Este peligro no pudo esconderse a los ojos de Santa Mónica, que tan cristianamente había educado al hijo de sus entrañas ¿Cómo no le había de prevenir contra las asechanzas de sus profesores? Aquí, por fortuna, las palabras y el ejemplo de la madre triunfaron de las palabras y el ejemplo de los gramáticos de Madaura. Fué providencial, en ese sentido, el que Agustín no encontrase entre los maestros paganos almas tan grandes como la suya, que, comprendiéndole se hiciesen amar del glorioso discípulo. ¡Sabe Dios el rumbo que, de encontrarse entonces con un adorador de los dioses paganos, armado contra su fe de catecúmeno con el prestigio del magisterio, de la sabiduría y de la elocuencia, hubiera tomado San Agustín!

Pero, como él solo la tripulaba, la nave de Virgilio no le llevó nunca a las regiones malditas que Santa Mónica le había enseñado a detestar.

Había en las escuelas de entonces, además de la lectura y declamación de los versos, otros ejercicios en que Agustín, si cabe, salía más airoso. Lo cuenta él mismo. Después de leer una página de Virgilio, los profesores les ha-

cían repetir en prosa lo que el poeta había dicho en verso. Era la prueba decisiva. Los que triunfasen en aquellos torneos, ya podían contar con la admisión en la escuela del retórico. ¡Cómo saboreaba Agustín los triunfos de aquellos días! Erguido en medio de la escuela, que para él se transformaba en foro, iba parafraseando, con todas las velas de su inspiración al viento, los pasajes conmovedores de la Eneida: los coloquios de Niso y Euryalo, las quejas de Dido, las airadas y dolorosas palabras de Juno. El maestro, que, con el látigo en una mano y la corona de laurel en la otra, espiaba los gestos, las palabras y todos los movimientos de los pequeños oradores, no hacía ya temblar al antiguo párvulo de Tagaste. La corona era siempre para Agustín.

Aquellos triunfos, sin embargo, los aplausos que al recitar a Virgilio le prodigaban en los certámenes públicos no hubieran bastado para enamorarle del poeta. Fué en el silencio de la lectura solitaria donde el alma de Agustín, que aborrecía por instinto las algazaras ruidosas, iba poco a poco impregnándose de aquella poesía, en cuya atmósfera de pasión y de nobleza no podía menos de vivir y respirar a sus anchas. Trataba con los héroes de Virgilio más que con los estudiantes de Madaura. Sus alegrías, sus tristezas de entonces estaban enno-

blecidas por el nimbo de unos versos virgilianos. La Doctora de Avila, en sus años de romanticismo, no pegaba los ojos la noche en que no tenía libro nuevo. El escolar de Madaura tenía bastante con Virgilio. Era mal día, para él, el día en que no derramaba algunas lágrimas de compasión por las desventuras de aquellos fantasmas poéticos. Sufría, confiesa él mismo, cuando los maestros, obligándole a leer otros autores, no le permitían recrearse en aquellas escenas que le arrancaban lágrimas: *Dolerem, quia non legerem quod do-lerem...*

Habiendo salido de Madaura, una vez hechos los estudios gramaticales, después de aquellas forzosas y tristes vacaciones en su pueblo natal, logró que el sueño dorado de su vida estudiantil, oír a los retóricos de Cartago, tuviese cumplimiento. *Cartaginem veni!* La retórica, la dialéctica, la música, la geometría, el derecho, la filosofía, todo lo aprendió en Cartago. Hambriento de verdad y de gloria, el estudio era en él una pasión tan ardiente como la del amor. Enemigos suyos, que entonces le conocieron y admiraron, habían de confesarlo después. Allí, sin embargo, lo mismo que en Madaura, la influencia de los profesores en el discípulo parece haber sido nula. ¿Cómo concebir, de otro modo, que en la dedicatoria

de su primer libro, escrito en Cartago, no figurase el nombre de ninguno de sus profesores, sino el de Hiero, que explicaba la retórica en Roma y sólo de nombre era conocido por Agustín? La ilusión, pues, de oír a los grandes maestros no tardó en desvanecerse. Había más luz en su inteligencia que en las palabras de aquellos charlatanes.

Lo que no se desvaneció nunca fué el encanto de la poesía virgíliana. Hacía versos él mismo, declamaba los de Virgilio, iba al teatro para oírseles cantar a los actores. ¿Cómo no imaginarle, frente al mar, en una de aquellas tardes luminosas y tibias de Cartago, repitiendo, sobre el teatro mismo de la escena descrita por Virgilio, las lamentaciones de la reina desventurada, que murió de amor? Aquellos versos candentes y embrujadores, que nunca podía leer sin lágrimas en los ojos, eran escuchados en religioso silencio por los amigos que le acompañaban en sus poéticas excursiones. Le oían a Agustín hablar de las desgracias de Dido con la misma emoción con que la Fenicia y sus cortesanos oyeron contar a Eneas el incendio de Troya y sus propias desventuras :

C onticuere omnes, intentique ora tenebant...

IV

No menos dulce que hacedero sería reconstruir ahora, en los aspectos que se relacionan con Virgilio, la vida estudiantil cartaginesa en el siglo cuarto. Como, no obstante, la empresa nos llevaría demasiado lejos, contentémonos con saber que la vida estudiantil del futuro obispo de Hipona, inaugurada bajo el signo de Virgilio, guardó siempre, lo mismo en sus afanes científicos que en sus aventuras sentimentales, lo mismo para el bien que para el mal, la impronta virgiliana. Las palabras de Santa Mónica y los versos de Virgilio, si bien las palabras maternas habían de quedar a veces ahogadas por el furioso griterío de las pasiones y los versos del poeta postergados para siempre, entre sollozos de arrepentimiento, a los salmos de David, nunca dejaron de resonar, con eco profundísimo, en el alma del maniqueo y del doctor. Aquellas palabras y aquellos versos eran la misma voz de su alma.

¿Qué había, pues, en Virgilio para cautivar de tal manera al estudiante de Madaura y de Cartago? ¿Qué anhelos del espíritu y de la sensibilidad agustiniana podían, en aquella época, encontrar el bien apetecido al arrullo de unos exámetros?

Indicios hay en la obra del poeta y en la obra del santo que, sin profundas cavilaciones nuestras, pueden revelarnos el secreto de aquella intimidad. Primeramente, la constitución física de los dos fué la misma. Eran débiles, tenían el pecho delicado. La melancolía voluptuosa, que dominó en la primera juventud de Agustín, que duró en Virgilio toda la vida, no tuvo tal vez otros orígenes. Uno y otro, nacidos y criados en el campo, vivieron siempre en el estrépito de las ciudades con la nostalgia del silencio, de la paz sagrada de la naturaleza, cuyos encantos nunca aciertan a comprender y menos a gustar del todo lo que no los gozaron desde niños. Pobres aldeanos, uno y otro debieron al sacrificio de sus padres la brillante educación liberal que habían recibido. No era pequeño consuelo para la vanidad del estudiante de Madaura, antes de ir a Cartago, pensar que también Virgilio, como no le podían pagar sus padres, antes de ir a Milán, había estudiado en Cremona. Semejantes los dos por aficiones y por origen, por naturaleza y educación, se hubieran hecho amigos nada más conocerse. ¿Quién duda, pues, que ya la biografía de Virgilio, divulgada en todas las escuelas por los libros de los gramáticos, dispuso el corazón del hijo de Santa Mónica para mirar al poeta con simpatía?

Había otras razones, sin embargo, que pesaban mucho más en el ánimo de Agustín. Toda la vida luchó, y no pudo vencerla, contra la seducción de la música. La belleza de los sonidos fué siempre más poderosa para cautivarle que la de los colores y de las formas. Véase lo que él mismo dice, varios años después de su conversión:

«Fueron los placeres del oído los que con mayor tenacidad me tuvieron cautivo y subyugado; pero tú, Dios mío, rompiste aquellas ataduras, dejándome libre. Confieso, sin embargo, que no puedo dejar de complacerme todavía al oír los cánticos, vivificados por tus palabras, si es una voz dulce y sabia la que los entona. No es que mi alma se pegue a la melodía, pero no puede levantarse sobre ella libremente. La música deleitosa, con que los santos pensamientos vienen acompañados, pide también que la reciba en mi alma decorosamente y apenas sé guardar la medida que conviene. Yo creo que, muchas veces, no la guardo, y es porque conozco que, con una música, las palabras santas encienden en mi espíritu unas llamaradas de amor, que, con otra música, no logran encender... Pero el deleite sensible, al cual no conviene rendir el espíritu para que lo debilite, me engaña con frecuencia, no contentándose con acompañar al pensamiento

como humilde servidor suyo, sino adelantándose a él y queriendo señorearle. Peco en estas cosas, sin darme cuenta; pero me la doy, después de haber pecado... » (1).

Pueden reirse de estos escrúpulos las almas vulgares. La de San Agustín, alma delicadísima, que no podía hacerse a la idea de que uno solo de sus movimientos no fuese por Dios y para Dios, sufrió verdaderas congojas, luchando y vacilando entre la majestad de la palabra divina y la seducción de la palabra sonora. Ninguno ha sentido como él la desgarradura de esa tragedia íntima, que, sólo al fin de su vida, parece haberse apaciguado. Miles de testimonios en que San Agustín deja saltar y zambullirse a las ideas en una tumultuosa orgía de sonoridades verbales, pudieran ponerse aquí. Huelgan todos, sin embargo, después de las frases arriba citadas. La misma intensidad de sus escrúpulos es la medida del estremecimiento arrobador que en aquella sensibilidad producían los sonidos.

Imagínese, pues, el embeleso en que los exámetros de Virgilio, cuya música embriagadora saboreaba entonces con la avidez desenfrenada y ardiente de sus quince años, habrían de tener cautivo al estudiante de Madaura. No hay

(1) *Confess.* lib. X, c. 33.

poeta que aventaje al mantuano en la musicalidad de sus versos. Allí se percibe el estruendo metálico de las armas y el galopar, con los cascos hiriendo la tierra y con sus jadeos el aire, del caballo; la brisa que apenas mueve las hojas de los árboles en la siesta y los vientos de tempestad que encrespan las olas; la flauta pastoril y el aliento, húmedo de sangre, del moribundo que deja escapar el alma por la herida.

Abundan, ciertamente, los versos que todavía guardan la tosquedad de los ruidos naturales. No hay que olvidar que el poeta, sin tiempo para corregirlos, hubiera preferido, con tal de que los malos versos se quemasen, ver toda la Eneida consumida por las llamas. Pero el amor al bien triunfó del miedo al mal. Aquellos otros versos, que son mayoría, de inefables y múltiples resonancias, purificadas ya por una accesión paciente y dolorosa para el abrazo con la eternidad, impregnados de alma, nunca dejarán de ofrecer regalo y medicina a los espíritus selectos. Uno solo de aquellos versos definitivos basta para iluminar con resplandores de poesía los pasajes más lánguidos y desaliñados. Es como si, transportados repentinamente a las alturas por uno de los magníficos aletazos de la inspiración virgiliana, quedásemos allí gozando, con la

suspensión del éxtasis, mientras las alas abatidas descienden lastimosamente hacia la tierra de la vulgaridad.

*Ibant obscuri sola sub nocte per umbram...
Formosam resonare doces Amaryllida silvas...
... Gelidusque per ima cucurrit
ossa tremor...*

Los que conozcan al mantuano, recordarán centenares de versos parecidos, que, después de leerse, dejan en el ánimo una estela que, al cerrar el libro, no se ha borrado todavía. La línea feliz hace vibrar toda la página.

Porque no es solamente la sonoridad, que otros tienen también para fatigarnos con ella, lo que encanta en la música de Virgilio. El escolar de Madaura y de Cartago sentía allí como la seducción de una caricia extraña, el halago indefinible de una voz maternal que, hable de lo que quiera, tiene siempre para el oído cierto dejo de piedad amorosa. Nunca se parece más a sí mismo el cantor de Eneas que al llorar, como una madre, sobre el sepulcro de los héroes, cubriendo el cadáver de las víctimas amadas con los lirios que pedía el venerable Anquises para honrar los despojos del desventurado Marcelo: *Manibus date lilia plenis...* Sabe entonar cánticos de victoria, pero, ante el espectáculo de la muerte, amigos y

enemigos le parecen hermanos, y sus palabras salen veladas por un vaho de tristeza. Sobre sus campos de batalla corren siempre, dominando el estruendo y el griterío de los luchadores, los aires amorosos y perfumados de las églogas. La ternura de Virgilio toca los límites que separan lo delicado de lo enfermizo.

¿Necesitaba el hijo de Santa Mónica, que tenía también el mismo flaco, de otros hechizos para dejarse vencer? Entonces y después, la poesía de Virgilio fué para el Doctor africano, al mismo tiempo que manifestación acabada de las tendencias y anhelos que en el fondo de sí mismo veía dibujarse oscuramente, la voz prodigiosa y única que, naciendo de un alma llagada, como la suya, sabía el secreto de la canción adormecedora. ¡Cómo penetraría en su alma el bálsamo de la piedad virgiliana, que, ya convertido, en aquellas vacaciones inolvidables de la granja de Milán, hacía que sus amigos le leyesen, los días que estaba enfermo, una parte más, sobre la ordinaria, de las obras de Virgilio!

V

La verdad, el amor, la gloria, la amistad, todos los sueños y pasiones que bullían entonces, con hervor de vino nuevo, en la fogosa

imaginación del estudiante de Cartago, pasan también, impetuosos y fascinadores, por el alma de Niso y Euryalo, de Lausus y Pallas, de todos los jóvenes en que alienta el soplo creador del mantuano. Si no tenemos noticias, por desgracia, de la juventud del poeta, que nos sirvan de fundamento para compararla con la juventud del santo, allí, en aquellas figuras juveniles, late seguramente el alma juvenil de Virgilio. Compárese los gozos y tormentos de los enamorados de la Eneida con la descripción que hace San Agustín de las amarguras que acibararon sus primeros amores. ¿No son las mismas almas, atormentadas por el mismo suplicio?

Voy a contentarme con traer a la memoria, ya que es uno de los ejemplos más flagrantes del virgilianismo de San Agustín, la elegía en que llora el Santo Doctor la muerte del amigo desconocido. Sólo por ella, merecía ya figurar entre David y Virgilio.

Tenía el corazón demasiado triste para proponerse, al escribirla, seguir el modelo de las lamentaciones virgilianas. Allí todo es suyo, no hay sombra de artificio que pueda resistir el calor de humanidad exhalado por aquellas frases. ¿Quién duda, sin embargo, que, tal vez por lo mismo, es el lugar más virgiliano de San Agustín? Habían pasado ya

cerca de treinta años, después de muerto el amigo, y todavía nos cuenta los juegos de la infancia, la comunidad de estudios, entre los cuales brotó la dulce aurora de la amistad, como si fuesen recientes. Era San Agustín el que le dominaba, ya que, catecúmeno como él, le había hecho abrazar el maniqueísmo. Como episodio, aquella amistad no tiene nada de pintoresco. Parece una de tantas. ¡Mirad, mirad, sin embargo, cómo sabía amar y sufrir el hijo de Santa Mónica!

«Sentí tanto su pérdida que se llenó mi corazón de tinieblas y todo lo que miraba se me aparecía con semblantes de muerte. La patria era un suplicio para mí, y la casa de mis padres, extraña morada de desdichas. Todo lo que, con él, me había deleitado, me dolía, sin él, como desgarrador tormento. Mis ojos le buscaban en todas partes, y en ninguna le veían. Llegué a aborrecer todas las cosas, porque en ninguna le encontraba. Ya no podrán decirme, como cuando él vivía, al ir yo a buscarle y no hallarse mi amigo en casa: espera, no tardará en venir. Yo mismo era para mí un enigma doloroso, y preguntaba a mi alma porqué estaba triste y me atormentaba sin que ella supiese responderme. Si le animaba para que esperase en Dios, se burlaba con razón de mí, porque el amigo queridísimo que

yo había perdido era más real y mejor bien que el vano fantasma que yo tenía entonces por Dios, y en el cual le mandaba que esperase. Sólo el llanto me era dulce y gustoso, viniendo a ocupar el puesto de mi amigo en las delicias de mi corazón. *Solus fletus erat dulcis mihi...*» (1).

Siguen otros dos capítulos en que la tristeza del amor perdido y la voluptuosidad de las lágrimas convierten sus frases conmovedoras en sollozos. No es menester prolongar la cita. Lo que hemos alegado basta para sugerirnos la hermandad de sentimientos que había entre el santo y el poeta. Los dos tienen el don de lágrimas. Despojar de él a Virgilio, sería cegar el manantial más puro de su poesía, que tuvo siempre por lema el *Sunt lachrymæ rerum...* ¿Cautivaría acaso San Agustín, como hoy cautiva los corazones, si no hubiese llorado tanto? *Et flebam amarissime, et requiescebam in amaritudine...* Ahí ha de buscarse también, como en la Eneida, el secreto de la atracción humana de las Confesiones. Habiéndole echado en cara sus enemigos las citas de autores paganos que empedraban sus libros, ved cómo se defendía San Jerónimo: «¿Cómo queréis que perdamos la memoria de nuestra

(1) *Confess.*, lib. IV, c. 4.

infancia? Puedo jurar que no he abierto los autores profanos desde que salí de la escuela; pero confieso que allí los había leído. ¿Es menester, pues, que yo beba agua del Leteo para no acordarme más de ellos?» (1). Nunca hubiera podido San Agustín, en lo que se refiere a Virgilio, hacer iguales juramentos. El agua del Leteo no hubiera bastado tampoco, aunque dejara de leerlo, para hacérsele olvidar. Había que arrancarle, para ello, las fibras del propio corazón. El discípulo de Madaura se veía a sí mismo en la obra del poeta, como la Doctora de Avila en la del Obispo de Hipona. Hablando del don de lágrimas, lo mismo puede decirse virgilianismo de San Agustín que agustinianismo de Virgilio.

(1) *Apología adv. Rufinum*, I, 30-31.

CAPITULO III

La Conversión.

I. El testimonio de San Agustín y las fantasías de los críticos. Bosquejo de un mapa espiritual.—II. Cómo cayó en el maniqueísmo. Lamentaciones del Santo. Los poetas y los maniqueos. Las fábulas paganas. La poesía de Virgilio y las pasiones.—III. La vuelta hacia la verdad. Las lecturas de Casiaco. El arte y la filosofía. ¿Virgilio en el cielo?—IV. El espíritu religioso de las Geórgicas y de la Eneida. El platonismo de Virgilio. Posición del poeta en el mapa espiritual de la Conversión de San Agustín.

I

Como en la de San Pablo, pocos problemas hay en la vida de San Agustín que despierten la curiosidad y acaloren los ánimos como el problema de su conversión. Cada capítulo de las Confesiones tiene ya, por lo menos, tres volúmenes de comentarios. No obstante, lo mismo que el apóstol, fué también el obispo de Hipona quien sobre la traída y llevada cuestión dijo la última palabra. Lo más que han logrado los mejores críticos, después de muchas divagaciones y alardes exegeticos, ha

sido convencernos de que lo único que podemos saber acerca de la conversión del hijo de Santa Mónica, siempre que pongamos nuestro grano de sal en la interpretación de sus páginas, es lo que él, con más claridad que ninguno, nos había ya contado. Algunos misterios, ciertamente, quedan velados para nosotros en aquella descripción del tortuoso itinerario que hasta su abrazo definitivo con la Verdad siguiera el hijo de Santa Mónica, como unos jirones de niebla que en la conciencia del mismo convertido no llegaron tampoco a disiparse... ¿Cómo destejer y contar los múltiples hilillos por los cuales tira la gracia de nosotros, cómo adivinar todos los secretos artificios que para rendir al corazón del hombre emplea muchas veces la estrategia divina?

No obstante, ninguno ha sondeado como el convertido de Milán en las profundidades del misterio de la operación íntima de Dios en las almas. Ambición ridícula sería tratar de esclarecer las sombras que para los ojos iluminados de San Agustín fueron impenetrables. Nuestra tarea debe reducirse, si queremos reconstruir el estado de su alma en los años tormentosos de su juventud, al análisis de las varias influencias que entonces obraban, lo mismo sobre su corazón que sobre su espíritu, al estudio sereno y escrupuloso del mapa es-

piritual que en sus obras nos ha dejado, para buscar allí los puntos oscuros y los puntos luminosos, las sendas que le desviaban y las sendas que le iban acercando al camino real que, por último, había de llevarle hasta Dios. Las interrupciones que aparecen en esas hileras de señales, indicadoras de sus idas y venidas por todos los campos de la religión y de la filosofía, no pueden suplirse más que por conjeturas. Hagan los críticos las que quieran. Lo que nunca, si son honrados, pueden permitirse, es alterar y suprimir las señales que de su itinerario dejó el mismo viajero, para adaptar las certidumbres de éste al hilo de aquellas conjeturas aventuradas. Hay que leer a San Agustín para saber lo que dice, para adivinar, en conformidad con esto, lo que calla; no levantar de antemano el andamiaje de una teoría imaginaria para ir cubriéndola y justificándola después con unas cuantas frases cogidas en el texto a salto de mata. Este camino, que no todos siguieron, es el único que puede llevarnos, sin desviaciones peligrosas, al esclarecimiento del problema de la conversión de San Agustín.

Imposible fuera, en lo humano, esclarecer totalmente problemas de tal índole. Aquí, por otra parte, resultarían fuera de lugar las disquisiciones que acerca del asunto, en todos sus

aspectos, pudieran suscitarse. Voy a limitarme por ahora, siguiendo el camino que antes señalaba como único, al aspecto virgiliano de la cuestión.

La influencia de Virgilio en San Agustín no puede negarse. ¿Llegó la influencia hasta tal punto que la poesía virgiliana se mezclase de alguna manera en las crisis religiosas que padeció, ya para calmarlas, ya para exacerbarlas? Entre la multitud de señales luminosas y señales oscuras que pueblan el mapa espiritual de que antes hablábamos ¿qué lugar ocupan los versos de la Eneida? Es el mismo San Agustín quien tiene que respondernos. Sólo cuando él calle, trataremos de investigar las sugerencias que en su silencio pueden ocultarse.

Primeramente, como él mismo lo declara, el hijo de Santa Mónica bebió con la leche maternal la doctrina y el amor de Jesucristo. La severidad de sus maestros, que le azotaban en la escuela, el poco amparo que en sus padres encontraba al quejarse de los azotes, le hacían volver los ojos al cielo, pidiendo a Dios con ansias fervorosas que le librase de aquellos castigos. Menos Patricio, todos eran cristianos en su casa. Enfermó una vez y, temeroso de morir, el mismo pequeñuelo pide las aguas bautismales, que, al fin, como hubiese curado, no le fueron administradas. Amor excesivo a

las diversiones y desapego al estudio, vanidad, pequeñas mentiras, pequeños hurtos, tales son los pecados que, al evocar su niñez, deplora San Agustín con doliente amargura. El anatema más grave que lanza el obispo de Hipona contra el arrapiezo de Tagaste es el de buscar su gozo en las criaturas, en vez de buscarlo en Dios: «*Hoc enim peccabam quod non in Ipso, sed in creaturis voluptates quaerebam...*» La fe, que su madre le había inculcado, seguía iluminándole.

Viene después la adolescencia. El desperezo brutal de las pasiones le coge desprevenido, sin defensa. Las palabras de su madre no tienen ya fuerza sobre su espíritu. Sabe ya él más que ella. Engreído con los aplausos, amigo de ir a solas por el camino de la vida para triunfar sobre todos, como había triunfado en las aulas, no quiere que ninguno le lleve de la mano. Le avergonzaba seguir, aunque fuesen de su madre, consejos femeniles: *monitus muliebres, quibus obtemperare erubescerem...* La furia de la carne y los anhelos del corazón juegan con el escolar desamparado, que en las lecturas que le imponen los maestros cartagineses encuentra un acitade y una aureola, en vez de encontrar un freno y una condenación, para los excesos de las pasiones. El pecado se dora para él con los prestigios de la poesía. El amor

del amor, el amor mismo, la rabia de los celos, todas las dulzuras y todas las hieles de la copa del mal fueron gustadas por él en aquella tumultuosa primavera carnal que dura de sus dieciséis a sus diecinueve años. Tampoco, en medio de este torbellino, padeció naufragio su fe. Acusándose de los pecados de entonces, afirma él mismo que en Cartago acudía a las solemnidades eclesiásticas. Todavía, al cumplir los diecinueve años, le quedaban vestigios, al menos, de sus creencias infantiles. Fué en aquella época cuando, después de ponderar la sacudida que sintió dentro de sí al leer las exhortaciones de Cicerón al estudio de la sabiduría, como si aquello hubiera sido el primer aletazo de su espíritu para desprenderse del cieno y subir hacia Dios, dice también que el entusiasmo despertado en su alma por el libro de Cicerón no fué cabal por haber echado de menos en sus páginas admirables el nombre de Cristo, el dulce nombre que, habiendo entrado en su corazón con la leche materna, seguía alentando en él como el amor de sus amores. Ya podían tener los escritos que cayesen en sus manos filigranas literarias, resplandores de verdad y de belleza. Como este nombre faltase de ellos, nunca le cautivaban del todo (1).

(1) *Et hoc solum in tanta flagrantia refrangebatur, quod nomen Christi non erat ibi, quoniam hoc nomen... in ipso adhuc*

La verdadera ascensión, que la lectura del Hortensio había provocado en el alma del retórico, le movió a consagrarse con ahínco a la sabiduría. La amaba con ardor. Estuviese donde estuviese, quería alcanzarla, poseerla, abrazarse fuertemente con ella: *et quaererem, et adsequerem et tenerem atque amplexarer fortiter*. Abre con este noble y sincero afán las Sagradas Escrituras. Pero el retórico, que no había abdicado de su orgullo, sufre una desilusión al encontrarse con la vulgaridad, con la pobreza de su estilo. Abandona, sin más, la lectura. Entra en relaciones con los maniqueos, queda deslumbrado por su lenguaje seductor, en el que, para que nada faltase, salían a relucir a todas horas el nombre de Cristo y el nombre de la verdad, y el hijo de Santa Monica se hace maniqueo, llegando a burlarse de lo que su madre le había enseñado a venerar. Perdió, por último, la fe.

Este fué, en esquema, el proceso seguido por Agustín desde que, piadoso catecúmeno, dejó los brazos de su madre, hasta que cayó en las redes de los maniqueos. Nada más echar la vista sobre él, una cosa aparece con toda claridad: que la pérdida de sus creencias infantiles

lacte matris tenerum cor meum pie biberat et alte retinebat, et quidquid sine hoc nomine fuisset, quamvis litteratum et expolitum et veridicum, non me totum rapiebat (Confess. lib. III, c. IV).

no es atribuída por el hijo de Mónica, inmediatamente al menos, a sus desenfrenos pasionales, sino al orgullo, a la soberbia intelectual. Si cerró los Libros santos no fué por el miedo que le inspirase la severidad de los preceptos evangélicos, fué por imaginarse que la Sabiduría, con tanto anhelo buscada, no podía estar oculta debajo de tan plebeyas vestiduras. No fué el espolazo de la carne, fué el casto y ardiente deseo de la Verdad el que le empujó, por la ceguera de su orgullo, al maniqueísmo. No le pusieron otro cebo los propagandistas de la secta. Contando él, después de su conversión, las funestas ilusiones de aquellos días, declara, como en disculpa, que siempre, al escuchar de los labios y leer en los libros de los maniqueos el nombre de la Verdad, latían con estremecimientos de júbilo y anhelos de posesión todas las fibras de su alma: *O veritas, veritas, quam intime etiam tum medullae animi mei suspirabant tibi, cum te illi sonarent mihi frequenter et multipliciter...* El amor a la verdad nunca se apagó en su alma.

II

Hechas estas aclaraciones, necesarias para señalar fielmente la parte que Virgilio pudiera haber tenido en la apostasía, aunque parezca

duro llamarla con tal nombre, del retórico de Cartago, hora es ya de saber lo que el santo dice del poeta. Viendo la influencia de éste, si tuvo alguna, en la pérdida de su fe, iremos abriendo el camino para estudiar después la influencia, ya favorable, ya perjudicial, que tuvo en su conversión. Es el mismo problema, visto por las dos caras.

No hay duda que San Agustín, en varios lugares de sus obras, habla como de un sortilegio maléfico del encanto que sobre él ejercían las fábulas virgilianas. Suenan a salmo penitencial las frases en que nos cuenta, arrependido, las lágrimas que le hacían derramar las desventuras de aquellos hombres y mujeres imaginarios, la deliciosa angustia de su corazón adolescente al atravesar por vez primera, llevado de la mano por Virgilio, aquellas regiones encantadas en que el amor se le aparecía sonriente y tenebroso, como hermano a la vez de la aurora y de la muerte. Locuras, mentiras, bagatelas, humo, viento: *dementia, errores, inania mugarum, fumus et ventus...* Agota el vocabulario de las palabras despectivas para condenar aquellas fábulas que le hacían aprender en las escuelas, aquellas fábulas, que de tal modo le deleitaban en otro tiempo con el dulcísimo espectáculo de su vanidad. Le duele, sobre todo, el haber llorado como una

desgracia propia la muerte de Dido, víctima del amor desesperado, al mismo tiempo que le dejaba impasible, sin hacerle derramar una sola lágrima, la muerte verdadera que entonces, alejada de Dios, que era su vida, estaba padeciendo su alma, víctima del pecado: *et plorare Didonem mortuam, quia se occidit ab amore, cum interea me ipsum in his a te morientem, Deus, vita mea, siccis oculis ferrem miserimus* (1).

No cesan aquí sus lamentaciones. Ved lo que dice, al evocar los aplausos que recibía en las escuelas, de profesores y compañeros, después de haber glosado en una prosa candente las furiosas exclamaciones que Virgilio pone en labios de la diosa Juno, despechada por la esterilidad de sus esfuerzos en alejar de las costas de Italia al príncipe troyano:

«¿No había otra cosa en qué ejercitar mi ingenio y mi palabra? Tus alabanzas, Señor, tus alabanzas, que por medio de las Sagradas Escrituras, hubieran mantenido en alto mi corazón, como el árbol al sarmiento de la vid que se encarama por su tronco, para que, entre la vanidad de aquellas bagatelas, no le arrebatasen miserablemente los pájaros del cielo...» (2).

(1) *Confess.*, lib. I, c. XIII.

(2) *Confess.*, lib. I, c. XVII.

Esto es lo que dice San Agustín. Tomadas las palabras como suenan, mueven a creer que, entre las múltiples lecturas de su juventud, no hubo ninguna que el hijo de Santa Mónica considerase tan funesta como la lectura de Virgilio.

No se alarmen, con todo, los admiradores del poeta. Primeramente, si hubiese alguna duda, el mismo San Agustín declara, como si tratase de desagraviar a Virgilio por la dureza de algunas frases que se le escaparon de la pluma, que las fábulas de los poetas le hicieron mucho menos daño que las palabras de los maniqueos. Nunca los poetas le hicieron renegar de la fe, cuyos principios le había inculcado su madre. «¡Cuánto mejores, dice, hablando de los maniqueos, cuánto mejores eran las fábulas de los gramáticos y de los poetas que las patrañas que ellos me enseñaban! Porque, ciertamente, de más utilidad son los versos y canciones y hasta el vuelo de Medea, que aquellos cinco elementos, teñidos de varios modos en los cinco antros de las tinieblas, los cuales, sobre no ser nada, dan muerte al que en ellos cree. El verso y la canción son transformados por mí en algo verdadero y provechoso. Cantaba, es verdad, el vuelo de Medea, pero no lo afirmaba: oíalo cantar, pero no lo creía. Aquellas patrañas, sin embargo, fueron creídas por mí...» (1).

(1) *Confess.*, lib. III, c. VI.

Pero si la poesía virgiliana, en aquellos años en que se dejó embriagar por ella, no fué poderosa para arrancarle la fe del corazón, ¿no contribuyó a entibiarla? ¿No fueron las imágenes seductoras, que los versos del poeta amado le ofrecían, las que avivaron en el fogoso adolescente, iluminándola con resplandores de belleza para hacerla más peligrosa, la llamada de los torpes amores que habían de tenerle cautivo tanto tiempo? No puede responderse del mismo modo a las dos preguntas. Desgraciadamente, al responder a la primera, fuerza es presentar a Virgilio, más que como ángel de la guarda, como príncipe de las tinieblas. No le acusa el obispo de Hipona, es verdad, de nada que pudiese dar al traste con la solidez de sus creencias. El poeta, si algo hubiera hecho en este sentido, nunca sería para inclinarle hacia los maniqueos, sino al paganismo, cosa que tal vez, de no haber sido Mónica cristiana y Patricio pagano, hubiera tenido que lamentar San Agustín. Hay que buscar por otro camino la verdadera razón de sus lamentaciones contra el encanto de la poesía virgiliana que le tuvo preso aquellos años. Uno de los grandes convertidos de ahora, al hacer examen de conciencia, después de recobrada la fe, sobre los motivos que, insensiblemente, le llevaron a abandonarla, insis-

te en el desequilibrio que, para su formación literaria, hubo entre las disciplinas profanas y la cultura religiosa:

«Imaginad, dice, un espíritu joven, lleno de avidez y curiosidad, para el que se abren a la vez todos los caminos del conocimiento humano: las artes, la literatura, la ciencia, los oficios, la historia. ¡Cuántos mundos nuevos! Avanza con rapidez, un poco aturrido. Son menester para ello toda su fuerza de atención, todos los instantes del día... ¿Queda algo para Dios? ¿Qué se hace para formar su alma?

...Nuestro buen capellán no trataba de competir, por medio de esa viviente simpatía que cautiva a los corazones juveniles, con nuestros profesores de humanidades y de ciencias. Frente a las vidas de Plutarco ¿nos daba él la vida de los Santos, la vida, siquiera, del divino Maestro? No. En la historia de las naciones, ¿dedicaba a la historia del pueblo elegido, a la historia de los Apóstoles, de los Papas, de la Iglesia, el lugar preferente que se les debe? Tampoco. Nos hablaba de abstracciones. Cuando la filosofía, reservada para espíritus más sazonados, se dejaba para el final de los estudios, él nos hacía entrever, a los trece años, las altas cumbres de la teología. Disertaba como un sabio, a mi parecer, sobre el pecado original, las virtudes teologales, la gracia. ¡Cuán-

to mejor hiciera en leernos las actas de Santa Cecilia, las relaciones acerca de la Pasión, de Ana Catalina, y hasta las mismas Florecillas legendarias! Porque, a la verdad, nosotros no le entendíamos, y acabábamos por no escucharle» (1).

El escolar de Madaura y de Cartago se hubiera reconocido a sí mismo en estas páginas. El obispo de Hipona y el poeta francés, que hubieron de sufrir la misma derrota, señalan también, unánimes, no al enemigo que los venció, sino al que los dejó desarmados antes de la batalla. No es otro el alcance que, al condenar su afición a Virgilio, tienen las duras expresiones de San Agustín. Era mayor que la del nuevo la desgracia del antiguo convertido. Lejos de su madre, éste no tenía, como el otro, capellán que, siquiera torpemente, le hablase de Dios y de su alma. Sus maestros eran paganos, paganos sus estudios, pagana la ciudad en que vivía. Armada con las instrucciones, con el recuerdo cariñoso de una madre santa, la fe del catecúmeno pudo triunfar sin grandes esfuerzos de todas las seducciones del paganismo ambiente. La imaginación, en cambio, no pudo deshacer el cerco que iba forman-

(1) Henry Ghéon: «L'Homme né de la guerre», págs. 12-13. (Paris. Bloud et Gay).

do en torno suyo el coro de las Musas. Si la voz de Mónica hubiera resonado aquellos días para recordarle, al volver de la escuela, las parábolas del Evangelio, la historia de David y Jonatás, es seguro que la música de los exámetros virgilianos no hubiera sido peligrosa para Agustín. Oía sólo la música del poeta, y en el dulce letargo en que le dejaba sumido fabricaba con su imaginación mundos artificiales donde los héroes y los dioses de Virgilio eran sus compañeros. Allí se refugiaba el estudiante, huyendo de la vulgar chabacanería de sus condiscípulos de Cartago. Allí gozaba y allí tenía puesto su corazón y desde allí contemplaba, al través de luminosos y encantadores espejismos, los misterios de la vida y el espectáculo del mundo. Pero Dios y la Verdad se hallaban ausentes de allí, y él no los echaba de menos. . . Amaba a los héroes de Virgilio, que eran imaginarios, con el amor que Dios y la Verdad estaban reclamando para sí.

Siempre que San Agustín habla del mal que le hicieron las fábulas virgilianas, lo dice en este sentido. Sólo en éste puede decirse que fué perniciosa para él la influencia del mantuano. La de cualquier otro poeta hubiera sido peor. Si Virgilio con su ternura, con la música inefable de sus versos, con la invención de sus fábulas cautivadoras, ocupó en el corazón y

en la fantasía de Agustín el lugar que Dios había elegido, pensad también qué hubiera sido de Agustín, si la primacía, que sobre él ejerció Virgilio, la ejercieran en aquellos años Marcial, Apuleyo y hasta el mismo Horacio. ¿Qué de extraño tiene, por otra parte, que el mismo que pintó con tan negros colores la malicia del hurto de unas manzanas, al pensar que los héroes de Virgilio ocupaban el lugar de Dios, condenase la ocupación como un adulterio espiritual?

La poesía del cantor de Eneas, lejos de avivar en Agustín el rescoldo de las malas pasiones, fué tal vez el rocío que, con las lágrimas de Santa Mónica, impidió que su corazón, ardiente y sin freno, se convirtiese en cenizas. Alguna parte, es verdad, tuvieron los poetas en sus extravíos pasionales. Pero Virgilio, no. Cuando el Obispo de Hipona, al hablar de los años de su juventud, echa en cara a los profesores las lecturas que imponían a sus discípulos, salpicadas de episodios en que la violación, el rapto y el adulterio aparecían glorificados con la aureola de la divinidad y de la poesía, cita varios ejemplos. Ninguno es de Virgilio. Su poeta predilecto era el más casto de todos los que se leían en las escuelas. Conoce el amor, y lo describe y lo canta como ninguno. Siempre guarda, sin embargo, cierta nobleza, cierto

pudor instintivo que en los demás se echa de menos. La ternura, en él, domina a la torpeza. No hay más que recordar el retrato de Venus que nos ha dejado en la Eneida. Lejos de ser la diosa del placer, único aspecto que poetas y pintores acostumbra a ver en ella, la Venus de Virgilio es una madre. La maternidad la ha purificado. No son aventuras amorosas, sino protección y consuelo para las desgracias de su hijo Eneas, lo que busca en sus idas y venidas por mar, tierra y cielo. Sólo una vez en todo el poema, al pedir a Vulcano, su burlado esposo, una armadura para el hijo que ella tuvo de Anquises, viendo que el herrero vacila, apela a sus astucias de mujer para lograr lo que pretende: *Cunctantem amplexu molli fovet*. La ternura maternal, sin embargo, que alienta en las palabras de Venus, hace olvidar la crudeza del único pasaje voluptuoso de la Eneida:

*Ergo eadem supplex venio, et sanctum mihi
numen
arma rogo, genitrix nato...*

Noble, casto poeta, leyendo a Virgilio a todas horas, prendida su alma en el encanto de aquella atmósfera de belleza, pudo pecar San Agustín. Lo que no pudo fué pecar por el encanto de Virgilio. Gracias a él, por el contrario, no cayó en la abyección. La poesía ver-

dadera es un preservativo. No pueden sentirse las bellas emociones, los generosos impulsos de las obras de arte teniendo aprisionadas en el fango todas las alas del espíritu.

Nueve años vivió el hijo de Mónica en el maniqueísmo. Alardeaba de su impiedad con tal descaro que hasta su buena madre, horrorizada, hubo de cerrarle por algún tiempo las puertas del hogar. Abominaba de sus antiguas creencias con rabiosa intolerancia de sectario. El episodio más doloroso de su juventud, la muerte del amigo que por él había apostatado de la religión de su infancia, pone de manifiesto cómo la furia de la incredulidad se había apoderado del futuro obispo. Habiendo su amigo enfermado gravemente, le dieron el bautismo. Súpolo Agustín y le faltó tiempo para burlarse de la ceremonia, creyendo que el enfermo había de acompañarle en sus burlas: *Tentavi apud illum irridere, tamquam et illo irrisuro mecum baptismum*. Pero como el amigo, en vez de hacerle coro lo mismo que otras veces, se volviese airado contra sus chanzas sacrílegas, imponiéndole el silencio sobre aquellas cosas como condición de su amistad, confiesa el mismo Agustín que, sólo pensando en que su amigo había de mejorar y entonces podría decirle todo lo que quisiera, pudo refrenar, por miedo a la excitación del enfermo, el esta-

llido de su cólera y los ímpetus de su anhelo proselitista.

III

No obstante, poco a poco se fueron entibian-
do sus fervores maniqueos. Como la Verdad
que perseguía, tampoco en el maniqueísmo la
encontraba, buscó consuelo en la amistad, en
el placer, en el arte. Momentáneamente, sintió
la tentación de los misterios astrológicos. Huye
de Cartago, engañando a su madre, y llega a
Roma. Allí enferma gravemente, pero la enfer-
medad no le hace pensar ya en el bautismo,
como en los días de su infancia. Había roto
con los maniqueos y, no obstante, llevaba en
la conciencia el estigma de su doctrina moral.
Cae en el escepticismo. Como los estudiantes
de Roma, aunque no alborotaban como los de
Cartago, no querían, en cambio, pagarle sus
lecciones, busca en Milán una cátedra de elo-
cuencia. San Ambrosio, Mónica, Platón, los
Padres del yermo. . . La voz del obispo, la vida
ejemplar de su madre, que no puede vivir sin
él, los libros del filósofo, las pláticas revelado-
ras de Ponticiano sobre los monjes del desier-
to, traen al espíritu de Agustín claridades
nuevas. Los Libros Santos dejan de parecerle
absurdos. Sólo su corazón se obstina, como

barruntando el doloroso martirio de ciertas rupturas inminentes: *Excruciabar et tenebar...* La escena del huerto de Milán cierra, por último, el período de sus angustias intelectuales y morales. La aurora de la fe, que allí nació definitivamente, fué al mismo tiempo para Agustín la aurora de la santidad. Desde entonces hasta el término de su vida, ninguna de las dos había de padecer eclipses.

Señalemos ahora el papel que corresponde a Virgilio en esta vuelta, a ratos desconcertante, del hijo pródigo al hogar abandonado. ¿Hizo de obstáculo en el camino? ¿Contaremos al poeta en el número de aquellas viejas amistades que, al acercarse ya el momento decisivo de su lucha interior, tiraban del manto de Agustín, y le decían al oído palabras de seducción y de lástima para que no las abandonase? Fiados únicamente en el silencio de San Agustín, no podríamos dar una respuesta categórica.

Pero San Agustín que, al hablar de este período de su vida, ninguna acusación lanza contra Virgilio, nos ha dejado, además, varias señales que nos autorizan para afirmar que el influjo del poeta, en aquellos años, no tuvo nada de pernicioso. Lo peor que habría derecho a decir de él es que sus versos fueron inofensivos, como una música que, no pudiendoya ser olvidada, iba adaptándose a todas las letras

que, según el estado de su alma, le ponía el hijo de Santa Mónica: los himnos de sus fervores maniqueos, las sátiras contra el catolicismo, la elegía del desencanto y de la duda, el cántico pascual de la resurrección a la fe. Llamase a la escuela que llamase, en aquellos años de contradicción y de inquietud, nunca dejaba a Virgilio de la mano.

¿Cómo iba a pensar Agustín que la Eneida le apartaba del Evangelio, si en el dulce retiro de la campiña de Milán, al prepararse para el bautismo, después de haberse entregado a Dios y a la Verdad con toda su alma, no leía más que los Salmos y las obras de Virgilio? El nombre del poeta corre de boca en boca, como algo familiar, en aquellas pláticas de piadosa filosofía que, ya sentados a la sombra de un árbol, si el día es apacible, ya en la sala de baños, cuando el tiempo es lluvioso, sostienen los solitarios de la granja de Casiaco. El fervoroso neófito nos hace, de vez en cuando, declaraciones como éstas: «No me ocupé aquel día en otra cosa, para alivio de mi dolencia, que en escuchar con ellos antes de la cena, como solía hacer todos los días, la lectura de medio volumen de Virgilio. *Nihilque a me aliud actum est illo die, ut valetudini parcerem, nisi quod ante cenam cum ipsis dimidium volumen*

Vergilii audire quotidie solitus eram» (1). «Pasamos la mayor parte del día en preparar las labores del campo y en el examen del primer libro de Virgilio. *Diesque paene totus cum in rebus rusticis ordinandis, tum in recensione primi libri Vergilii peractus fuit»* (2). Sólo quien ponga en duda la sinceridad de la conversión de San Agustín puede afirmar, después de tales testimonios, que el hijo de Mónica consideraba perniciosa para sus nuevas creencias la lectura de Virgilio. No; si la afición al poeta le hubiese estorbado para volar hacia Dios, allí hubiera quedado, maldita y desechada para siempre, con las vestiduras del hombre viejo, al pie de la higuera simbólica del huerto de Milán.

Medidos, aquilatados con todo el rigor de la crítica, los testimonios de San Agustín prueban que la influencia de la poesía virgiliana, en aquella laboriosa navegación de su espíritu hacia el puerto deseado, fué un soplo bienhechor. No encontramos, es verdad, el nombre de Virgilio en aquella encantadora alegoría, que es una síntesis de las Confesiones, con que abre poéticamente su Diálogo sobre la vida bienaventurada. Perdido en el mar, la lectura

(1) *De Ordine*, lib. I, c. 26.

(2) *De Vita Beata*, I, 6.

de Cicerón conmueve su alma como un aletazo poderoso que le inclina hacia el puerto de la sabiduría. Algunas estrellas fugaces deslumbran sus ojos, y vuelve a perderse en las sombras hasta que el obispo de Milán le señala de nuevo el puerto de la verdad. Pero le cuesta levantar las anclas para encaminarse hacia él. La voz de Platón le hace estremecerse como si, oculto en sus palabras, viniera el llamamiento divino. Quiere avanzar, y hace esfuerzos heroicos por desasirse de todas las amarras. Pero el Santo continúa desarrollando la espléndida alegoría marítima, y el nombre de Virgilio no aparece ni entre la tempestad y la voz de las sirenas, ni entre la voz y la estrella salvadoras. Sólo la música de algunas frases armoniosas despierta en nosotros el recuerdo de sus exámetros: *mergentia contuentes sidera; labentia in oceanum astra suspexi...*

Nada prueba, sin embargo, este silencio de San Agustín, ya que allí falta también el nombre de Santa Mónica, cuya influencia bienhechora en la conversión de su hijo es indiscutible. Abundan, por otra parte, los testimonios favorables a Virgilio, para que este silencio de San Agustín pueda achacarse a desdeñosa indiferencia. No es menester contar las veces que echa mano de sus versos para esclarecer y confirmar los dogmas cristianos, y tampoco

recurrir a la complacencia jubilosa que en sus palabras se advierte al sorprender entre un texto de la Escritura y un verso de la Eneida flagrantes analogías (1). Estas coincidencias no podían llamarle la atención en aquellos años, en que todavía, ignorante de ella, miraba con desdago a la Sagrada Escritura.

Vienen, en cambio, como anillo al dedo, hablando de la influencia de Virgilio, aquellas palabras que en la quinta de Casiaco, desde su mismo lecho, pronunció Agustín una mañana para calmar la congoja de uno de sus discípulos, que había madrugado para ir a consultar con él sus dudas, después de haber pasado toda la noche bajo la pesadumbre de ciertos reproches que le había dirigido Santa Mónica:

(1) He aquí un ejemplo. Hablando de la influencia que la limosna puede y no puede tener en el perdón de los pecados, relaciona a San Lucas y a San Mateo con Virgilio de este modo: *Mirari autem soleo apud Virgilium etiam istam Domini reperiri sententiam, ubi ait: «Facite vobis amicos de manna iniquitatis...»* (Luc. XVI, 9). *Cui est et illa simillima: «Qui recipit prophetam...»* (Math, X, 41). *Nam cum Elysios campos poeta ille describeret, ubi putant habitare animas beatorum, non solum ibi posuit eos, qui propriis meritis ad illas sedes pervenire poterunt, sed adjecit atque ait: «Quique sui memores alios fecere merendo...» ...Prorsus tamquam eis dicerent quod frequentatur ore christiano, cum se cuique sanctorum humilis quisque commendat et dicit: «Memor mei esto...»* (De civit. Dei, lib. XXI. c. 27.)

«Vuelve, vuelve, si quieres ser ordenado, a cantar tus versos. La práctica de los estudios liberales, siempre que modestamente se contenga dentro de sus límites, anima al espíritu, le da agilidad y fortaleza para el abrazo con la verdad, hace que la desee con más ardor, que la busque con más perseverancia, y que llegue a poseerla totalmente con más dulzura...» (1).

¿Quién ignora que para el estudio de las artes liberales eran los libros de Virgilio los que más corrían en todo el imperio? Si no lo hubieran sido, no tuvieran menos fuerza, pronunciadas por San Agustín, estas palabras. Bastaba que Virgilio fuese para él el predilecto, el sumo poeta, para afirmar nosotros que en Virgilio pensaba, sobre todo, al hablar de la influencia bienhechora de la poesía en la investigación de la verdad.

Uno de los evangelios apócrifos, el atribuído a Nicodemus, describe al final una escena en que Cristo sube al cielo, llevando de la mano, con Adán, a todos los patriarcas, profetas y justos de la Antigua Ley. El corazón de San Agustín no podía resignarse, al presenciar el desfile de esa comitiva, en su ascensión gloriosa, a excluir de ella las almas de Platón, de Cicerón y Virgilio, de todos los filósofos y poetas

(1) *De Ordine*, lib. I, 24.

que él amaba. No asegura que éstos formasen parte del sagrado cortejo. Lo hubiera deseado, y no le parece absurdo su deseo. Ved cómo responde al requerimiento de Evodio, que le había consultado sobre la interpretación de este pasaje de una epístola de San Pedro: *Mortificatus carne, vivificatus spiritu; in quo et eis qui in carcere erant spiritibus veniens praedicavit* (1). ¿Quiénes son esos espíritus, le pregunta Evodio, a los que el Señor bajó a predicar en las cárceles infernales, para sacarlos de ellas?

«No me atrevo, dice San Agustín, a asegurar quiénes eran. Si pudiese demostrar que todos los que allí estaban fueron libertados, ¡cuánta alegría para mí! Sobre todo, al acordarme de aquellos que por su obra literaria se hicieron ya familiares para nosotros, admirados por su ingenio y su elocuencia. Y no me refiero solamente a los poetas y oradores, que en muchos lugares de sus obras entregaron a la irrisión y al desprecio las falsas divinidades de los gentiles y hasta confesaron, algunas veces, al Dios único y verdadero...»

Habla después de aquellos que, entre los paganos, dieron ejemplos de honradez, de castidad, de amor a la patria, de fidelidad en sus

(1) I Petr., III, 18-19.

promesas. Todos estos, con los anteriores, quisiera él, sobre todo, que hubiesen quedado entonces libres de los suplicios infernales, y estaba por afirmarlo, si no supiese que los juicios de Dios son distintos de las corazonadas de los hombres, *nisi aliter se haberet sensus humanus, aliter justitia creatoris* (1).

¿Cómo no había de pensar en Virgilio al escribir estas páginas, si Virgilio, como él mismo dice, no sólo fué el mejor de los poetas, sino el mejor de los hombres del paganismo: *non solum nihil peccasse, sed nihil non laudabiliter cecinisse, ab eis etiam, qui illum non intelligunt, creditur?* (2).

Pero si no estaba en manos de San Agustín llevar a Virgilio al cielo y adivinar, desde la tierra, si se encontraba en él, hizo al menos lo que pudo por cristianizar su nombre. Suya es la comparación, ya clásica, de los cristianos que buscan los tesoros de verdad y de belleza, esparcidos en las obras de los gentiles, con los israelitas que llevaron los vasos de oro y las piedras preciosas de los egipcios para consagrarlas al culto del Dios verdadero. Entre las joyas arrancadas por San Agustín al paganismo, para adornar el templo augusto de su obra,

(1) *Epistola CLXIV*, n. 4.

(2) *De utilitate credenti*, c. 13.

la mayor parte proceden de Virgilio. Gracias a San Agustín, el poeta goza del único cielo que podía tener en la tierra. Nunca le hubiera ensalzado de tal modo el obispo de Hipona, si en su corazón y en su inteligencia no experimentara el saludable influjo de sus versos.

IV

¿Cómo pudo influir, no obstante, siendo poeta, y además pagano, en una crisis religiosa que, por su origen y desarrollo, fué principalmente de orden intelectual? Pagano era el autor del Hortensio, pagano era Platón. Eran filósofos al mismo tiempo, y se comprende que sus verdades iluminasen al hijo de Mónica en alguno de los problemas que le atormentaban. Pero ¿Virgilio?

Primeramente, ya oímos de labios de San Agustín, hablando éste con su discípulo Licencio, cómo la poesía puede animar y sostener al espíritu que suspira por la verdad. No es menester repetir y menos glosar palabras tan luminosas. Había, después, en Virgilio varias excelencias que no podían dejar de influir favorablemente en el espíritu del retórico extraviado. Una de ellas es la atmósfera religiosa que envuelve lo mismo a las Geórgicas que a la Eneida.

Esbozado el asunto de su poema campestre, el poeta invoca con fervor a los dioses, no por cumplimiento, sino con sinceridad, con humildad verdadera. No tenéis más que comparar sus invocaciones con la frialdad abstracta de las que otros poetas paganos compusieron. Es la misma diferencia que hay entre el gesto de los que se santiguan por burla y los que se santiguan por devoción. ¿Quiere hacer amable, venerable, al trabajo? Mostrando que los dioses lo han impuesto, cree conseguirlo. ¿Quiere ensalzar, sobre todas, las labores del campo? Pues la razón suprema es el amor que los dioses las tienen, la solicitud con que las siguen, el origen divino de los instrumentos de que usa el labrador. *In primis venerare deos!* Propuesta de varios modos, esta es la lección de las Geórgicas.

La divinidad preside también todas las grandes aventuras que se desarrollan en la Eneida. Sus dioses, menos familiares, menos humanos que los de la Iliada, tienen, sin embargo, una aureola de misterio que les hace ganar en el sentido religioso lo que pierden en el artístico. La piedad de Virgilio era superior a la de Homero. Mientras leyese a Virgilio, el hijo de Mónica, que nunca creyó en los dioses, no podía perder de vista el pensamiento de la divinidad. ¿No era esto, en medio de sus erro-

res y extravíos, una ventana abierta al temor y a la esperanza libertadora? Como la obra de San Agustín, el poema de Virgilio es esencialmente teológico. La vida presente, movediza y traidora, no podía saciar el anhelo de aquellas dos almas, sedientas de inmensidad y de justicia. Recorrer los libros de la Eneida, llenos de oráculos, sacrificios y oraciones, es asistir a una procesión litúrgica. Ya se trate de emprender la navegación, de fundar una ciudad, de salir al combate, los troyanos empiezan siempre por consultar a los dioses. Todos los lugares que atravesaron en su fuga, Tracia, las islas de Creta, las Harpías, el litoral de Africa, Sicilia, las costas de Italia, recibieron, como primer saludo de los visitantes, el humo de los sacrificios que ofrecían en acción de gracias a los dioses por su llegada.

Principalmente el libro sexto, que es el mejor de todos, parece una meditación sobre la vida futura. El obispo de Hipona descubrió allí, como en ningún otro, la huella de los libros santos. Mezcladas con la inevitable fantasmagoría de las divinidades paganas, bullen entre aquellos exámetros de profunda sonoridad ciertas máximas que parecen del Kempis. La inmortalidad de las almas, la expiación, los premios y castigos... ¡Cuántas verdades para no dejar dormir al retórico de Cartago y de

Roma sobre la almohada del placer y de la duda!

Sí, el espíritu de Agustín encontró siempre en Virgilio un aliado para luchar contra la carne, contra todas las sugerencias materialistas. La poesía virgiliana refleja fielmente, en medio del positivismo romano, la tendencia espiritual de las doctrinas platónicas. Sabemos, por otra parte, que el poeta, después de haber recibido en las escuelas las enseñanzas del epicureísmo, volvió también los ojos, como a una estrella salvadora, a los libros de Platón. Este fué para él, lo mismo que para el hijo de Santa Mónica, el filósofo predilecto. *Platonis sententias omnibus aliis prætulit*, dice Donato, en su Vida del poeta. Este hecho, por sí solo, pondría ya de manifiesto la honda fraternidad de aquellos dos espíritus.

Enumerar todas las lucecitas, encendidas por Virgilio, que iluminaron a San Agustín en el camino que había de llevarle hasta Dios, fuera tarea imposible. Después de creer que todas estaban ya contadas, todavía nos hubiéramos encontrado con que faltaban las más puras, las más íntimas, que, por serlo, son también las más inefables. Mejor se declara por palabras la influencia de Platón, en el proceso intelectual de San Agustín, que la influencia de Santa Mónica. ¿Quién duda, sin

embargo, que la de su madre fué mucho más eficaz? Algo semejante cabría decir de la influencia de Virgilio. Agotados al parecer los testimonios, observamos que los mejores quedan por decir. Contentémonos, ahora, con haber unido el nombre de Virgilio al de Cicerón y al de Platón, colocando al poeta entre aquellos luminares que, desde el paganismo, guiaron por derroteros cristianos al que había de ser el luminar más excelso de la Iglesia de Dios.

CAPITULO IV

El Misterio de la Egloga cuarta

I. La conversión de San Agustín y la Egloga. El poeta, deudor del santo. Unos versos de Victor Hugo. Los críticos ante el misterio.—II. San Agustín, en favor del mesianismo virgiliano. Interpretación de un pasaje de San Pablo. La carta a Volusiano. Refutando a Porfirio. Nuevo testimonio.—III. La fama del Virgilio cristiano, antes de San Agustín. El discurso de Constantino. Diatribas de San Jerónimo. Oposición, fingida, entre los dos grandes Doctores.—IV. Las afirmaciones del obispo de Hipona y las teorías de la crítica moderna. El hijo del cónsul y la paz de de Brindis. Isaías y Virgilio. El cuento de hadas... El Virgilio de San Agustín es el Virgilio de la Historia.

I

Hablábamos de la Eneida y de las Geórgicas. La aureola cristiana, sin embargo, en que ha venido envuelto hasta nosotros el nombre de Virgilio, tiene poco que ver con aquellos dos poemas. Los dos quedan eclipsados, en el sentido religioso, ante los resplandores de unos pocos versos de la Egloga cuarta...

Fué, con todo, propósito deliberado el que,

mientras discurríamos sobre la influencia de Virgilio en la conversión de San Agustín, nos movió a callar el nombre del enigmático poema. ¿Qué importa que, leyéndole, sintiesen en su corazón innumerables convertidos como el vago amanecer de la aurora cristiana; que en el mismo lecho de muerte, al hacer la profesión de fe, recitasen hasta los obispos, como Donato de Fiésole, sus versos misteriosos? El silencio que sobre ella guardan las Confesiones hubiera dejado siempre en el aire, sin otro valor que el de unos juegos de edificante fantasmagoría, todas nuestras conjeturas. Aquí no se trataba ya de una saturación oculta, imperceptible en muchos casos para la conciencia, como la que hubo de obrarse en el espíritu de San Agustín al respirar día tras día la atmósfera religiosa del poema troyano. Era el hecho determinado y tangible, que, si de alguna manera hubiera influído en acelerar sus pasos por el camino que le llevaba hacia Dios, nunca dejara de observarlo y manifestarlo San Agustín. Como habló de la lectura de Cicerón y de los libros platónicos, hubiera también hablado de los versos mesiánicos de Virgilio. El silencio, en este caso, no admite interpretaciones.

Lo que se halla, en cambio, fuera de duda, es el influjo de San Agustín en la cristianización del célebre poema de Virgilio. El santo,

deudor en otras cosas, aparece aquí como el acreedor más insigne y poderoso del poeta. Si no hay prueba alguna para afirmar que la luz de la *Egloga* cuarta, proyectada sobre el pensamiento de San Agustín, deshiciese ninguna de las sombras que antes de su conversión le traían a ciegas, abundan los testimonios que nos autorizan para tener al obispo de Hipona por el patrono verdadero de todos los que, vislumbrando en los versos de la *Egloga* cuarta la huella luminosa de Isaías, veneraron y veneran al cantor de Roma como profeta de Cristo.

Le veneraron y le veneran todavía, sí. El culto de los hombres medievales al Virgilio cristiano, que culmina en los tercetos de la *Divina Comedia*, fué conservado como una herencia sagrada por los siglos posteriores. El entusiasmo del vate florentino, al plasmar en versos escultóricos el sentimiento de las viejas edades, parece frío al lado de las magníficas estrofas que, interpretando también el sentir de nuestros tiempos, entona Víctor Hugo:

«Muchas veces, en Virgilio, ese dios que
[anda cerca de ser un ángel,
aparecen los versos con una aureola de extraño
[resplandor.
Es que, adivinando él ya lo que nosotros
[sabemos,

cantaba poco antes de que Jesús empezase a
[balbucir.
Porque, ignorándolo él mismo, era Virgilio
[una de las almas
que el lejano Oriente teñía ya de vagas cla-
[ridades.
Era, sí, uno de aquellos corazones que, bajo el
[azul del cielo,
iba dorando el amanecer del Cristo misterioso.
¡Quería Dios que, ante todo, fulgor del Hijo
[del Hombre,
el alba de Belén blanquease la frente de Ro-
[mal...»(1)

¿Exageración de poetas, interesados en pro-
longar el reinado de los mitos que la crítica
rechaza? No faltan, es verdad, los críticos disi-
dentes. Aquí también abundan, sin embargo,
en número mayor que el de los iconoclastas,

(1) *Dans Virgile parfois, dieu tout près d' être un ange,
Le vers porte à sa cime une lueur étrange.
C' est que, revant déjà ce qu'á present on sait,
Il chantait presqu á l' heure ou Jésus vagissait.
C' est qu' á son insu même il est une des âmes
Que l' orient lointain teignait de vagues flammes,
C' est qu' il est un des coeurs que, déjà, sous les cieux,
Doraít le jour naissant du Christ muystérieux.
Dieu voulait qu' avant tout, rayon du Fils de l' Homme,
L' aube de Bethléem blanchît le front de Rome...*

(«Voix intérieures», XVIII.)

los críticos que se dan la mano con los poetas. Deshecho el equívoco que las intenciones secretarias de su autor pusieron en ella, son muchos los que, después de haber analizado con la serena frialdad de la crítica todo lo que en la Egloga misteriosa puede someterse al análisis, concluyen por hacer suya la afirmación del célebre historiador judío de las religiones:

«Puede decirse sin hipérbole que es la primera, cronológicamente, de las obras cristianas, como se ha dicho del judío Filón que era el primero de los Padres de la Iglesia» (1).

Ahí tenéis, pues, repetido solemnemente por un racionalista de nuestro siglo, el pensamiento que al empezar la cuarta centuria enunciaba Lactancio, en su apología del cristianismo, con frase lapidaria: *Nostrorum primus Maro* (2).

(1) S. Reinach. Vid. *L'orphisme dans la IV e églogue de Virgile*, concienzudo estudio que figura en el tomo II, p. 66-84, de su obra *Cultes, Mythes et Religions*.

(2) *Divinae Institutiones*, I, 5. Aquí se halla, y no en *Div. Inst.*, VII, 24, como quiere S. Reinach, la frase de Lactancio. Pero el P. Lagrange, que le echa en cara la inexactitud de la cita, no anda tan acertado al decir que *nostrorum* se refiere a los romanos en contraposición de los griegos. Lo que sugiere el contexto es que el apologista, al menos en este capítulo, siempre entiende por *ellos*, los gentiles, y por *nosotros*, los cristianos. Empieza el capítulo afirmando que no es a los profetas, en quienes los gentiles no creen, sino a los filósofos y poetas, *quibus*

Como si esto fuese poco, los mismos adversarios de la interpretación mesiánica, después de haber agujereado sin piedad con los alfilerazos de una erudición abrumadora la leyenda, como ellos dicen, del Virgilio cristiano, quedan por último indecisos, al ver pasar, burlándose de sus críticas, una bandada de interrogaciones sin respuesta. Si hay unos pocos obstinados en dar por enterrada definitivamente la leyenda, la misma emoción, con que ellos escriben su epitafio, los traiciona. Ved, por ejemplo, al Padre Lagrange, uno de los adversarios más temibles del mesianismo de la Egloga cuarta, dando el golpe de gracia al Virgilio cristiano:

«No condenamos, pues, la piedad popular que en la Edad Media llevó tantas veces a Virgilio, con Moisés, Isaías y David, ante la cuna del Salvador. Nada tiene Virgilio que se parezca al tono trágico y apasionado de la sibila judía, para la cual el Mesías es un rey ensangrentado en la victoria, cuya paz no es más que un episodio entre dos guerras, con la perspectiva de un juicio inexorable para los enemigos del pueblo hebreo. Tiene más bien

contra nos uti solent, a los que pone por testigos. ¿Por qué no pone además entre los *nuestros*, a Ovidio, a Cicerón y a Séneca, que se hallan citados en el mismo capítulo? ¿Por qué dice del último, no *qui nostrorum...*, sino *qui ex Romanis... fuit*?

la ternura de las fiestas de la Navidad cristiana con el Niño, que sonríe a su Madre, colocado por la piedad del pueblo entre el buey y el asno, animales pacíficos, mientras un ángel desciende del cielo para anunciar la paz a los pastores y a la generación de los hombres de buena voluntad.

Existía, al lado de estas coincidencias de la fortuna, el hecho, como fondo común, de que la Encarnación es una obra divina y profundamente humana al mismo tiempo; no es de extrañar que creyesen descubrir su espíritu en una bucólica, exquisita por la gracia y la ternura, compuesta en honor de un infante desconocido y divino.

¿Presentimiento? Al menos, contribución a la obra de infundir cierta delicadeza en las almas que iban a recibir el don de Dios.» (1).

Tales son las palabras con que el sabio dominico da remate al estudio en que intenta destruir, siguiendo a San Jerónimo, la aureola profética del poema virgiliano.

No son menos sugeridoras las frases con que cierra también su libro, publicado en el año que acaba de expirar, el más insigne de los latinistas franceses contemporáneos:

(1) Vid. *Le prétendu messianisme de Virgile*, artículo publicado en la *Revue Biblique*, año 1922, pág. 552-572.

«Concebida en el júbilo febril de un armistio, que los combatientes anhelaban con ardor, creyéndole definitivo, la Egloga cuarta tradujo para siempre las supremas aspiraciones de una generación vigorosa y maltratada, dibujó con suaves y vivos colores, que ya no han de extinguirse, la hora de delicioso estremecimiento en que todo el Imperio trastornado creía llegar al término de sus desgracias. Iluminada por dos sonrisas, en cuya contemplación no se cansan los ojos de los hombres, la de las estrellas en las alturas celestes, la de los pequeñuelos en sus cunas, sólo dejaría de enternecer y arrobar a los mortales cuando ellos mismos dejarasen de soñar para sus hijos con los destinos más gloriosos, y de clamar desesperadamente, en medio de sus peores desengaños terrenales, por las luminosas compensaciones del futuro» (1).

El mesianismo, pues, de la Egloga cuarta no es un sueño infantil de hombres primitivos. Tuvo y tiene defensores no menos esclarecidos que entusiastas, y ya vemos lo respetuosos que se muestran con él sus mismos adversarios. Una prueba más de que el misterio de la Egloga cuarta no se ha disipado todavía y de que no es una veleidad arqueológica la que nos mueve a estudiar ahora, a la luz de San Agus-

(1) J. Carcopino, en *Virgile et le Mystère de la IV Eglogue*, p. 211. París, 1930.

tín, el antiguo problema, es la copiosa bibliografía que en torno de él ha venido apareciendo durante los diez años últimos en Alemania, Inglaterra, Italia y Francia (1). ¿Habremos vuelto a la Edad Media?

II

Pero hemos ido alejándonos de San Agustín, que ha de ser nuestro guía en el asunto. Suspendiendo por ahora el fallo sobre la originalidad y el peso de la interpretación que da al extraño poema, conviene de antemano señalar, escuetamente, los varios testimonios que en favor del sentido cristiano del mismo se hallan en las obras del Santo Doctor.

No era obispo todavía, cuando San Agustín hizo la primera declaración de que tenemos noticia sobre el sentido de la Egloga cuarta (2). Fué al comentar las palabras de salutación con que el Apóstol encabeza su Epístola a los Romanos: *Pablo... escogido para anunciar el Evangelio de Dios, que El anteriormente había prometido por sus profetas en las Sagradas Escrituras, acerca de su Hijo* (3). He aquí el comentario:

(1) Id. id.

(2) Vid. *Retract.* lib. I, c. 23-25.

(3) *Ad Roman.* I, 1-3. —

«Hubo también, por lo tanto, profetas que no eran suyos, en los cuales se hallan, no obstante, algunas cosas que, recibidas por tradición, cantaron ellos de Cristo, como se dice también de la Sibila: cosa que yo no creyera fácilmente si el más noble de los poetas latinos, antes de describir aquellos fenómenos de la transformación del mundo, que parecen referirse con bastante claridad al reino de nuestro Señor Jesucristo, no hubiese puesto el verso que dice:

Ultima Cumœi venit jam carminis ætas (1)

Ninguno pone en duda que el vaticinio de Cumas es el vaticinio de la Sibila. Sabiendo, pues, el Apóstol que hasta en los libros de los paganos se encontraban testimonios en favor de la verdad, como él mismo da a entender en su discurso a los de Atenas, que traen los hechos de los Apóstoles, no sólo dice, *por sus profetas*, con peligro de que alguno, seducido por ciertas manifestaciones de verdad que hay en los falsos profetas, fuese arrastrado por éstos a la impiedad de sus errores, sino que añade enseguida, *en las Sagradas Escrituras*, lo cual indica que su intención era mostrar que los escritos de los paganos, llenos de idolatrías y supersticiones, no habían detenerse por santos,

(1) Virgilio, *Egl.* IV, v. 4.

aunque hubiese algo en ellos referente a Cristo...» (1).

Vuelve a insistir, con su cita de Virgilio al canto, en la afirmación de que en los escritores y poetas gentiles se hallan también verdades fragmentarias, como balbucesos de la revelación cristiana, al resolver unas dudas que le había propuesto Volusiano. Argumento teníamos en las palabras del último, que son una glorificación entusiasta de San Agustín, para largos y sabrosos comentarios. Baste decir que, en su fervor, llega Volusiano hasta aplicar al venerable obispo, dándole la palma de sabio y de poeta, los mismos halagadores versos que Virgilio, en la Egloga octava, dirige a Asinio Polión:

*...atque hanc sine tempora circum
inter victrices hederam tibi serpere lauros!* (2).

Pero conviene desechar aquí, como una tentación peligrosa, todo lo que nos aparte de la

(1) *Epistolæ ad Rom. inchoata Expositio*, I, 3. Este tratado, al que San Agustín pensaba añadir otros, que por desgracia nuestra quedaron en proyecto, fué escrito el año 394,

(2) *Egl. VIII, 12-13*. Verso y medio, que Fray Luis convirtió en cuatro, al traducirlos hermosamente:

*Al vencedor laurel que resplandece
en torno de tu frente y la hermosa,
consiente que, allegada y como asida,
aquesta yedra vaya entretejida...*

Egloga cuarta. Rechazadas por el santo duramente, en su cariñosa respuesta, las alabanzas que Volusiano le tributa y resueltas ya algunas de sus dificultades, empieza a hablar del Verbo, Sabiduría de Dios, que bajó a la tierra para enseñanza y ayuda de los hombres. Vislumbres de esa Sabiduría, de esa Verdad, existían en el mundo, según él, antes que Ella se encarnase. No sólo los profetas santos, sino los filósofos y poetas percibieron sus resplandores. *Quae veritas et antequam hominem assumeret, Ipse aderat omnibus, qui ejus participes esse potuerunt.* Hecho carne el Verbo de Dios, al mismo tiempo que confirmaba y purificaba de toda escoria de errores las antiguas verdades, hizo llegar a todos la luz divina, que antes solamente unos pocos podían contemplar. «Ahora en cambio, dice San Agustín, ¿quién ha perdido el juicio de tal modo, qué mujerzuela hay tan miserable, que no crea en la inmortalidad del alma y en la vida que ha de seguir a la muerte? Antiguamente, en Grecia, al disputar sobre estas cosas, Ferécides de Asiria convirtió a Pitágoras, que se conmovió con aquellas que, por su novedad, le parecían revelaciones, de atleta en filósofo. Ahora, sin embargo, todos vemos ya cumplirse lo que afirma Virgilio:

Amomum Assyrium vulgo nascitur (1).

Y en lo que se refiere, por otra parte, a la ayuda de la gracia, que se nos da por Cristo, no hay duda que es el mismo Cristo,

quo duce, si qua manent sceleris vestigia nostri, irrita perpetua solvent formidine terras» (2).

(1) Egl. IV, 25. El santo cambia aquí el orden de las palabras, deshaciendo el verso: *assyrium vulgo nascetur amomum*, dice Virgilio. La significación de este pasaje agustiniano se descubre con toda claridad, teniendo en cuenta el contraste del *Phercydes Assyrium* con el *Amomum Assyrium*. La doctrina del filósofo asirio era extraña, nueva, en tiempos de Pitágoras, como lo era el amomo, arbusto que daba un fruto semejante a la uva, de exquisito perfume, fuera de Asiria. Llegado el Redentor, aquella doctrina se extendió por todas partes, del mismo modo que el amomo asirio, llegada la edad de oro, brotará en todos los campos. . .

(2) *Epistola CXXXVII*, escrita a principios del a. 412. Los versos son de la *Egl. IV*, 13-14. También aquí, sin duda intencionadamente, para aplicar a Cristo la acción expresada por las palabras siguientes, cambia San Agustín el *te duce* de Virgilio, en *quo duce*. He aquí la traducción, hecha por Fr. Luis, de este pasaje de la *Egloga*:

En este vuestro, en este consulado,
Pollio, de nuestra edad gran hermosura,
tendrá principio el rico y alto hado.

En él comenzarán^r con luz más pura
los bienhadados meses su carrera,
y el mal fenecerá, si alguno dura.

*Lo que hay de la maldad nuestra primera
deshecho, quedarán ya los humanos
libres de miedo eterno, de ansia fiera. . .*

¿Pura acomodación, desprovista para el mismo San Agustín de todo valor científico? Pudiera ser, como pudiéramos olvidar también la afirmación que en la misma carta, antes de citar a Virgilio, hace el obispo de Hipona sobre las verdades que en los libros de los poetas paganos se contienen... ¿Cómo recurrir, no obstante, al sentido acomodaticio, para quitar toda la fuerza que en favor del mesianismo de estos versos virgilianos tienen las siguientes declaraciones que el mismo San Agustín hace en otro lugar? Ved lo que dice, al mostrar a Porfirio, en contra de la purificación teúrgica que éste admitía, la verdadera purificación que la gracia del Redentor obra en nosotros:

«¡Pluguiera a Dios que tú también le conocieses (a Cristo), y que en vez de apoyarte confiado, ya en tus propias fuerzas que, como humanas, son frágiles y mezquinas, ya en tu funestísima curiosidad, te hubieras entregado a El para que con mayor seguridad te curase! No te hubiera engañado, ciertamente, Aquel que, como escribes tú mismo, fué proclamado santo e inmortal por vuestros oráculos. Poéticamente, sin duda, ya que lo ocultó bajo la misteriosa alegoría de otra persona, pero con toda verdad refiriéndolo al mismo Cristo, de

El hablaba también el más noble de los poetas al cantar:

*Te duce, si qua manent sceleris vestigia nostri,
irrita perpetua solvent formidine terras.*

Dió, pues, a entender con esto que, por la flaqueza de la vida humana, pueden permanecer hasta en aquellos que más adelantados van por el camino de la justicia, si no los crímenes, al menos los vestigios de los crímenes, que sólo por ese Salvador, al cual aluden los versos, pueden ser curados. Consta, por otra parte, que Virgilio no hacía en nombre propio estas declaraciones, por el verso cuarto de la misma Egloga en que dice:

Ultima Cumæi venit jam carminis aetas.

Lo cual pone fuera de duda que el vaticinio fué hecho por la Sibila de Cumas» (1).

Después de recordar, en una epístola encantadora, la frase de Terencio que uno de los amigos de su juventud, Marciano, aplicó solemnemente al entonces extraviado hijo de Mónica, al embarcar éste en Cartago con rumbo a Italia,

*Nunc hic dies vitam aliam affert, alios mores
[postulat,*

(1) *De civit. Dei*, lib. X, c. XXVII.

el santo obispo de Hipona exhorta al antiguo compañero para que reciba ya, con el bautismo, el perdón de las culpas pasadas, trayéndole también a la memoria los dos versos más cristianos de la Egloga cuarta:

«No hay ninguno, le dice, fuera de Nuestro Señor Jesucristo, del cual pueda cantar el género humano:

*Te duce, si qua manent sceleris vestigia nostri,
irrita perpetua solvent formidine terras.*

Sentencia que Virgilio declaró haber tomado del vaticinio de Cumas, esto es, de la Sibila, la cual tal vez recibió en su espíritu alguna revelación acerca del verdadero y único Salvador, y se vió en la necesidad de anunciarla al mundo» (1).

¿Para qué buscar nuevos testimonios? Ya llegase a él, sin intermediarios, la voz reveladora, ya se dejase orientar por el vaticinio de la Sibila, Virgilio, al componer su glorioso poema de esperanza, estuvo animado, según San Agustín, de espíritu profético. Nunca desmintió el santo, con haber recorrido toda su obra con el escardillo en la mano, limpiándola escrupulosamente de las inexactitudes, ligerezas y errores que pudieran haberse deslizado

(1) *Epístola*, CCLVIII, 5.

en ella, las frases en que ensalza al cantor de Roma como profeta de Cristo. Andaba ya lejos, por otra parte, de ser un neófito, para que podamos achacar las valientes afirmaciones de San Agustín al entusiasmo fervoroso, pero algo ciego todavía, del nuevo convertido. Cuando escribió los testimonios que acabamos de citar, era ya el oráculo del mundo cristiano. Sabía bien lo que decía, y el obispo de Hipona no vaciló en admitir que, dentro del paganismo, existieron también heraldos y anunciadores del Salvador de los hombres. La idea de que, al través de las nieblas de la gentilidad, fueron filtrándose poco a poco, en algunas almas escogidas, los resplandores del sol de Judea, viene sin cesar al pensamiento de San Agustín con la insistencia y el prestigio de una antífona. La facilidad con que atribuye a Virgilio el don de profecía nace del arraigo que siempre tuvo en él aquella idea. Cuando enemigos tan hábiles y peligrosos como Fausto se apoyaron en ella para combatirle, al obispo de Hipona no se le ocurrió ponerla en duda para mejor defenderse (1).

(1) Vid. *Contra Faustum Manich.*, lib. XIII. c. I, II, XV, VII, etc.

III

El mesianismo de la famosa Egloga no fué, sin embargo descubierto por San Agustín. Antes que él la consagrarse definitivamente, corría ya por toda la cristiandad la opinión de que el Niño misterioso, cantado por Virgilio, no era otro que el Divino Infante que los pastores adoraron en Belén. Desde el siglo segundo, al hojear las obras de los apologistas y los comentarios de los escoliastas cristianos del poeta van percibiéndose las alusiones, cada vez más reverentes y estusiastas, a los versos de la Egloga sibilina. Estos son los que aparecen entrelazados en los centones y acrósticos con que los poetas de la nueva religión empiezan a balbucir torpemente el cántico de la nueva poesía.

Erraron, pues, los críticos que en una célebre oración apologética de Costantino, fingida, según ellos, por Eusebio de Cesarea, creyeron descubrir el manantial primitivo de la falsa leyenda (1). Allí hay, ciertamente, una traducción griega, descaradamente infiel, de la Egloga de Virgilio, en que se exhorta a las

(1) *Constantini oratio ad Sanctorum Coetum*, XIX, XX. Figura, entre las obras de Eusebio, en el t. XX de la *Patrología Graeca* (Ed. Migne). Vid. Rossignol: *Virgile et Costantin le Grand*, Paris, 1845.

Musas de Sicilia, no a levantar un poco el tono de la poesía pastoral como el vate italiano les pedía en su invocación, sino a celebrar el *solemne vaticinio*. Cuando Virgilio habla del retorno de Astrea y de Saturno, el traductor le hace hablar de *la Virgen que nos ha de traer al Rey amado*. La casta Lucina, transformada en blanca *Luna luminosa*, pierde su divinidad y, en vez de suplicarle que favorezca el feliz alumbramiento, el traductor le pide *adorar ya al Niño que acaba de nacer*...

Ridículo sería, en vista de tal atrevimiento, tomar en serio la leyenda del Virgilio cristiano, si no se apoyase más que en esta inyección póstuma y adulterada de espíritu profético, aplicada por una mano torpe a los exámetros de la Egloga cuarta. Ya echemos la culpa, sin embargo, de tamaña fechoría al Emperador Constantino, ya al propio Eusebio de Cesarea, la autenticidad del sentido mesiánico de la Egloga, que antes de que ninguno la cubriese con postizos jirones del Evangelio había atraído las miradas de muchos cristianos, nada pierde por eso. Admitiendo, en parte, que la falsa traducción contribuyera entre los orientales a dilatar desmesuradamente el cerco luminoso que envolvía ya la figura de Virgilio, no conviene tampoco atribuirle, en el mismo Oriente, más influencia de la que tuvo. La

mayor parte al menos de los hombres cultos que entonces leían las obras de Eusebio, leían también, en el original, las obras del poeta latino. ¿Cómo, si el mesianismo de la Egloga cuarta fuese solamente una superchería del traductor, no hubieran caído ellos en la cuenta?

Allí había, en aquellos exámetros virgilianos, exultantes de júbilo patriarcal, estremecidos por la inminencia de una definitiva edad de oro, una fosforescencia de claridades extrañas, como si el corazón del poeta, agitándose desesperadamente entre una multitud de reminiscencias y de imágenes paganas, hubiera sido transverberado por el primer rayo de la estrella que había de iluminar a los tres Magos. Todos reconocían el misterio. La traducción griega, lo mismo que los centones y acrósticos, no fué mirada como una traducción, sino como una tentativa de buena voluntad para decir claramente lo que Virgilio había dicho entre sombras. Ninguno acusó al traductor de falsario.

Iba, no obstante, creciendo de tal modo la veneración hacia el poeta pagano, que las gentes ya no se contentaban con descubrir en sus versos el anuncio inspirado del Redentor futuro, sino que llegaban a transfigurar al profeta inconsciente en cristiano verdadero, en un Juan Bautista que, en la corte de Augusto,

hubiera sido para los romanos lo que fué para Israel, en el desierto, el hijo de Zacarías. El *Jam redit et Virgo* de la Egloga, cuya significación mitológica era indudable para los entendidos, fué considerado por los fanáticos como el aviso providencial de que el *Ecce Virgo concipiet* de Isaías estaba para cumplirse...

Aquí habían llegado las cosas, cuando San Jerónimo, que de vez en cuando utilizaba contra el error y sus secuaces la misma piedra con que le pintan golpeándose el pecho en la gruta de Belén, lanzó contra los idólatras del Virgilio cristiano aquellas frases tan suyas. Niñerías: no eran otra cosa, para él, las interpretaciones de aquellos que, por un verso equívoco, hacían a Virgilio cristiano antes que Cristo viniese al mundo. ¿Cómo había de enseñar el poeta lo que él mismo ignoraba?

Ac non sic etiam Maronem, exclama, sine Christo possimus dicere Christianum qui scripserit: Jam redit et Virgo. Puerilia sunt haec; et circulatorum ludo similia docere quod ignores... (1).

Habría que averiguar, antes de rendirse a la extraña unanimidad de los críticos que, fundados en estas palabras, proclamaron a San

(1) *Epist.* LIII, 7.

Jerónimo patrono universal de todos los que niegan el sentido místico de la *Egloga virgiliana*, contra quiénes van encaminados los tiros del glorioso anacoreta de Belén. Una cosa es que el sabio intérprete de la Escritura se burlase de los centones y acrósticos, oponiéndose con dura firmeza a los desmanes de algunas imaginaciones exaltadas, que veían ya la *Egloga* entre los libros canónicos; otra, que negase a ciertos exámetros de la misma todo resplandor profético. Tenía razón San Jerónimo al decir, contra la supersticiosa credulidad de algunos, que el poeta, antes de Cristo, no podía ser cristiano. ¿La tenía igualmente al decir que nadie enseña lo que ignora, si por estas palabras dió a entender que nada pudo decir de Cristo el que nada sabía de Cristo? El mismo San Jerónimo se hubiera condenado con ellas. ¿Qué sabía él de lo que pasaba en el alma de Virgilio? Podía el poeta conocer, esperar el advenimiento de un Salvador, anunciándole, sin saber quién fuese. Podía ignorarle totalmente, y ser también su anunciador. ¿No profetizaba Caifás, sin saber él mismo lo que decía? Sólo negándole la lógica a San Jerónimo, puede hacérsele negar el mesianismo de los versos del poeta.

Dejemos, no obstante, que San Jerónimo y San Agustín se pongan uno frente a otro.

Ninguno, de los que hayan saludado alguna vez la frecuente y animada correspondencia entre ambos doctores, quedará sorprendido, y menos escandalizado, de este encuentro. ¡Lástima que el obispo de Hipona no nos haya dejado una carta en la que, de igual modo que al refutar el comentario de San Jerónimo sobre el famoso incidente de la Epístola a los Gálatas, tratase de hacer cantar la palinodia al solitario de Belén echándole también en cara las desdeñosas palabras con que aludía en uno de sus escritos al célebre poema virgiliano! Aquí, desgraciadamente, ignorando hasta si San Agustín tuvo alguna vez noticia del desdén manifestado por San Jerónimo hacia la interpretación cristiana de la Egloga, la disputa tiene que ser por fuerza imaginaria. Como el Doctor africano hizo afirmaciones, que tienen valor de pruebas, no es, con todo, una temeridad contrastarlas ahora con las afirmaciones y pruebas de los que se ponen a sí mismos bajo la advocación de San Jerónimo.

IV

Lo que primeramente afirma San Agustín es que, entre los gentiles, hubo algunos profetas que, con otras verdades, anunciaron la venida de Cristo. Prueba de ello son los oráculos

de las sibilas, algunas sentencias de Platón, los versos citados de Virgilio...

¿Qué dicen los contrarios? No atacan la posibilidad de que entre los gentiles hubiese profecías. Lo que niegan es el hecho de que Virgilio, en la Egloga cuarta, anunciase la venida del Redentor del mundo. Todo es humano y natural, según ellos, en la hermosa composición. La paz de Brindis entusiasmó al poeta, haciéndole soñar con la paz perenne de una pitagórica edad de oro, presidida por Astrea y Saturno. El cónsul Pollión, amigo suyo, iba a tener un hijo. Deseando halagar al padre, Virgilio enlazó en su cántico los dos nacimientos, el del siglo de oro y el del vástago consular. Eso fué todo. ¿Que cómo los cristianos, siendo la cosa tan sencilla, dieron en contemplar la Egloga nimbada de misterios? El mito iba elaborándose poco a poco. Ya los comentaristas paganos empezaron por aplicar a Octavio lo que el poeta había dicho de Salonino, que fué demasiado oscuro y vulgar, desmintiendo las predicciones de Virgilio, para que mereciese la consagración eterna de aquellos magníficos exámetros...

Algunos de los hechos alegados eran, sin duda, conocidos por San Agustín. Ninguno de ellos destruye su afirmación. Sabía el santo que el poema iba dirigido al cónsul, que Vir-

gilio, poéticamente, *in alterius adumbrata persona*, aludía al hijo del cónsul. ¿Quiere esto decir que, en realidad, no hablaba al mismo tiempo del otro Niño misterioso? ¿No podía vaticinar, creyendo él mismo referirse a un hombre, el cercano advenimiento de un Dios que había de traer la paz del mundo? (1).

El mismo San Agustín afirma y prueba que, de hecho, era el Hijo de Dios, y no otro, el Niño cantado por el poeta. Dos razones aduce. Primeramente, que Virgilio, poco después de invocar a las Musas de Sicilia, suelta todas las velas de su inspiración al soplo vaticinador de la Sibila de Cumas:

Ultima Cumaei venit jam carminis aetas.

Y el vaticinio de Cumas, como en tiempos de San Agustín se admitía unánimemente, anunciaba la venida del Redentor. Allí hay, en segundo lugar, unos versos que sólo pueden

(1) «... Ad illius gratiam confugiendum est, cui verissime dici potest quod carmine adulatorio nescio cui nobili dixit, qui tamen ex Cumaeo tanquam ex prophético carmine se accepisse confessus est:

Te duce, si qua manent sceleris vestigia nostri,
irrita perpetua solvent formidine terras.,

Hoc enim duce, solutis omnibus dimissisque peccatis, hac via ad coelestem patriam pervenitur.» (Epist. CIV, Ad Nectarium, 11).

aplicarse al destructor del pecado original, al Salvador del mundo:

*Te duce, si qua manent sceleris vestigia nostri,
irrita perpetua solvent formidine terras.*

Después de las numerosas, contradictorias y siempre violentas interpretaciones, puestas en juego por los adversarios del misticismo de la Egloga cuarta, ninguno ha podido deshacer todavía los dos razonamientos de San Agustín. La opinión de los que, no queriendo haberlas con ningún personaje misterioso, convierten el *carmen cumaeum* en *carmen cymaeum*, como si Virgilio aludiese a Hesiodo y no a la Sibila, viene a estrellarse contra la unanimidad de los códices y de los filólogos. La antinomia, por otra parte, entre el pesimismo de Hesiodo y la divina esperanza de Virgilio es irreductible. Afirmar que los oráculos de Cumas, en tiempos de Virgilio, bien se guardaban ocultos, bien habían perecido en un incendio, para sacar la conclusión de que fué otra Sibila, cuyos vaticinios no tienen que ver con su poema, la invocada por el cantor de Roma, es batirse en retirada. Caen en un misterio, por escamotear las sombras del otro. Si las llamas del incendio, que hubo en tiempo de Sila, destruyeron algunos libros sibilinos, ¿no mandó el Senado Romano, antes que Vir-

gilio naciése, reconstruir el tesoro perdido con aquellos versos griegos, obra de los judíos alexandrinos, que los delegados senatoriales iban comprando por Egipto y el Asia Menor? Como las analogías entre estos documentos y los capítulos mesiánicos de Isaías no pueden negarse, los que destierran del poema virgiliano a la Sibila de Cumas tienen que venir a dar forzosamente en el profeta hebreo. Esta última hipótesis, la de que Virgilio se inspiró en Isaías, tampoco le hubiera parecido absurda a San Agustín. ¿No señala él mismo, varias veces, las imitaciones que hay en la obra del poeta tomadas de los Libros santos? (1). El florecimiento que en tiempo de Virgilio había alcanzado en Roma la colonia judía, dispone también el ánimo para admitir la probabilidad de que al favorito de Mecenas no le fuese desconocida la obra de los profetas. Entre Roma y Jerusalén hubo entonces una amistosa comunicación que se manifestaba en todos los órdenes.

No hablamos de posibilidades lejanas. Son hechos. Entre el cónsul mismo de la Egloga cuarta y Herodes Ascalonita existía una amistad profunda. Sabemos por Flavio Josefo que Aristóbulo y Alejandro, hijos del rey judío,

(1) *De civit. Dei*, lib. XV c. XIX.

fueron huéspedes en Roma del amigo del poeta. Ya tenemos, pues, al poeta en relación con los judíos. Negada toda relación de dependencia entre la Egloga y los Libros sibilinos, algunos de los cuales traducen fielmente pasajes enteros de Isaías, ¿cómo explicar el paralelismo sorprendente entre el capítulo once del profeta hebreo y la descripción virgiliana de la edad de oro, iluminada con imágenes que en ningún otro, sino es en Isaías, pudo encontrar Virgilio? La lógica pide, en vista de tal encadenamiento de circunstancias que, rechazada la influencia mediata de la Sibila, aceptemos en Virgilio el el conocimiento inmediato del profeta hebreo.

Pasando como por ascuas sobre los dos exámetros, tantas veces citados por San Agustín, quieren los cofrades de San Jerónimo quitar al Niño misterioso de la Egloga toda participación en los fenómenos que sucederán en el mundo al nacimiento del mismo. Si el Niño es meramente testigo, no actor, de aquellas transformaciones, no puede referirse Virgilio, según ellos, al Niño de Belén. Olvidan, sin embargo, que el mismo Isaías, si aplican a su texto la exégesis que al de Virgilio, tampoco habla de actor, sino de testigo, en muchas ocasiones. Muestran desconocer igualmente al poeta y al profeta los que se atreven a decir,

como Carcopino, (1) que entre el nacimiento del Niño virgiliano y la aparición de la edad de oro existe la misma relación que entre el cántico del gallo y la salida del sol en la famosa comedia de Rostand. El ejemplo no solamente es inofensivo, sino que puede volverse en favor nuestro. Aquí, cuando Chantecler afirma, con el orgullo de su cresta roja, que

*j'ai tellement la foi que mon cocorico,
fera crouler la Nuit comme une Jericho...
...Ma voix dispense la clarté,
et quand le ciel est gris, c'est que j'aimai chanté,*

el autor pinta al gallo como causa verdadera de la claridad, y todos le entendemos. Cuando Isaías y Virgilio hablan de la aparición del Divino Infante, describiendo después, como si El no tuviese parte en ella, la transformación del mundo, todos les entendemos también. Allí se habla de un agente, y es un espectador. Aquí describen un espectador, y es un agente... Es el espíritu, no la letra, lo que debe guiarnos.

Son de tal fuerza los obstáculos con que tropiezan, al apartarse de San Agustín, los intérpretes de la Egloga cuarta, que algunos, despojándola de todo sentido religioso, quieren ver en ella la narración de un cuento de hadas sobre la cuna de un niño cualquiera. Una

(1) *Ob. cit.*, p. 29

madre, cegada por el cariño, dice siempre cosas encantadoras y absurdas al mecer la cuna del pequeñuelo: rey, emperador, estrella, ángel. El poeta latino, contagiado de espíritu maternal cuando cantaba al hijo del cónsul, acumuló también en sus exámetros todas las imágenes de seducción y felicidad que pasaron en aquellos instantes por su fantasía...

Basta leer la *Egloga*, de una conmovedora solemnidad litúrgica, para reirse de tales interpretaciones.

La opinión de San Agustín, admitida sin contradicción en la Edad Media, todavía no ha encontrado rivales que la destruyan. Como al desgaire, porque siempre habló incidentalmente del poema virgiliano, dejó caer también, al lado de sus afirmaciones, los argumentos que podían sostenerlas. Alejado de los dos fanatismos, el que nació de la paráfrasis de Eusebio de Cesarea y el que se funda en los desdenes de San Jerónimo, fué San Agustín el que dibujó, indeleblemente, la aureola cristiana del mayor poeta latino. Pueden tomarse por juegos retóricos las comparaciones que entre la *Eneida* y los *Hechos de los Apóstoles* establece, rivalizando en el amor a Virgilio con su inmortal compatriota, el gran convertido de Florencia (1). Alguno atribuirá a ilusión

(1) J. Papini. *Los operarios de la viña*, c. I.

óptica la interpretación que da al hecho de que Virgilio, al morir, con la tristeza de un Simeón que no hubiese podido abrazar al Niño deseado, mandase quemar el manuscrito de la Eneida, que iba a ser eclipsada por el Evangelio... Las palabras de San Agustín resisten todos los ácidos de la crítica.

Quedémonos, pues, con el Virgilio, cristiano a medias, que el obispo de Hipona nos ha dejado. Es el Virgilio de la historia. Despojarle de su aureola profética, como quieren los secuaces de San Jerónimo, es arrancar del árbol glorioso de su obra la flor más pura, la que, entre todas, se halla más cerca del cielo, como la maravillosa Egloga cuarta. Nunca, mientras haya cristianos que sepan leer, dejarán de conmoverse las almas con aquellos versos, que son el prelude de los villancicos de Navidad. Decir como Eusebio de Cesarea, por boca del Emperador Constantino, que el poeta conoció claramente el misterio de la Virgen que había de concebir del Espíritu Santo y el misterio del Hijo de Dios que había de salvar al mundo; que, solamente por miedo a la crueldad de los gentiles, envolvió Virgilio su mensaje sobrenatural en paganas alegorías, es demasiado candoroso para tomarlo en serio. La falsificación en que se apoya basta para dar en tierra con tal teoría.

Nada, en cambio, supo claramente el Virgilio de San Agustín. Ignoraba que, al hablar por boca de la Sibila para que sus versos fuesen *dignos de un cónsul*, la Egloga cuarta había de ser *digna de un Dios*. Creyendo cantar el nuevo reinado de Apolo, cantaba el advenimiento de Aquel, cuyos discípulos, en Atenas y en Roma, habían de convertir en escombros sus altares. El vaticinio de la Sibila infundió en la letra pagana del poema el espíritu de una promesa divina, que, desde los primeros capítulos del Génesis, apareció ya, como una sonrisa de esperanza, para consuelo de la humanidad. El pueblo de Israel fué el depositario de la gran promesa. El resplandor de la misma brilló también, como un reflejo celeste, en las almas menos paganas del paganismo. ¿Cómo no había de alentar en el alma de Virgilio el presentimiento confuso de un Salvador, que en otros poetas y escritores romanos advertimos?

El cantor de Eneas fué, para San Agustín, el poeta más insigne, el alma más pura de la gentilidad. Convencido de que en la gentilidad había reverberaciones de los grandes anuncios de los profetas de Israel, no es extraño que San Agustín fuese a buscarlas en la obra de Virgilio. Puede decirse de ella, en conjunto, lo que alguien dijo de la Eneida, comparándola

con la columna de oro que había en Roma, cerca del templo de Saturno (1). Llamaban a esta columna el Miliario de oro. Todas las vías del Imperio venían a juntarse allí, como las calles del Foro, para subir juntas después, formando una sola, hacia las alturas del Capitolio. La obra de Virgilio es, en la poesía y en el pensamiento latino, el Miliario de oro. Allí vienen a dar todos los antiguos caminos, y de allí arrancan después para escalar alturas nuevas. . . *Nescio quid majus Capitolio.*

(1) A. Bellessort. *Virgile*, 14 ed. p. 260. París 1930.

CAPITULO V

El hijo y la madre.

I. *Meribulam*. La huella de Santa Mónica en la obra de San Agustín. Su verdadero sentido. La ternura de Virgilio y la sequedad de Horacio.—II. La madre del poeta. Las madres en su obra: Venus, Andrómaca, la madre de Euryalo, Amada y Cyrene.—III. La madre de San Agustín. La realidad y la mitología. Una anécdota. Cartago. El puerto de Ostia. Si los muertos hablasen...

I

Calumnias, asechanzas, burlas, menosprecios... Movidos de furor satánico, los enemigos de San Agustín echaron mano de todas las armas para acabar, si con la vida no fuese posible, al menos con el prestigio y la paciencia del glorioso obispo de Hipona.

Nunca vió éste, sin embargo, desgarrado su corazón por lanzada tan brutal como la que le dirigió Juliano de Eclana al burlarse de Santa Mónica, que ya había muerto, en uno de sus escritos. Todos los refinamientos de la crueldad envenenan las palabras del astuto hereje,

puestas como al desgaire entre las mallas del sofisma con que forcejea por envolver al obispo. Aludiendo sarcásticamente al pecadillo de la infancia de Santa Mónica, deliciosamente narrado en las Confesiones, el heresiarca viene a poner la piedra, con que trata de herir a la madre, en las mismas manos del hijo. *Meribibulam*, declaró éste, al contarnos cómo se curó de niña de su afición al vino, que la había llamado en la bodega una de las criadas. ¡*Meribibulam!*, repite con criminal alborozo el pelagiano, seguro esta vez de que sus dardos habían de clavarse en el corazón del obispo de Hipona. ¿Cómo no? La respuesta que le da San Agustín deja transparentar, en medio de su mansedumbre, los resquemores de una herida que había de tardar en curarse:

«Si hasta con mi madre, que nunca te ofendió, que nunca disputó contigo, te has ensañado, injuriándola, es porque te domina el perverso placer de maldecir, olvidándote del temible aviso de la Escritura: *Tampoco los maldicientes poseerán el reino de los cielos.* Pero, ¿qué extraño es que te hagas enemigo de mi madre siendo enemigo de la gracia de Dios, que fué la que, como yo mismo escribí, la dejó libre de aquella mala inclinación de su niñez? Yo, no obstante, venero la memoria de tus padres, como buenos cristianos que eran,

alegrándome por ellos de que la muerte les sorprendiera antes de que tú cayeras en la herejía...» (1).

No hay duda que el santo perdonaba al injuriador. Las palabras de San Agustín son las más dulces que el hijo de una madre ofendida puede pronunciar. Dejando a Dios el castigo del pecado, piensa que el pecador también tuvo una madre, cristiana como la suya, que hubiera llorado también, al verle maldiciente y pelagiano, como lloró la suya al verle maniqueo...

Sufre, pues, por el amor de Santa Mónica, y por el amor de Santa Mónica perdona. El corazón de San Agustín, la obra de San Agustín, llevarán siempre consigo el aroma inconfundible de la ternura maternal. Desterrad a Santa Mónica, desterrad a todas las madres que en ellos figuran, de los escritos del Doctor de los doctores. Nada tal vez echarían allí de menos el historiador y el teólogo, el filósofo y el hombre de ciencia. El genio prodigioso de San Agustín fué obra de Dios, no de ninguna mujer. ¿Quedaría allí algo, no obstante, del verdadero San Agustín para los que en sus escritos buscan, ante todo, el calorillo de la vida, las dulces efusiones que trans-

(1) *Opus imperf. contra Julianum*, lib. I, LXVIII.

forman la cátedra del sabio en hogar de amorosas intimidades?

Creo que en este sentido, y no en otro, puede hablarse de la influencia maternal en la obra del obispo de Hipona. Después de haberle rescatado con sus lágrimas, una madre no podía aspirar en la tierra a otra gloria mayor que la de acompañar eternamente al hijo amado en la serena peregrinación de sus libros inmortales, como le había acompañado en las dolorosas peregrinaciones de la vida mortal. Pocas madres se vieron honradas como Santa Mónica. No basta ella, sin embargo, para explicar a San Agustín. Vivió también con la santa otro hijo suyo, llamado Navigio, una figura lejana, de semblante borroso, que el mismo San Agustín ha dejado entre sombras al hacernos el maravilloso retrato de la madre. Si el alma del obispo de Hipona hubiera sido obra de aquella mujer, ¿quién duda que en Navigio tuviéramos también otro San Agustín...?

Hacía falta, para no extraviarnos en lirismos peligrosos, señalar de antemano los límites dentro de los cuales hay que poner, al hablar de San Agustín, la influencia maternal. La misma aclaración hay que hacer respecto de Virgilio. ¿Acaso Virgilio, me diréis, tiene algo que ver aquí con San Agustín, con el entrañable amor del hijo de las lágrimas hacia

la que fué llamada por él dos veces madre? Pudiera responderse que sí y que no. Nunca, en el caso de que Virgilio no hubiera existido, dejara Santa Mónica de ser amada como lo fué, de ocupar en la obra de San Agustín el lugar que ocupa. La gracia de Dios y el corazón de su hijo bastaban para ello. El poeta, en este sentido, nada tiene que ver con el santo.

Todos hablan, no obstante, de la ternura de Virgilio, de la ternura de San Agustín. Hojeando las obras del uno y del otro, al buscar una manifestación concreta de aquella ternura que todos sentimos, yo no encuentro ninguna que pueda compararse con la gloriosa procesión de figuras maternas que el santo y el poeta hicieron desfilar por sus escritos. Como si la noble y encantadora suavidad que las madres esparcen en torno suyo, les hubiera contagiado, los dos ponen también en sus frases y comparaciones una gracia que, no por ser inefable, parece menos maternal. Ahí tenéis, por el contrario, la poesía de Horacio. Puestos a inquirir la razón de que sus perfecciones y sus gracias académicas no lleguen a cautivarnos, luego echamos de ver que en la obra del poeta falta, habiendo tantas mujeres, una madre.

Sigamos, pues, una por una, las diversas manifestaciones que las madres tienen en sus escritos, para sorprender, de paso, una de las

analogías más conmovedoras que se advierten en Virgilio y San Agustín.

II

Desgraciadamente, poco sabemos de la madre del poeta. Andan mezcladas de tal modo la leyenda y la historia en las relaciones que acerca de los primeros años del poeta nos legaron, con Suetonio, los escoliastas del siglo cuarto, que sería vano todo intento de separarlas. Una de las versiones comúnmente admitidas da por cierto, desechando la opinión que convierte en alfarero al padre de Virgilio, que éste se hallaba de colono en una granja que pertenecía a Magio, noble y poderoso magistrado de Mantua. Encantado el dueño de los servicios que el colono le prestaba, quiso darle en premio la mano de su hija. Llamábase Magia Pola, y tuvo por primogénito a Virgilio. Como dicen de la mayor parte de las madres que dieron a luz hombres insignes, soñó ella al acercarse el día del alumbramiento, cosas misteriosas: que salía de su seno, en vez de un niño, un ramo de laurel, el cual, apenas había tocado con la tierra, creció repentinamente como un árbol, cubriéndose de flores y de frutos. Suponen algunos, no sin fundamento, que el sueño de Magia tuvo lugar en casa de su

padre, ya que al día siguiente, al ir de Mantua a la campiña, los dolores del parto le sorprendieron en el camino, y el poeta de las *Geórgicas* vió la luz en una zanja. Allí mismo se plantó después, para celebrar el natalicio, el álamo famoso que, no habiendo tardado en levantarse sobre los que ya habían echado raíces mucho antes que él, fué convirtiéndose poco a poco en árbol medicinal y sagrado, tenido en veneración durante siglos por las mujeres en cinta y por las madres.

El hogar campesino del colono y la hija del magistrado había de alegrarse nuevamente con la aparición de otros dos vástagos, Silón y Flaco. Pocos años duró, no obstante, la alegría. Uno en la niñez, otro en la adolescencia, los dos hermanos de Virgilio murieron, antes de ver el árbol del sueño maternal cubierto con las flores y frutos de la gloria. Poco después murió también el padre. La madre... Si hemos de guiarnos por el testamento del poeta, que señala entre sus herederos a un medio hermano, la madre de Virgilio desaparece de la historia del modo menos poético, por las segundas nupcias. Si hemos, en cambio, de dar fe a lo que dicen algunos escoliastas, murió de tristeza, herida en su corazón al abandonarla para siempre el más pequeño de sus hijos.

Quedémonos, en la duda, con lo segundo.

El tono en que Virgilio nos habla y hace hablar a las madres de la Eneida, no se aviene con la sospecha de que la madre de tal hijo fuese una madre vulgar, sin abnegación y sin ternura. Son las madres de la Eneida, al fin y al cabo, las que han de revelarnos la sensibilidad de Virgilio.

Es Venus, la madre de Eneas, la primera que aparece. Ya habíamos dicho que la diosa del amor, en Virgilio, no era más que una madre. Ahora, siguiéndola a lo largo del poema, quedaremos convencidos al ver cómo desempeña las funciones de tal.

Fugitivo de Troya, el hijo de Venus y de Anquises llega a las costas de Libia, después de haber sufrido los zarpazos de la tempestad que Eolo, cediendo a las instigaciones de Juno, desencadenó sobre la flota. Luce el sol. El soberano del Olimpo fija en los náufragos su mirada serena. Llega Venus, temblando todavía por el peligro en que vió los naves de Eneas y los suyos, húmedos los ojos de lágrimas, y se encara con él. ¿Qué ha hecho su Eneas, qué han hecho los troyanos contra el eterno dominador de los dioses y de los hombres para que les cierre, por cerrarles el de Italia, todos los caminos del mundo:

*Quid meus Aeneas in te committere tantum,
Quid Troes potuere...?*

Oída la arenga maternal, veinticinco versos en que la diosa lamenta las desgracias de su hijo y pide al soberano del Olimpo que cumpla sus promesas, el bondadoso Júpiter la consuela, asegurándole la victoria definitiva del tro-
yano:

Parce metu, Cytherea. . .

No contenta con protegerle desde las alturas, la madre vela en todas partes por el hijo amado. Desorientado, después del naufragio, sale Eneas de exploración por aquellos lugares desconocidos, y una gentil cazadora, los cabellos al viento y el arco a la espalda, le pregunta si ha visto pasar por allí a una de sus hermanas. El hijo, sin conocerla, le pregunta a su vez bajo qué cielo, en qué país ha tenido la fortuna de encontrarla a ella.

Agradeciendo sus cumplimientos, la desconocida le dice que se halla cerca de la ciudad de Dido, y le cuenta la historia de la famosa reina. Acabado el diálogo entre el guerrero y la cazadora, desaparece ésta, dejando el aire embalsamado con el perfume celeste de sus cabellos. Advirtiéndole en su modo de andar que es una diosa, el guerrero se da cuenta también de que es su madre. Corre tras ella, y la quiere detener con sus exclamaciones de ternura:

*¿Quid natum toties, crudelis tu quoque, falsis
ludis imaginibus? ¿Cur dextræ jungere dex-
[tram
non datur, ac veras audire et reddere voces?*

No es desamor, sin embargo, es la prisa que tiene por llevar a cabo cierto ardid que ha maquinado en favor de Eneas lo que la impide detenerse a consolarle. Desconfiando de la hospitalidad de los cartagineses, que, sobre ser de suyo inclinados a la traición, estaban bajo el amparo de Juno, la eterna rival de los troyanos, la madre de Eneas acude a sus astucias de mujer y de diosa para salvar al hijo que pelagra. Llama a Cupido, y después de haber ocultado al pequeño Ascanio, hijo de Eneas, en los montes de Chipre, ruega al dios travieso que por una noche le sustituya fingiendo la voz y las facciones del desaparecido. Como la reina de Cartago, creyéndole hijo de Eneas, había de sentarle en su regazo y acariciarle, no podía encontrar mejor coyuntura el dios del amor para clavar en el corazón de Dido una de sus saetas envenenadas. Ganada de este modo la reina para el guerrero troyano, poco habían de poder contra una Dido enamorada las pérfidas insinuaciones de Juno. La maternal estratagema, que había de ser trágica para Dido, fué provechosa para Eneas... (1).

(1) *Aeneid.*, liber I, vers. 223-296; 305-489; 657-722.

Vuelve a pasar otra vez la sombra de Venus por el libro segundo. Bebiendo Dido sus palabras, el fugitivo cuenta en el palacio de la reina las pavorosas desventuras de la última noche de Troya. Alocado, dice él de sí mismo, por la visión de tantos horrores, Eneas daba vueltas por la ciudad en escombros, cuando al descubrir a Helena, la mujer fatal, agazapada en el pórtico del templo de Vesta, lanzó un grito de alegría salvaje. Había llegado la hora de la venganza:

*Exarsere ignes animo; subit ira cadentem
ulcisci patriam et sceleratas sumere pœnas...*

Iba, enfurecido, a descargar el golpe mortal sobre la griega, cuando Venus, bañada en una luz pura, vencedora de la noche, le sujeta dulcemente el brazo vengador: ¡Hijo mío! Después de reprocharle el abandono en que ha dejado a los suyos, los cuales, si ella no les ayuda, hubiesen perecido ya, le dice que no son Páris y Helena los que han convertido a Troya en ruinas, sino la crueldad de los dioses. Perdona y huye, le dice (1).

Sigue contando Eneas, en el libro tercero, cómo salió de Troya con veinte naves y los sucesos de aquella navegación que, en vez de conducirle a Italia, le había traído a Cartago.

(1) *Aeneid.*, II, v. 567-620.

Como la estratagema de Venus diese el fruto deseado, la astuta Juno, con aires de reconciliación, propone a su rival el matrimonio de Dido y Eneas. ¿Qué mejor medio, pensaba Juno interiormente, para conseguir que los troyanos nunca lleguen a Italia? No se dejó engañar la madre de Eneas por las suaves palabras de la envidiosa. La gloria de su hijo había de florecer en Italia. Ella haría que Júpiter cumplierse su promesa (2).

Navegan los troyanos, y la tempestad les obliga nuevamente a cambiar de rumbo. No son todavía las costas de Italia, sino las de Sicilia, las que acogen a los fugitivos. Sacrifican a los dioses, juegan, no sin hacer también simulacros de batallas. La rabia de Juno contra ellos discurre una manera de engañar a las madres troyanas cansadas ya de la ruda navegación. Inspiradas por una mensajera de la diosa, prenden fuego a las naves de sus hijos. Sólo cuatro perecieron entre las llamas, gracias a la lluvia que Júpiter lanzó repentinamente. ¿Creéis que Venus se había olvidado de su hijo? Ella no puede descansar hasta verle en las orillas del Tíber. Después de acechar a Juno constantemente para deshacer sus intrigas, va visitando a todos los dioses, uno por uno,

(1) *Aeneid.* IV, v. 9-128.

arrancándoles la promesa de que han de proteger a Eneas:

Cogunt me, Neptune, preces descendere in om-
[nes,

confiesa ella misma al dios de los mares, al pedirle que los mantenga serenos mientras las naves de Eneas arriban a las costas de la Italia prometida (1).

Habiendo hecho alto en Cumas la flota de los troyanos, es también la madre de Eneas la que providencialmente le envía las dos palomas que, volando a saltos para que él pudiera seguir las, habían de mostrarle el árbol misterioso con uno de cuyos ramos tenía que protegerse para atravesar incólume, con la Sibila, las regiones infernales. El recuerdo de su madre y la esperanza que tiene en su ayuda brillan como un rayo de sol en el corazón de Eneas, nublado ya por el barrunto de los espantables misterios que se avecinan (2).

Iba Juno, de la Argólida hacia Cartago, cuando vió que las naves de Eneas, viento en popa, salían ya de Sicilia y se encaminaban a Italia ¡La había vencido, pues, el hijo de la que en el juicio de Páris le arrebató también la manzana! Furiosa, convencida por último de

(1) *Aeneid.*, V, v. 778-815.

(1) *Id.* VI, v. 190-211.

que los dioses no estaban de su parte, decidió acudir al infierno para deshacer el triunfo del hijo de Venus:

Flectere si nequeo Superos, Acheronta move-
[bo! (1).

El antro de las Gorgonas se conmueve al llegar Juno, y por obra de Alecto y sus hermanas el remanso de paz que los troyanos esperaban en Italia va a trocarse en una guerra luctuosa.

Aterrada, al oír en la noche el estruendo de los enemigos que se preparan para la lucha, va la madre de Eneas en busca de Vulcano. No le pidió nada durante la guerra de Troya, con lo obligada que estaba a los hijos de Príamo; nada le pidió tampoco en las grandes calamidades sufridas por Eneas, que tantas lágrimas le costaron a su madre:

et durum Aeneae saepe flevisse laborem. . .

Ahora, en cambio, que su hijo llega ya a la tierra prometida, le pide armas para que no se la arrabaten.

Sabemos la bondadosa respuesta de Vulcano. Fabricadas las armas, es la misma Venus la que va a llevárselas a su hijo, envuelta en una nube que la esconde a los ojos profanos y

(1) Id. VII, v. 312.

a ellos dos les ilumina. Después de entregarle los preciosos dones, que entusiasman al guerrero como a un niño los juguetes de un Rey Mago, después de infundirle alientos para que no vacile en lanzarse a la lucha contra Turno, le acaricia con mayor ternura que nunca:

Dixit, et amplexus nati Cytherea petivit (1).

No puede tolerar el padre de los dioses y rey de los hombres que la sangre de troyanos y latinos empape el suelo de Italia. Llama a concilio a todas las divinidades, enemigas entre sí, y desde las alturas del Olimpo, sin perder de vista el campamento de Eneas y las ciudades del Lacio, trata de ponerlos en paz. Habla Venus la primera, defendiendo con valentía y astucia al hijo que sabe usar como ninguno de las armas que ella misma puso en sus manos. No es ella, no es su hijo tampoco el enemigo de la paz. La desean, pero Juno la estorba (2). Esta, en cambio, indignada, acusa a Eneas y a su madre de ser los atizadores de la discórdia. Como ambas divinidades saben justificar su malquerencia con hermosas palabras, Júpiter, cruzándose de brazos, deja, por último, que los hados decidan el pleito.

La guerra, pues, continúa desangrando a los

(1) *Aeneid.* VIII, v. 608-624.

(2) *Id.*, l. X, v. 18-62.

hombres, porque los dioses no pueden matarse unos a otros.

Iban, por último, troyanos y latinos a darse el abrazo de paz cuando la pérfida Juno se da maña todavía para que vuelvan a las armas. Herido el hijo de Venus en una refriega, tiene que abandonar el campo, y de pie, apoyado en su lanza, con lágrimas de rabioso despecho, contempla la ruina cercana de los suyos:

*Stabat acerba fremens, ingentem nixus in has-
...lacrymis immobilis.* [tam,

Entonces, oculta entre nimbos oscuros, llega su madre, trayéndole de los montes de Creta cierto dictamo, una de aquellas hierbas que, al decir de Virgilio, gustaban los jabalíes, heridos en el costado, para arrancar de él la flecha venenosa. Después, llenando de agua una primorosa vasija, mezclando allí el *dictamo* con otras plantas olorosas, pone el unguento en manos de Yápis, sin que él se diese cuenta, para que lo aplique a la herida, y el dolor desaparece y la sangre no vuelve a correr (1). La ruina no tarda en convertirse en triunfo definitivo.

Tuvo lugar la postrera aparición de Venus en uno de los episodios culminantes del duelo mortal entre Turno y Eneas. Forcejeaba éste

(1) *Aeneid.* l. XII, v. 411-422.

por arrancar su lanza del tronco de un acebuche, en que había venido a clavarse durante la refriega. El árbol, que los latinos veneraban por tenerlo consagrado a un fauno, había sido cortado por los compañeros de Eneas para que no les estorbare en sus salidas campales. Adivinando lo que Eneas había de hacer con la lanza, si lograrse arrancarla de allí, invoca Turno, enloquecido ya por el miedo, la ayuda del Fauno para que no salga con su intento el profanador. Oyele la irritada divinidad, y son vanos todos los esfuerzos de Eneas. Disfrazada de cochero, la hermana del latino viene, además, a poner una espada en las manos, antes inermes, del amedrentado Turno. La madre de Eneas, viendo el peligro de éste y llena de indignación por el atrevimiento de una ninfa como Yuturna al favorecer al rival del hijo de una diosa, viene entonces en ayuda del troyano y arranca con sus manos celestes la lanza victoriosa que, puesta en las de Eneas, había de enrojecerse pronto con la sangre de Turno. Eco inmortal del golpe de aquella lanza es el último verso de la Eneida:

Vitaque cum gemitu fugit indignata sub um-
[bras (1).

Siempre, pues, que Venus aparece en el glo-

(1) Id., l. XII, v. 765-790 y 950-952.

rioso poema, con abundar tanto en él las digresiones, es para cumplir con el héroe una misión maternal. Contentémonos con que Virgilio haya trocado en abnegación de madre los humos de la diosa, y no le pidamos a ella, que nunca puede hacer olvidar con los favores que derrama sobre el hijo las razones de su enemistad con la diosa desdeñada por París, la ternura conmovedora de que otras madres del poeta dan ejemplo.

Una de ellas, sin duda, es Andrómaca. La Andrómaca, sorprendida por Eneas en las cercanías de una ciudad del Epiro, al pie de un arroyuelo que le hace pensar en el Simois troyano, nada tiene que ver con la glorificada por los trágicos griegos. Es una creación puramente virgiliana. Desvanecida al ver lucir en las tinieblas del bosque sagrado las armaduras de las gentes troyanas, no tarda en contar al piadoso Eneas la historia de sus desventuras. Viene allí, no obstante, en compañía del caudillo, un pequeñuelo que la hace pensar en Astyanax, el hijo que ella tuvo de Héctor. La madre olvida entonces sus desventuras de mujer, y Ascanio, hijo de Eneas, que no era otro el pequeñuelo, la tiene ya como hechizada durante los días que allí permanecen los fugitivos de Troya con el recuerdo de Astyanax. Llegado, por último, el instante de partir, la

triste Andrómaca, *digressu moesta supremo*, ofrece al niño preciosos dones, vestidos, bordados de oro, una clámide frigia que ella misma había tejido:

«Aquí tienes, niño, estas labores de mis manos. Recíbelas como prenda del amor que por tí siente Andrómaca, mujer de Héctor... ¡Eres tú la única imagen que me queda de mi Astyanax! Los mismos ojos tienes, las mismas manos, el mismo semblante que él tenía. Ahora sería él otro adolescente como tú».

*O mihi sola mei super Astyanactis imago!
Sic oculos, sic ille manus, sic ora ferebat;
Et nunc aequali tecum pubesceret aevo. (1)*

Aparición fugitiva, ya que no volvemos a saludarla en toda la Eneida, la Andrómaca de Virgilio, con su faz llorosa, hubiera bastado para embalsamar todo el poema de melancólica ternura.

Inolvidable es también la madre de Euryalo. Figura secundaria en el dulcísimo poema de amistad que, entre lanzas, hogueras y aullidos rabiosos de matanza, florece en el libro nono de la Eneida, ella viene a poner un sello de dramática magestad en el idilio. El recuerdo de Niso y Euryalo no puede separarse del suyo.

(1) Aeneid; l. III, v. 301-504.

Ausente Eneas, Turno aprovecha la ocasión para sitiar el campamento de los troyanos. Guardan una de las puertas de éste, como centinelas, los dos jóvenes amigos:

His amor unus erat, pariterque in bella rue-
[bant.

Una repentina inspiración, que no sabe si es de los dioses, brilla en el pensamiento de Niso. Es de noche. Apenas hay ya una hoguera encendida en el campo enemigo. Unos con la confianza, otros por el sueño, no pocos por el vino, los sitiadores se han echado a dormir. Reina el silencio. *Silent late loca...* ¿No era aquél el momento de atravesar las huestes contrarias para ir en busca de Eneas y contarle lo que ocurría? El proyecto entusiasma a Euryalo. Lo que no puede consentir es que Niso vaya solo. Irá él, acompañándole. Arguye Niso, para disuadirle, que quiere tener un amigo, si él muere, que retire su cadáver del campo de batalla y lo deposite en la tierra, después de haber pagado su rescate. Y le da otra razón más poderosa. ¿No tiene Euryalo una madre tiernísima que, por amor suyo, renunció a quedarse en Sicilia, la única madre que siguió a los guerreros, entre tantas madres y ancianos como habían optado por hacerse moradores de la ciudad de Alcestes? No obs-

tante, Euryalo, que había formado una resolución inquebrantable, echó a andar en compañía de Niso. Sometieron al juicio de los capitanes de Eneas el valeroso proyecto, y fué recibido por todos con entusiasmo sin igual. El joven Ascanio, hijo del caudillo, llegó a prometerles, con otros riquísimos dones, una taza antigua, que Dido le había regalado. El recuerdo de su madre pesaba entonces más en el ánimo de Euryalo que la perspectiva de todas las recompensas:

... *Sed te super omnia dona
unum oro!*

Todo era poco para él en comparación de aquella madre que le había seguido al través del mar y de la guerra. Temeroso de no poder resistir sus lágrimas, al despedirse de ella, nada quería decirle del peligro en que iba a ponerse. Ayuda y consuelo para su madre, si él caía, esa era la única recompensa que esperaba de Ascanio. Llevando consigo tal esperanza, no le había de asustar ningún peligro... Todos los guerreros lloraban, y entre lágrimas también le prometió el hijo de Eneas, con juramento, que la madre de Euryalo sería desde entonces la madre de Ascanio.

La tragedia, después de varios encuentros y deliciosas aventuras, llega por último. Muere

Euryalo, atravesado por la espada de Volscente, y Niso, después de vengar la muerte del amigo con la del mismo matador, viene a caer también sobre el cuerpo de Euryalo. Los troyanos vieron al amanecer, clavadas en dos picas por los soldados de Turno, las cabezas de los dos jóvenes compañeros.

*Interea pavidam volitans pennata per urbem
Nuntia Fama ruit...*

Y vuela la Fama, alada mensajera, por los ámbitos de la ciudad aterrada, llevando la noticia fatal hasta los oídos de la madre de Euryalo. Huyó repentinamente de sus huesos el calor vital, cayó de sus manos la rueca con que hilaba... Aquella mujer, la única anciana que desde Sicilia siguió al ejército de Eneas, corre delirante, hacia los muros, llega a las primeras filas, despreciando los avisos de los soldados y el peligro de las flechas, y al ver en el campo enemigo lo que con trágica ansiedad buscaba:

«¿Eres tú, Euryalo, exclama, al que ahora contemplo? ¿Cómo, cruel, pudiste dejarme sola, tú que eras el último arrimo de mí cansada vejez? ¡Ay! ¡Que no hayas querido, al arrojarte en aventura tan peligrosa, dar a tu madre siquiera el consuelo del último adiós! ¡Hijo mío, que ahora yaces en tierra desconocida,

presa de los perros del Lacio y de las aves de rapiña! Yo, que era tu madre, no asistí a tu muerte, ni cerré tus ojos, ni lavé tus heridas, ni pude cubrirte con aquellos vestidos que iba tejiendo de día y de noche para ti, en una tarea que aliviaba la pesadumbre de mis años! ¿Dónde iré a buscarte? ¿Qué tierra es la que guarda ahora tus miembros destrozados, el cadáver, ya mutilado, de mi hijo? ¿Eso es, hijo mío, lo que me queda de ti? ¿De ese modo pagas a la que te siguió por tierra y por mar? Atravesadme ya, rútu!os; volved contra mí, si alguna compasión me tenéis, vuestros dardos»... Acaba la infeliz madre sus lamentaciones suplicando a Júpiter que, si no hay otro medio de libertarla de aquella vida inútil y cruel, lance uno de sus dardos sobre ella. Los gemidos maternales conmueven con estremecimientos de piedad a los rudos caudillos del ejército troyano. Suenan ya, sin embargo, las trompetas enemigas, dando la señal de asalto, y con lágrimas en los ojos, recordando su promesa, el joven Ascanio tuvo que ordenar a dos de los suyos que la llevasen en brazos hasta su morada. Había que secarse las lágrimas para combatir... (1).

No son las mieles de la ternura, sino los

(1) *Aeneid*, l. IX, v. 176-502.

estragos de la ambición maternal, lo que descubrimos en el corazón de la reina Amada, esposa del rey Latino. Tenían una hija, Lavinia, con cuya mano soñaban muchos príncipes del Lacio. No obstante, fiado en los vaticinios del dios Fauno, el rey Latino esperaba un yerno misterioso que había de venir de tierras extranjeras. La reina Amada, en cambio, ya había puesto los ojos en Turno, descendiente de reyes poderosos. Llega entre tanto Eneas a las costas de Italia, y el rey, sospechando que no es otro el príncipe de los oráculos, recibe amistosamente a sus mensajeros y envía ricos dones a los troyanos.

La madre de Lavinia, por el contrario, se alarma al oír hablar del extranjero. Mordida, además, por la serpiente que una de las mensajeras de Juno le había depositado en el seno, revuélvese furiosa contra los planes del rey, contagia de su furor a todas las madres del Lacio, corriendo enloquecida por plazas y bosques, oculta a Lavinia en lo más intrincado de una selva y logra por último que los pueblos de Italia se levanten contra Eneas. ¡Es un troyano que viene a robar a su hija, descendiente del troyano que robó a Helena, disfrazado de pastor! Gracias a este recuerdo que justifica hasta cierto punto su rabioso encono contra Eneas y a la mordedura del áspid que exasperó

la natural malquerencia contra el supuesto robador de su hija, la reina Amada sigue pareciéndonos una madre y no una furia. El paroxismo es la atmósfera en que vive, y es igual su muerte que su vida. Creyendo que Turno había ya perecido a manos de Eneas y que el troyano había de ser, por último, el esposo de Lavinia, maldice de los hados y se ahorca. ¿Quiso el poeta describirnos, en lugar de la madre de Lavinia, la suegra de Eneas? Sería demasiado candoroso suponer a Virgilio capaz de semejantes epigramas. No. La reina Amada es una madre. Son muchas las que llevan en sí el germen de los furores que en ella llegaron al extremo. Y Virgilio, suponiéndola envenenada por la serpiente de Alecto, quiso que, en vez de horror, nos inspirase misericordia. La dulce Lavinia, la futura esposa de Eneas, nos la pide también con sus lamentos desgarradores, que fueron los primeros que sonaron ante el cadáver de la reina desventurada:

*Filia prima manu flavos Lavinia crines
Et roseas laniata genas. . . (1).*

Injusto sería omitir, en nuestra breve conmemoración de las madres insignes de Virgilio, el nombre de Cyrene. No es entre los guerreros de la Eneida, sino en la paz campestre

(1) *Aeneid.*, l. VII y XII, *passim*.

del libro cuarto de las Geórgicas, donde se nos aparece la madre de Aristeo. ¿Quién no recuerda el encantador episodio, una de las páginas en que el glorioso mantuano, libre de toda contaminación y reminiscencia que haga pensar en otros vates griegos y latinos, se muestra verdaderamente único, en la plenitud de sus facultades creadoras? Es una digresión con la que, después de haber cantado a las abejas, nos traslada Virgilio a los valles encantados de Arcadia. Allí vivía el pastor Aristeo, hijo de Apolo y de Cyrene, que, sin saber cómo, vió perecer, en poco tiempo, todos sus enjambres. Dolorido de tal pérdida, corrió en busca de su madre, que era una ninfa, hasta la fuente sagrada del Peneo. Como si en el cristal de las aguas viese el rostro de su madre, empieza con voz lastimera a contarle su desgracia:

*Mater, Cyrene mater, quæ gurgitis hujus
ima tenes. . .*

Mientras Aristeo clamaba, las ninfas, que, con su madre, estaban hilando vellones de lana de Melaso, teñidos de verde, oyeron solamente desde el profundo seno de las aguas, cierto rumor lejano. Siguiéron hilando, entretenidas con la narración de los amores de los dioses, y otra vez la madre de Aristeo volvió a sentir ruidos extraños. La ninfa Aretusa

sacó entonces del agua la cabellera de oro, y vió a Aristeo, y oyó sus quejas.

«No en vano—le dice, ya de vuelta, a Cyrene—te asustaba el rumor de aquellos gemidos. Llorando, a la orilla de la fuente, clama por tí Aristeo, el amor de tus amores. Lloro, y te llama cruel.»

Y la madre, angustiada con nuevo temor:

«Tráele, tráele enseguida, que bien puede atravesar mi hijo los umbrales del palacio divino...» Llega Aristeo, y su madre, después de conocer el vano motivo de sus lamentaciones, ordena que las ninfas le preparen un banquete y los dos ofrecen libaciones en honor del Océano. No tarda en hacerle saber que es Proteo el que tiene que revelar el secreto de la muerte de sus abejas y el modo de que vuelvan a zumbar en sus colmenares. Adiéstrale para que consiga del mudable dios lo que desea, y ella, entre nubes, asiste desde lejos a la entrevista. El divino Proteo, que apacienta un rebaño de focas, le cuenta al hijo de Cyrene una anécdota de su vida que éste había ya olvidado. ¿Recordaba él que, enamorado de Eurydice, corrió un día tras ella? Huyendo de él, la esposa de Orfeo, pisó con sus pies desnudos la cabeza de un áspid, cuya picadura era mortal. La muerte de sus abejas fué decretada por el desconsolado esposo que, después de haber logrado, con la

magia de su voz armoniosa y triste, libertar a la que amaba de la esclavitud de la muerte, volvió a hundirla con su mirada en el Tártaro tenebroso.

Adivinando su madre lo que Proteo no quiso decirle, declaróle ella después los medios que había de usar para que las abejas volviesen a la vida. Y como Aristeo pusiese en práctica las instrucciones maternas, vió que las abejas, como una nube, venían a posarse en las copas de los árboles y allí se arremolinaban, colgando de las flexibles ramas como cuelgan de la vid los racimos (1).

No da de sí el espacio de este artículo para formar la galería completa de las madres virgilianas. ¿Qué sería, si hubiésemos de analizar los recuerdos y comparaciones en que se alude a las madres, el tono acariciador de algunos versos que consuelan y pacifican el alma con sus dejos inefables de voz maternal?

Contentémonos con afirmar ahora, seguros de que no son los lectores del poeta quienes han de desmentirnos, que, sin las madres, tal vez se hubiese trocado en sequedad la ternura que hace de Virgilio el hermano de todos los que tienen corazón. Sobre el mundo de pastores y guerreros, de ejércitos y colmenas, de bata-

(1) *Georgicon*, lib. IV, v. 315 y sígs.

llas, remansos y tempestades, al cual nos conduce la fantasía de Virgilio, vemos siempre asomados unos ojos, que son los mismos de aquellas madres que contemplaban, inquietas, desde la muralla, el desfile de los escuadrones de Eneas:

Stant pavidæ in muris, matres oculisque se-
[*quuntur*
Pulveream nubem et fulgentes aere cater-
[*vas...* (1)

III

No se echan de menos, ciertamente, al encontrarnos con la madre de San Agustín, las encantadas ficciones de la mitología. Hubieran sido realidades los sueños de Virgilio, y todavía quedarán oscurecidas al surgir frente a ellas, evocada por el hijo de su carne y de sus lágrimas, la figura celeste de Santa Mónica. Atreverse a compararla con las madres de Virgilio, sería ya una profanación.

Desechada, no obstante, al menos por candorosa y absurda, toda idea de comparación entre la madre auténtica del santo y las madres soñadas del poeta latino, ¿qué razón hay que se opongá, después de haber visto lo que en la obra de Virgilio representan las madres, a

(1) *Aeneid.* l. VIII, v. 592-593.

examinar también la huella que en la obra de San Agustín dejó la suya?

Aquí, al contrario de lo que nos acontece con la madre del poeta, nada tenemos que imaginar. La madre de San Agustín vive todavía, vivirá mientras duren los libros del obispo de Hipona. Muchos lectores de Virgilio ignoran hasta el nombre de Magia. Todos, por él, lo hubieran ignorado. Conocen, en cambio, el nombre de Santa Mónica, no solamente los que han leído a San Agustín, sino los que oyeron alguna vez el nombre del santo. Pocas madres cristianas hay que no hagan repetir a sus pequeñuelos, al acostarlos, la plegaria inolvidable:

*Santa Mónica bendita,
Madre de San Agustín. . .*

Abramos, primeramente, las *Confesiones*. Muchos años habían pasado, al escribirlas, desde la postrera despedida que el hijo y la madre se dieron en el puerto de Ostia. Las palabras, las palabras innumerables y dulcísimas en que San Agustín habla de ella, tienen todas, sin embargo, el aroma fresco de una flor recién cortada. Ved cómo nos habla el santo, por ejemplo, de aquella travesura de la niñez de Mónica, recogida por él de los mismos labios maternos, y que dió ocasión a Juliano

de Eclana para sus viles sarcasmos. Después de haber recordado las alabanzas que Santa Mónica tributaba a una criada venerable y fiel que servía en casa de sus padres, la cual había llevado en los brazos, *como suelen las muchachas grandecillas traer a los niños*, al mismo abuelo de Agustín, el santo escribe:

«No obstante todo este cuidado y enseñanza—*el de la vieja criada*—imperceptiblemente se le introdujo en el corazón a mi madre el gusto y afición al vino como ella misma me lo contaba. Porque en la confianza de que era niña y que no bebía vino, ella era la que, por mandato de sus padres, iba regularmente a sacarle de la cuba, y antes de echarlo en la vasija en que lo había de llevar, aplicaba los labios al vaso con que lo sacaba, dando un pequeño sorbito, porque a su mismo paladar le repugnaba el beber algo más. Pues no hacía esto en fuerza de alguna pasión que tuviese al vino, sino impelida de ciertos excesillos y antojos de que abunda aquella edad, y se desahogan y explican en unos movimientos como burlescos; los cuales con el peso y gravedad de los mayores y maestros suelen contenerse y reprimirse en los ánimos de los muchachos. Añadiendo a aquel pequeño sorbo primero otros pequeños sorbos cotidianos... llegó a

contraer tal costumbre, que ya bebía con gran gusto una copa de vino casi llena.

¿Dónde estaba entonces aquella prudente anciana, y aquella su prohibición severa y rigurosa? Mas ¿por ventura habría alguna cosa que fuese de provecho para curar una enfermedad oculta, si Vos, Señor, que sois el verdadero médico de todos nuestros males, no estuviérais siempre velando sobre nosotros? Un día, pues, estando ausente el padre y la madre y también los que cuidaban de su educación, Vos, Señor, que estáis presente a todos, que nos habéis criado, que nos llamáis en todo tiempo, que por medio de los hombres que desde la eternidad tenéis determinados para nuestro ejercicio nos procuráis y hacéis lo que es bueno y conveniente para la salud de nuestras almas: ¿qué fué, Dios mío, lo que hicisteis en aquella ocasión? ¿con qué remedio la curasteis? ¿con qué medicina la sanasteis? ¿No es cierto, Señor, que os servisteis de aquel fuerte y agudo dicitario, que le dijo aquella otra criatura, cuya injuriosa afrenta fué como un hierro cortante y medicinal, que sacasteis de los secretos senos de vuestra providencia, con la cual de un solo golpe cortasteis toda aquella corrupción?

Porque aquel día que ella estaba sola con una criada, que era precisamente la que solía

acompañarla cuando iba por el vino, riñeron las dos entre sí, como muchas veces sucede en las casas. La criada le echó en rostro esta mala costumbre que su ama menor tenía, y con un modo áspero y desabrido la insultó llamándola *borrachuela*. Estimulada la niña con esta injuria, abrió los ojos para ver aquella fea costumbre, y desde aquel instante la condenó ella misma, y la dejó. . .» (1).

El hijo, el psicólogo, el doctor de la gracia, San Agustín entero se nos muestra aquí. No creáis que el santo disculpa a la criada regañona que llamó *borrachuela* a Santa Mónica. Aquella, dice él después, no quería curar a mi madre, sino zaherirla. Fué Dios el que del enfado de la una se valió para curar la afición al vino de la otra, convirtiendo el veneno de la ira en medicina de otro mal.

Sólo con lo que él dice de su madre en las *Confesiones* tendríamos para formar un nuevo libro. ¿Qué menos que citar algunas páginas? Dos escenas describe San Agustín, que son dos símbolos. La una tiene lugar en el puerto de Cartago, siendo él todavía maniqueo. La otra en el puerto de Ostia, después de haber recibido el bautismo. ¡Díptico maravilloso, en el

(1) *Confes.*, l. IX, c. 8.—La trad., como en las citas siguientes de las *Confes.*, es la clásica del P. Ceballos.

cual pudiera compendiarse la vida de San Agustín! Describiendo éste su viaje, que fué una verdadera fuga, de Cartago a Roma, dice:

«Vos sabiais, Dios mío, porque me convenía dejar aquella ciudad y caminar a la otra; pero ni a mí me lo disteis a entender, ni tampoco a mi madre, que mi partida la sintió de muerte, y me siguió hasta la orilla del mar. Yo la engañé cuando ella me tenía asido fuertemente, precisándome, o a dejar mi viaje o a llevarla en mi compañía: le hice creer con engaño que mi intento era solamente acompañar a un amigo hasta que tuviese viento favorable con que hacerse a la vela. Así engañé a mi madre, y a tal madre!, y me escapé. Y Vos me habéis perdonado esta mentira por vuestra misericordia, y aunque estaba lleno de abominables manchas, me guardasteis de las aguas del mar, hasta que llegase al agua de vuestra gracia, y lavado con ella se secasen los ríos de lágrimas que mi madre derramaba por mí todos los días, regando con ellas la tierra en que se postraba en vuestra presencia.

No obstante, rehusando ella volverse sin mí, me costó mucho trabajo persuadirla a que pasase aquella noche en una capilla dedicada a San Cipriano, que estaba cerca del puerto. Como quiera, en aquella misma noche me partí

secretamente, y ella se quedó orando y derramando lágrimas.

Y ¿qué era, Dios mío, lo que mi madre os pedía con tan copiosas lágrimas, sino que impidieseis mi navegación? Pero Vos, providenciando mi salud con sabiduría investigable y oyendo benignamente su súplica en cuanto al punto principal de sus deseos, no cuidásteis de lo que entonces os pedía, para que algún día viese que obrabais en mí lo que ella continuamente os suplicaba.

Sopló el viento, y llenando nuestras velas, brevemente perdimos de vista la ribera en la cual mi madre a la mañana siguiente hacía extremos de dolor y clamaba a Vos con quejas y gemidos de que vos al parecer no hacíais caso...» (1).

Sabemos que Santa Mónica le siguió después a Italia. Aquella ribera de Cartago, al volver San Agustín, ya no pudo atravesarla en compañía de la que con sus lágrimas la había santificado. La madre de San Agustín murió en Ostia, pocos días después de la escena que su hijo va a contarnos:

«...Sucedió, sin duda disponiéndolo Vos por los medios investigables de vuestra providencia, que mi madre y yo estuviésemos solos

(1) *Confes.* l. V, c. 8.

y asomados a una ventana, desde donde se veía un jardín que había dentro de la casa que habíamos tomado en la ciudad de Ostia, donde, apartados del bullicio de las gentes, pudiésemos descansar de las molestias de un largo viaje, y disponernos para la navegación. Estando, pues, los dos solos, comenzamos a hablar, y nos era dulcísima la conversación; porque, olvidados de todo lo pasado, empleábamos nuestros discursos en la consideración de lo venidero. Buscábamos en la misma Verdad, que sois Vos y que estabais presente, qué tal sería aquella vida eterna que han de gozar los santos, que consiste en una felicidad, *que ni los ojos la vieron, ni los oídos la oyeron, ni el corazón humano es capaz de concebirla*. Abríamos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos que manan de la inagotable fuente de la vida, que está en Vos, para que rociados con sus aguas, según nuestra capacidad, pudiésemos de algún modo pensar una cosa tan sublime y elevada. . . »

Siguió la plática entre el hijo y la madre, la más hermosa tal vez que sobre la vida del cielo salió nunca, en la tierra, de labios humanos. Una vez terminada, como si pisase ya los mismos umbrales de la gloria, volvióse Mónica hacia Agustín:

«Hijo, por lo que a mí toca, ya ninguna cosa

me deleita en esta vida. Yo no sé qué he de hacer de aquí en adelante en este mundo, ni para qué he de vivir aquí, no teniendo cosa alguna que esperar en este siglo. Una sola cosa había, por la cual deseaba detenerme algún poco de tiempo en esta vida, que era por verte católico cristiano, antes que muriese. Esto me lo ha concedido mi Dios más cumplidamente de lo que yo deseaba... ¿Qué hago ya en este mundo?» (1).

Palabras que fueron de profecía. Unos días después, aquellos labios enmudecieron para siempre. Nunca lloró el hijo amado como entonces. «Viendo yo, dice, que quedaba desamparado de tan gran consuelo como de ella recibía, mi alma estaba traspasada de dolor y pena, y parece que mi vida se despedazaba; pues la suya y la mía no hacían más que una sola...» (2). La muerte del amigo de Tagaste le hizo llorar mucho también; pero la frase de que él vivía en su amigo y el amigo en él, la tachó luego como inficciónada de retórica. La misma expresión, dedicada a su madre, nunca le pareció exagerada...

Todos los libros de San Agustín, si no en el mismo grado que las *Confesiones*, parecen embalsamados con el piadoso recuerdo. Si no

(1) *Confes.* l IX, c. 10.

(2) *Id. id.* c. 12.

en todos cita su nombre, todos hacen pensar en ella. Los diálogos de Casiaco, los sermones mismos, ofrecen ejemplos conmovedores. Sugridor como ninguno es el que hallamos en el hermoso libro, que dedicó a San Paulino de Nola, sobre el culto de los muertos. Allí se encuentran, al hablar de los sueños y apariciones por medio de los cuales creen algunos que los difuntos se comunican con nosotros, las siguientes palabras:

«Piense cada uno como quiera de lo que voy a decir. Si las almas de los muertos tomasen parte en los negocios de los vivos, hablando con nosotros al aparecerse durante el sueño, ninguna noche me hubiera dejado solo mi amorosa madre, la cual, por vivir siempre conmigo, me siguió por tierra y mar. Porque ¿cómo era posible que en la bienaventuranza de una vida mejor se hubiese endurecido su corazón hasta el punto de que, en mis horas de angustia, no viniese a consolar al hijo afligido, al que amó como ninguna madre ama, al que no podía ver nunca triste?» (1).

Pasaba ya de los sesenta años, al escribir San Agustín estas líneas. Pongamos remate con ellas al presente capítulo. Son tan elocuentes, que bien pueden tomarse como una

(1) *De cura pro mortuis gerenda*, 16. Escrito hacia el año 421.

dulce compensación del sacrificio de poner punto final en materia tan sugestiva, cuando el tema parece apenas esbozado y hay una abundancia tentadora de testimonios. El hecho sin embargo, ya no puede ponerse en duda. La perennidad del recuerdo de Santa Mónica en el espíritu del hijo amado, en la obra misma del Doctor de los doctores, es una de las gracias con que San Agustín nos cautiva.

Como las madres de Virgilio entre los guerreros de la Eneida, Santa Mónica pasa entre los sutiles y metafísicos razonamientos del Doctor, dulcificándolos con una amable sonrisa, bañándolos con cierto vaho inconfundible de cordialidad.

CAPITULO VI

El encanto de la naturaleza y el misterio de la muerte.

I. La originalidad de Virgilio y la naturaleza. Los cascos gerberos, convertidos en búcaros.—III. El sentimiento de la naturaleza en San Agustín. Eglogas de Casíaco. El arroyuelo. Pelea de gallos. *Cum jam adesperasceret...* Las hormigas. El ave que enferma de amor.—III. Interpretación religiosa del universo. Una frase de Virgilio y otra de Jeremías. La canción de las criaturas en San Agustín.—IV. La muerte, inspiradora de piedad. Los moribundos de la Eneida. El Doctor, el Hombre y el Santo, frente al misterio de la muerte. La túnica de Sapiba.

I

No sé la parte que en la elaboración de la anécdota tendría la envidiosa malignidad de sus adversarios. Lo cierto es que de uno de los grandes maestros de la crítica literaria cuentan que, después de haber resucitado con fervorosas y todavía inolvidables páginas el culto al poeta latino, después de haberse burlado lindamente de los rebuscadores de citas que limitaban la poesía de Virgilio a una

paciente labor de taracea, comparándolos con el naturalista que observaba a las abejas al través de una colmena de cristal, acabó por declarar confidencialmente en una carta que la poesía de Virgilio, al fin y al cabo, era *una poesía de segundas nupcias*.

Entre la algazara que produjo dicha confesión, al hacerse pública, fueron muchas las voces que se levantaron para acusar al famoso crítico de falta de honradez. Contra la falsedad del juicio en que de tal modo se menospreciaba la poesía virgílica, apenas hubo quien se levantase. Todos parecían estar de acuerdo en que la agudeza de la carta, mejor que los ditirambos del libro, decía la verdad. ¿Qué Musa era, según ellos, la que con voz decadente y amortecida cantaba en las Eglogas y en la Eneida, sino la misma que con vigor y frescura juveniles había cantado ya en los idilios de Teócrito y en los poemas de Homero? Aquella fórmula ingeniosa y despiadada era, pues, la expresión cabal de lo que todos confusamente sentían. El pobre Virgilio llegó demasiado tarde. Agotado el tesoro de sus gracias naturales con los dos primeros favoritos, la Musa no pudo traerle al poeta latino más que la dulce nostalgia del recuerdo antiguo, languidez y cansancio, afeites y refina-

mientos, incapaces de restaurar una juventud perdida...

Aceptada por la multitud, sancionada por jueces numerosos y conspicuos, la injusticia de tales afirmaciones merece por lo menos el mismo desdén que la opinión de los apasionados de Virgilio que ponen al cantor de Eneas por encima de Homero. Entre los grandes poetas no tienen sentido las jerarquías vulgares. ¿Qué dirían los que hablan de Homero y de Teócrito como desposados en primeras nupcias, si los precursores de su obra nos fuesen conocidos como los de la obra de Virgilio? No, la poesía del glorioso mantuano, no es de segundas nupcias. Entre otras razones, porque su poesía nació con él. Pónganle, si quieren, en segundo lugar los frívolos acomodadores del Parnaso; pero la voz, transida de amorosa piedad, con que Virgilio nos habla de los hombres y de las cosas, nada tiene que ver con la rudeza de los antiguos romanos y tampoco puede confundirse con la serenidad olímpica de los griegos. Era una voz nueva, despertadora de *nuevos escalofríos* en el alma y en la sensibilidad paganas. Gracias a ella, Virgilio es el más moderno de los poetas antiguos. Lejos de la ruda impasibilidad de Homero, que sólo usa de la naturaleza como de una decoración fastuosa y magnífica, el poeta

latino percibe en ella la respiración vital del Universo, los latidos del alma de las cosas, lo mismo de las grandes que de las humildes. Seguir en su compañía las faenas y vicisitudes de un enjambre tiene tanto interés y tanta emoción como ir por los mares tras la flota de los troyanos fugitivos. La comparación de la ruina de Troya con la caída de un árbol, que pone en boca de Eneas, muestra bien a las claras la honda repercusión que en su sensibilidad producían los fenómenos naturales:

...Ac veluti summis antiquam in montibus or-
[num
Quum ferro accissam crebrisque bipennibus
[instant
Eruere agricolæ certatim; illa usque minatur,
Et tremefacta comam concusso vertice nutat,
Vulneribus donec paulatim evicta, supremum
congemuít, traxitque jugis avulsa ruinam... (1)

Comam, vulneribus, congemuít... La cabellera, las heridas, el estertor, ¿no hacen pensar

(1) *Aeneid.*, II, v. 626-631. «Como el árbol centenario, plantado en las altas cumbres, cuando, serrado ya por el tronco, pugnan los labradores por dar con él en tierra a fuerza de hachazos, yérguese todavía amenazador y trémulo, cimbreando su pomposa cabellera con el sacudimiento de la copa, hasta que derrotado poco a poco con tantas heridas, lanza el postrer gemido y se desploma, descuajado, sobre las laderas...»

en un gigante, amigo de los troyanos, y a quien Virgilio llora como si hubiese muerto en el campo de batalla?

Algunos viajeros, que, años después de firmado el armisticio, visitaron las regiones de Francia y Bélgica invadidas por los alemanes, aseguraban que era cosa frecuente encontrar en muchas ventanas, convertidos en pacíficos tiestos de flores, una hilera de cascos teutónicos. La Musa de Virgilio se parecía algo en esto a las mujeres belgas y francesas. Entre la gritería y el estruendo de los combates el antiguo campesino de Mantua pone siempre, para dulcificar la barbarie de la epopeya, una canción pastoril, unas florecillas de las Geórgicas. Allí habla de los balidos de la madre que llama al cordero, arrebatado por el lobo; de cabezas juveniles que, al golpe de la espada, caen al suelo como flores separadas del tallo por la guadaña; compara el furor rugiente con que se lanzan los caudillos al combate, con el estrépito de las aguas que descienden por rocosas laderas a la llanura; la actividad de Vulcano le hace pensar en la constante agitación de una viejecita que tuviese que madrugar para encender la lumbre y ganarse la vida; los ataques y las retiradas del ejército frente al enemigo le traen a la memoria los humos encrespados del oleaje al subir la marea y la fatiga con que

retrocede al bajar. Algunas de sus comparaciones, usadas por nosotros, serían triviales. En Virgilio guardan todavía la gracia original, el sabor auténtico de la vida del campo, que vanamente buscaríamos en una Arcadia de biblioteca.

II

Como Virgilio, San Agustín vivió siempre enamorado de la naturaleza. La luz, el agua, las estrellas, los árboles, las flores, los animales, en todas las cosas descubrían resplandores de belleza los ojos extasiados del obispo de Hipona. Descontando las divergencias que entre el cristiano y el pagano, entre el doctor y el poeta, son inevitables, la canción de las criaturas tiene en Virgilio y San Agustín afinidades sorprendentes. Uno y otro dan la impresión, leyendo sus obras, de una ventana abierta al campo; los dos hacen pensar en Rafael. Si el poeta, al ir tras el carro de Marte por los campos polvorientos y ensangrentados nunca pierde la vista los valles y colinas, los bosques y arroyuelos de su tierra natal, tampoco el santo cierra los ojos, en sus altos vuelos metafísicos, al amable y sugeridor espectáculo de las obras de Dios. ¿Cómo había de cerrarlos, si uno de los motivos que le hacían cautiva-

dora la lectura de Virgilio era ver amorosamente cantadas por el poeta las cosas que él amaba?

Mejor que las ponderaciones del santo, con ser tan vivas (1), manifiestan la profundidad del amor que la naturaleza le inspiraba las múltiples alusiones y ejemplos de que, tal vez sin darse cuenta, dejó sembradas sus obras. Nunca falta, en los principales episodios descritos por él en las Confesiones, la noticia del árbol, del huerto, del emblema rural que preside la escena. Unas pinceladas, de vigorosa sobriedad, le bastan, al contarnos el hurto de su niñez, para que el peral, lindante con la viña de Patricio, que vendimió a pedradas una noche, después de haberse hartado de jugar en la plaza con sus compañeros, quede grabado en nuestra imaginación como el

(1) *Pulchras formas et varias, nitidos et amoenos colores amant oculi... Et tangunt me vigilantem totis diebus, nec requies ab eis datur mihi, sicut datur a vocibus canoris aliquando ab omnibus in silentio. Ipsa enim regina coelorum lux ista, perfundens cuncta que cernimus, ubi per diem fuero, multimodo allapsu blanditur mihi aliud agenti et eam non advertenti. Insinuat autem se ita vehementer, ut si repente subtrahatur cum desiderio requiratur, et, si diu absit, contristat animum.*— Y después de haberse elevado hasta Dios, fuente de toda belleza, condenando a los que por las cosas bellas se olvidan de la misma Belleza, añade: *Ego autem, hæc loques atque discernens, etiam istis pulchris gressum innecto. (Confess. l. X. c. 34).*

retoño más famoso del árbol del Génesis (1). Si bien, después de su conversión, lo tomaba a risa, llegó a creer, profundamente conmovido, en las lágrimas de la higuera al arrancarle los higos (2). Esta fué una de las fábulas de los maniqueos que mejor se avenían con la sensibilidad del estudiante.

El dramático episodio de su conversión tuvo lugar en el huerto de la casa en que el retórico de Milán se hospedaba. Allí acudió, en busca de soledad y de sosiego, después de la tormenta que levantaron en su corazón las historias de Ponticiano. Allí se levantaba también una higuera, que había de contemplar, impasible, las lágrimas verdaderas del que en otro tiempo se conmovía con sus lágrimas fingidas: *Sub quadam fici arbore stravi me nescio quomodo, et dimisi habenas lachrimys, et prorupuerunt flumina oculorum meorum* (3).

La ventana, el huertecillo de la casa de Ostia en que habitó con su madre antes de volver, solo, para Cartago, lucirán eternamente con los fulgores del éxtasis que allí tuvieron San Agustín y Santa Mónica. *Incumbentes ad quamdam fenestram, unde hortus intra do-*

(1) *Confess.* I, II, c. 4.

(2) *Id.*, III, 10.

(3) *id.* VIII, 12

mum, quæ nos habebat prospectabatur... (1). Estos detalles, sin importancia, caídos como al desgaire de la pluma del santo, ¡cuánto revelan!

Hubo, no obstante, unos meses en la vida de San Agustín que pueden considerarse como el verdadero, como el único remanso de geográfica que había de gozar en este mundo. El luchador infatigable de Cristo, enamorado como ninguno de la paz y del silencio, se acordaba después muchas veces, como de un paraíso perdido, de la granja de Casiaco. Hablando de ella en las Confesiones, al evocar el dulce y pacífico asilo en que, gracias a la amable oferta de Verecundo, descansó de las ardorosas fatigas mundanales, pide al Señor que premie con la perenne frondosidad de su paraíso al dueño de aquellas paradisiacas heredades de la campiña de Milán (2). Hállanse las obras, que allí escribiera el nuevo convertido, tan empapadas de gracia campestre, que, si el santo se hubiese propuesto hacer unas Eglogas en que los pastores hablasen como filósofos y, en vez de disputarse la posesión de un cordero, luchasen por la conquista de la verdad, no se echaría en ellas de menos otra cosa que el arrullo de los versos. La introducción

(1) *Confess.* l. IX, c. 10

(2) *Id.* l. IX, c. 3

al diálogo en que toman parte con San Agustín los amigos que, como su madre, siguieron al retórico desde Africa hasta Milán, abunda siempre en motivos pastorales. Si el cielo estaba claro, tenían sus pláticas en una pradera, sentados amigablemente al pie del árbol más frondoso. La serenidad del cielo de Italia era un baño de templanza para el espíritu impetuoso de aquellos jóvenes africanos (1). Sólo el frío y los nubarrones que amenazaban lluvia les hacían recluirse en el aposento de los baños (2). No lejos de la pradera en que solían juntarse había también, para que nada faltase a la égloga, un arroyuelo que pasaba, canalizado, por la misma casa. Una noche, que San Agustín pasaba en vela, a solas con sus pensamientos, sintió el santo desde la cama cierto ruido extraño que producían las intermitencias de la corriente. Dióse a discurrir sobre el motivo de tales rumores, y como Licencio le advirtiese que tampoco él dormía, por el estrépito que hizo con un palo para espantar a los ratones, el santo le preguntó si no había observado cómo las aguas del canal, detenidas unos

(1) *Dies ita serenus effulserat ut nulli prorsus rei magis quam serenandis animis nostris congruere videretur. (contra Acad. II, 10)*

(2) *Cum alio die consedissemus in balneis, nam erat tristior quam ut pratium liberet descendere (Id. III, 1)*

momentos, volvían a saltar después bulliciosamente. Si ahora, le decía, no es fácil que ande ninguno por el arroyo y menos que estén lavando ¿cómo se corta con tanta frecuencia la corriente? Respondió el pequeño poeta que no podían ser más que las hojas de los árboles, que al caer sobre el agua y ser arrebatadas en su curso quedaban amontonadas en la angosturas del canal. Vencía la corriente el obstáculo, y entonces oían el murmullo alborozado del agua. Volvían a arremolinarse las hojas, y entonces el agua tenía que detenerse otra vez (1).

Este episodio inaugura el diálogo sobre el orden, en que intervienen Agustín, Licencio y Trígecio. El arroyuelo, no obstante, alegra todos los diálogos con la risa de sus aguas. Alguna vez llegan a mezclarse con ellas las lágrimas del pobre Licencio, cuya desordenada afición a las Musas, con daño de la filosofía, no era bien mirada por San Agustín. Ocurrió que a la hora de la siesta, al juntarse los amigos, después de comer, en el lugar acostumbrado de sus tertulias, encontraron allí a Licencio, ensimismado en sus poéticas imaginaciones, *excogitandis versibus inhiantem*. Si bien en nuestra comida, advierte San Agustín, el

(1) *De ordine* I, 6

principio y el fin se confundían, lo cierto es que a la mitad de ella, antes de haber bebido, se levantó sin decir nada. ¡Aleteaban unos versos en su fantasía, y buscaba la soledad para no espantarlos! Viéronle, pues, allí, y el santo, medio en broma, le habló con cierta dureza de su devoción a las Musas. La ironía de aquellas palabras hizo ruborizarse al poeta, que entonces, providencialmente, se dió cuenta de que tenía sed. *Erubuit ille, discessitque ut biberet...* «Sí; tenía sed, añade, no sin malicia, San Agustín; la sed le dió ocasión para alejarse de mí al ir tal vez a decirle nuevas y más duras palabras...» (1).

Sabemos también que, mientras los jóvenes filosofaban, las gallinas andaban picoteando en la pradera. Algunas veces, antes de ponerse el sol, tuvo Santa Mónica que despedirse de los filósofos para ir a echarlas de comer. Las siguientes palabras de San Agustín hacen sospechar que aquellas aves tenían todo el campo libre para sus correrías:

«Puestos en camino para ir al aposento de los baños, que cuando el cielo estaba triste y no podíamos salir al campo era el lugar predilecto para nuestras tertulias, nos encontramos a la misma puerta con dos gallos que se

(1) *Contra Acad.* III, 7

acometían uno a otro con rabioso furor. Y nos detuvimos para contemplar la lucha. Porque, ¿acaso hay algo en que los ojos de los enamorados no vengan a posarse, ansiosos de descubrir en todas partes las señales con que se manifiesta la hermosura de la razón, al dirigir y ordenar todos los movimientos, lo mismo conscientes que inconscientes, arrastrando anhelosos en pos de sí a los que suspiran por ella? ¿Hay, por ventura, lugar y modo en que no pueda mostrarse? Bien se echaba de ver en aquellos mismos gallos: los cuellos estirados, encendidas y alborotadas las crestas, los valientes picotazos, las evasivas cautelosas, todo con una gracia, que nada había en los movimientos de aquellos animales privados de razón que no fuese decoroso; porque, desde arriba, una razón suprema lo dirigía todo. Fué de admirar, por último, la ley del vencedor: cacareaba ufano, y se esponjaba, hasta formar una bola de todos sus miembros, con altanería imperial. Vimos también las señales del vencido: el cuello desplumado, la voz torpe, y sin garbo los movimientos, que, por la misma razón, conforme a las leyes de la naturaleza, tenían no sé qué de bellos y armoniosos...» (1)

No se detuvo San Agustín, con su comitiva

(1) *De ordine*, I, 25.

de filósofos, en la contemplación escueta, puramente espectacular, de la pelea de los gallos. Allí encontraron ellos, al revés de los filósofos del día que se divierten con las grandes ideas lo mismo que si fuesen juguetes, ocasión para más altas consideraciones. El juguete y el espectáculo, con que placenteramente se divertían nuestros filósofos, siempre terminaban por convertirse en trampolín de las ideas. ¿Cómo no adivinar, sin embargo, en la viveza de la descripción que San Agustín nos hace, la íntima complacencia, el interés apasionado con que presenció la lucha? Lo confiesa él mismo, además, afirmando que el espectáculo en sí *ipsa pugnae facies*, sin elevarlo a más altos pensamientos, le hubiera llenado de placer... (1)

Como los amigos de las églogas virgilianas, los amigos de San Agustín suspenden todos los días sus pláticas y se retiran del campo al ponerse el sol. *Cum jam advesperasceret...* (2) *Jam vespere obumbrati domum revertimus* (3). *Jam erat nox...* (4). Estas expresiones con que el solitario de la granja de Milán suele poner término a las cordiales asambleas filosóficas que, al pie de un árbol, celebraba con sus com-

(1) *Id.*, I, 26.

(2) *Contra Acad.*, I, 10.

(3) *Id.*, II, 30.

(4) *Id.*, III, 44.

pañeros, tienen para el espíritu el mismo aire de intimidad, la misma dulzura del Angelus que los dos últimos versos con que Títyro se despide de Melibeeo:

Et jam summa procul villarum culmina fu-
[mant,]
Majoresque cadunt altis de montibus um-
[bræ... (1)]

Nuestro poeta, decía San Agustín a Licencio, refiriéndose a Virgilio (2). Allí no había más poeta que éste. Virgiliano el paisaje, virgiliana la vida, bañándose todos, por las mañanas, como en un chorro de agua clara, en la música de sus versos, puede decirse que Virgilio era uno de los huéspedes de la granja de Verecundo. ¡Nunca el obispo de Hipona había de volver a sentirle tan cerca como en aquellas soledades!

Como pintor de animales no hay entre griegos y romanos quien aventaje al de Mantua en la precisión y en la fuerza de las descripciones. Si tenemos, además, en cuenta la piedad enterrecida con que habla de ellos, como si fuesen sus hermanos inferiores, bien puede decirse que ninguno le iguala. Es el Francisco de Asís del paganismo.

(1) Virgilio. Eg. I.

(2) *Contra Acad.*, III, 9.

Hermano también de Virgilio en su afición a los animales, no fué solamente en la granja de Milán donde San Agustín había de quedar absorto contemplando una lucha de gallos. Siendo ya obispo, confiesa él mismo la debilidad que sentía por las pobres criaturas de Dios. Iba por el campo, a solas con sus pensamientos, y la vista de un perro al correr tras una liebre le seducía de tal modo que ya no podía pensar en otra cosa que en el perro y la liebre. Seguir su camino, sin echarse también él a campo traviesa para ver en qué paraban el perseguidor y la fugitiva, lo consideraba ya como una victoria sobre sí mismo. El estelión (1) tragando moscas y la araña cogiéndolas prisioneras en sus redes, le hacían suspender a menudo, sentado en su habitación, la obra que traía entre manos (2). Fruto de ese espíritu de observación, que al santo, en ocasiones, llega a parecerle pecaminoso, son la multitud de parábolas, ejemplos y comparaciones que tal aire de sencillez y de gracia, de amenidad y ternura, dan a sus escritos.

Elegiremos aquí, en representación de los pequeños y humildes animalitos que con tal simpatía se hallan retratados en la obra del

(1) El estelión, llamado por los árabes *hardim*, es un reptil, muy común en el Norte de África, parecido al lagarto.

(2) *Confess.* X, 35.

Santo Doctor, a la hormiga. Varias veces la propone San Agustín como ejemplar a los fieles de Hipona (1). Nunca, sin embargo, con tal viveza como al hablar del desgraciado que, mientras era dichoso, descuidó las cosas de Dios:

«No supo imitar, dice, a la hormiga; no llenó, en el verano, su granero. ¿Qué quiere decir, en el verano? La tranquilidad de la vida, el tiempo en que todo le salía bien, en que viviendo desahogado, todos le llamaban dichoso, era su verano. Hubiera imitado a la hormiga, oyendo la palabra de Dios; recogiendo los granos, y guardándolos dentro de sí. Ya podía venir la tribulación, el invierno de la pereza, la tempestad del temor, el frío de la tristeza... Era el invierno. La hormiga hubiera vuelto al granero que hizo en el verano; allí, en su escondrijo, sin que nadie la viese, gozaría de sus fatigas estivales. Todos la veían, al afanarse en la recolección del verano; ahora, al saborear en invierno la cosecha, no la ve ninguno. ¿Qué significa esto? Observa a la hormiga de Dios: madruga todos los días, corre al templo, reza, escucha el Evangelio, canta los himnos, medita en lo que oye, entra dentro de sí, esconde en su corazón los granos recogidos en la era... Es

(1) *In Psal. XLI Enarr.*, 16; *Serm. XXXVIII*, 6, etc.

la hormiga que atraviesa el sendero, con su carga a cuestas». (1)

El santo sigue con la encantadora alegoría; pero no es menester prolongar la cita para darse cuenta del entusiasmo que le inspiran aquellos animalitos de Dios, que tantas veces la hicieron detenerse en sus paseos por los alrededores de Hípona.

Hablando de la gallina, no puede olvidarse que Jesucristo se comparó con ella, y el tono de sus palabras llega a levantarse en oleadas de ferviente lirismo. He aquí uno de los muchos lugares en que glosa la comparación evangélica.

«Nunca vimos cosa semejante en ninguna de las aves que anidan entre nosotros, como son los pajarillos que se crían en los huecos de las paredes, las golondrinas a quienes todos los años tenemos de huéspedes, las cigüeñas y tantas otras aves que, anidando a la vista de todos, empollan sus huevos y alimentan a sus crías, como vemos diariamente que acontece con las palomas: nunca, nunca pudimos ver, y tampoco ha llegado a nuestros oídos, que las aves enfermasen con sus polluelos. ¿Cómo ocurre esto con la gallina? El hecho es cierto, comprobado por vosotros todos los días. ¡Cómo

(1) *In Psal. LXVI Enarr; 3.*

se le enronquece la voz, cómo queda todo su cuerpo espeluznado! Caídas las alas, entreabierto el plumaje, diríase que algo enfermizo se mueve en torno de los polluelos ¡Es el amor materno que se ha trocado en enfermedad!

¿Y cuál fué, sino ésta, la razón de que el Señor quisiera tenerse por gallina en la Sagrada Escritura, al decir: *Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise congregar a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo las alas, y tú no quisiste?* Congregó, pues, a todas las gentes, cómo la gallina a sus polluelos, El que enfermó por nosotros como ella enferma, recibiendo nuestra carne... siendo crucificado, despreciado, abofeteado, azotado, suspendido en un madero, atravesado por una lanza. ¡Achaques fueron éstos de enfermedad materna, no de majestad perdida!» (1).

Menester sería una obra voluminosa para dar razón de todas las alusiones que a la oveja, al toro, al caballo, a la infinita variedad de seres que pueblan el universo, hallamos en los escritos de San Agustín. Contentémonos, por ahora, con observar que, si bien el santo subordina siempre el encanto de la parábola en sí misma a la enseñanza espiritual de la morale-

(1) *In Psal.* LVII, 10—Vid. *In Psal.* CXC, 5; *Serm.* CVI, 11 y 12; *Id.* CCLXIV, 2; *Id.* CCLXV, 11; *Tract.* XV in *Joan.* 1 y sigs...

ja, no es menos cierto que la complacida morosidad de sus descripciones denuncia muchas veces el placer invencible con que las cosas descritas le cautivan.

III

No solamente en el amor de la naturaleza se dan la mano Virgilio y San Agustín. Pagan el uno y cristiano el otro, los dos perciben la través de las criaturas la huella de la divinidad, los dos sienten, con el encanto del universo visible, el misterio religioso que le envuelve. Ninguna fórmula puede condensar mejor las razones del íntimo arrobamiento en que la contemplación de la naturaleza deja transportado a Virgilio que la frase que éste pone en boca de Dametas:

Jovis omnia plena. (1)

Todo lo llena, para él, la divinidad. Amigo de sorprender en Virgilio reminiscencias de la Escritura, el mismo San Agustín comparó esta frase del poeta, que no puede ocultar su abolengo pitagórico, con aquellas palabras de Jeremías:

Cœlum et terram Ego impleo... (2)

(1) *Egl.* III. v. 60.

(2) *Ierem.* XXIII, 24 (Vid. *De consensu Evang.* I, 31)

Variaciones de aquella sentencia virgiliana, que el santo esgrime tan a menudo contra la manía divinizadora de los gentiles (1), son también los sonoros versos de las Geórgicas, de vago sabor panteísta:

*Deum namque ire per omnes
terrasque, tractusque maris, coelumque
[profundum (2).*

Toda la obra de Virgilio parece estremecida por ese aliento de divinidad, cuyas palpitaciones llegaban a él confusamente, envueltas con las armonías de la tierra, del mar y de los astros. ¡Da pena ver en las sombras del paganismo, cantando a Júpiter, al que tenía un alma y una cítara como la de David!

Como en la de Virgilio, también hay en la obra de San Agustín reflejos de la doctrina de Pitágoras. El universo no es para él otra cosa que un cántico magnífico del inefable modulador (3). Lejos, no obstante, de rendirse al halago de la música, el santo deja atrás al poeta y al filósofo, zambullidos voluptuosamente en el oleaje arrullador, y sube de armonía en armonía, como por una escala, hasta

(1) Vid. *De civit. Dei*, IV, 10; *Id.* VII, 11, etc.

(2) *Geor.* IV, 121-122 (Vid. *De civit. Dei* IV, 11).

(3) *Velut magnum carmen cujusdam ineffabilis modulato-
ris.* (*Epist.* 138, 5).

escuchar en el silencio absoluto, allí donde no llega ya el tumulto de las criaturas, la voz del que ama a su alma, la palabra de la cual son ecos todas las cosas que viven y cantan en el mundo: *Sileat tumultus carnis, sileant phantasiæ terræ et aquarum et aeris, sileant poli et ipsa sibi anima sileat... et loquatur Ipse solus* (1). ¡Callen las criaturas, hable Dios solo! Fueron instantes fugitivos, como los del puerro de Ostia, aquellos en que San Agustín gozó en la tierra de tal bienaventuranza. Vuelto en sí del dichoso arrobamiento, la naturaleza recobraba para él su prestigio de siempre, y aparecía ante sus ojos revestida con nuevos fulgores. Lo que Platón y Virgilio, envueltos en las tinieblas, pudieron entrever, véalo San Agustín con ojos radiantes de iluminado:

*Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura!*

Hojead los libros de San Agustín, las Confesiones sobre todo, y veréis qué poco difiere el cántico de las criaturas, interpretado por el Doctor del Carmelo, del cántico universal que el Doctor de la gracia escuchaba también con

(1) *Confess. IX, 52*

fervores de adoración y estremecimientos de gozo. Ama San Agustín a las criaturas, porque ve en su belleza los reflejos de la Belleza soberana. Y sale, como San Juan de la Cruz, a preguntarlas por el Amado:

«Nada de esto es lo que amo, cuando amo a mi Dios; y, no obstante esto, amo una cierta luz, una cierta armonía, una cierta fragancia, un cierto manjar y un cierto deleite, cuando amo a mi Dios, que es luz, melodía, fragancia, y deleite de mi alma; en el cual resplandece una luz que no ocupa lugar; se percibe un sonido que el tiempo no arrebató; se siente una fragancia que no la esparce el aire; se recibe gusto de un manjar que no se consume comiéndose; se posee estrechamente un bien tan delicioso que por más que se goce y se sacie el deseo, nunca puede dejarse por fastidio. Todo esto es lo que amo cuando amo a mi Dios.

Pero ¿qué es esto? Yo pregunté a la tierra, y respondió: *No soy yo eso*; y cuantas cosas se contienen en la tierra me respondieron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos, y a todos los animales que viven en las aguas, y respondieron: *No somos tu Dios; búscale más arriba*. Pregunté al aire que respiramos, y respondió todo él con los que le habitan: *Anaximenes se engaña, porque no soy yo tu*

Dios. Pregunté al cielo, sol, luna y estrellas, y me dijeron: Tampoco somos nosotros ese Dios que buscas. Entonces dije a todas las cosas que por todas partes rodean mis sentidos: Ya que todas vosotras me habéis dicho que no sois mi Dios, decidme, por lo menos, algo de El... Y con una gran voz clamaron todas: ¡El es el que nos ha hecho!» (1).

Estas palabras, cuyo paralelismo con las sublimes estrofas de San Juan de la Cruz salta a la vista, bastan para poner de manifiesto el abismo con que las ideas cristianas habían separado, en su interpretación de la naturaleza, a Virgilio y a San Agustín. El poeta percibía solamente el rumor confuso, misterioso, de la voz de las criaturas. No las distinguía del Creador, y era incapaz de traducir el

no sé qué que quedan balbuciendo...

El santo, nacido para amar como el poeta, amó, con la misma ternura apasionada del poeta, el encanto de la luz, la paz de los campos, el estruendo armonioso del mar. Algunas veces, hasta sollozar le oímos porque no puede desprenderse del dulce cautiverio en que le tienen aprisionado las criaturas. Pero su corazón, sediento de belleza infinita, herido por Dios con una llaga incurable, acaba siempre

(1) *Confess.*, X, VI.

por romper el cerco de las gracias seductoras y caducas, y se lanza con ímpetu hasta el mismo regazo de la única Belleza y del único Amor que pueden darle la paz. ¿Cómo no han de parecerle migajas caídas de la mesa del rey todos los encantos y bellezas del universo, después de haber sentido una vez las dulzuras del abrazo divino y bebido en la misma fuente de donde manan la vida y el bien, el amor y la belleza? ¡Dichoso Virgilio si, como el santo, hubiera podido cerrar los oídos a la música terrestre para oír, siquiera unos instantes, la voz del Amado!

IV

La modernidad de Virgilio, el aspecto de su sensibilidad que más le acerca a nosotros, no es en el amor a la naturaleza donde tiene su manifestación más conmovedora. Lo que le hace hermano nuestro, lo que ofrece también mayores analogías con la sensibilidad del hijo de Santa Mónica, es el grito de dolorosa piedad que le arrancan las miserias del mundo, sobre todo el espectáculo de la muerte. Nunca habían brotado de una lira pagana tales acentos de melancólica simpatía, de fraternal compasión por las desventuras de los hombres. Si la Edad media llegó a tenerle por uno de los

suyos, no hay duda que la razón principal fué la de haber visto en Virgilio al poeta de la piedad y de la muerte. Aquellas danzas macabras que rondaron, como una obsesión, en los siglos medios todas las imaginaciones de Europa, no eran extrañas al sentimiento trágico que anima las lamentaciones de Virgilio sobre las miserias y la fugacidad de la vida.

No es, con todo, el horror físico de la muerte lo que nos hace gustar el poeta. Acaso en este sentido haya muchos que le superen. Ninguno, en cambio, de los poetas antiguos ha traducido como él esa inquietud metafísica que despierta en las almas nobles el enigma de los destinos humanos, al contemplar unos ojos que se cierran para siempre; el aleteo inefable del espíritu que flota, como una esperanza de inmortalidad, sobre los charcos de sangre y los cuerpos magullados; la invencible oleada de fraternidad que todos, amigos y enemigos, sienten subírseles al corazón, si ven pasar la muerte cerca de ellos y hace presa en alguno... El amor a la patria y el amor a la naturaleza, que son tan profundos en Virgilio, quedan eclipsados por la infinita piedad del misterio de la muerte: *Et mentem patriae subiit pietatis imago!* (1).

(1) Aen., X, 824.

Ya había observado Fenelón que pocas veces hace morir Virgilio a alguno de sus héroes sin entrelazar con su agonía alguna circunstancia conmovedora. Es verdad. Entre la hilera de cadáveres que señala el itinerario del ejército de Eneas, desde Troya a las llanuras de Italia, apenas encontramos uno sobre el cual no hayan caído unas lágrimas amigas. Aquella negra sombra que nubla fatídicamente los ojos de los moribundos de Homero aparece en Virgilio iluminada por los respladores de una aurora de sábado en que la madre o la esposa, el padre o el amigo, a veces hasta los mismos adversarios, vienen a embalsamar los tristes despojos con los unguentos de la humana piedad.

Como si el recuerdo de sus hermanos, muertos en la primera juventud, hubiese llagado de perenne melancolía el corazón de Virgilio, nunca vemos estemecerse al poeta con sollozos tan profundos como en la agonía de sus guerreros adolescentes. A todos los ama y se esfuerza en hacérselos amar. Entre la multitud de ejemplos conmovedores que asaltan la memoria, como el de Niso y Euryalo, recordaremos aquí solamente el de dos mancebos, cuya muerte hallamos descrita en el libro décimo de la Eneida. El primero es Pallas, hijo del rey Evandro, que había hecho alianza con Eneas.

Habíale entregado el rey, con lágrimas en los ojos, para que al lado de Eneas aprendiese a pelear. El de Troya le quería como a un hermano menor. Llega la primera batalla, y, después de haber sembrado el suelo de cadáveres, el desgraciado joven cae bajo la espada de Turno, que le despoja, ya muerto, de sus armas y del talabarte que llevaba a la cintura. Una leona, al ver que le habían robado sus cachorros, no se hubiese enfurecido como Eneas al saber la muerte del hijo del rey. No tarda, sin embargo, en triunfar el dolor de la rabiosa venganza. Las lágrimas del amigo, las lágrimas del padre, lucirán eternamente sobre el sepulcro del infeliz mancebo, haciéndonos olvidar la sangre vertida por el odio. El recuerdo del amigo, tronchado en flor, sangra como una herida en el corazón de Eneas y es el que le obliga a llorar unas veces y otras a matar. Derribado Turno a sus pies, en la escena culminante del poema, el caudillo troyano, ante las conmovedoras palabras del gigante vencido, iba ya ablandándose para el perdón. Como viera, no obstante, lucir sobre el pecho de Turno el talabarte y las joyas que Pallas había llevado en otro tiempo, el doloroso recuerdo se convierte en ira, y su espada se hunde, con impulso de fatalidad, en el pecho del gigante. Muere como Pallas, y el poeta nos

le había hecho amar como a su víctima, antes de morir. El gigante tenía una hermana y un padre...

Pero Eneas no sólo lloraba a sus amigos. Lo recuerda, emocionado, el mismo San Agustín: «Es de alabar, en Virgilio, la piedad de Eneas que llora hasta la muerte del enemigo, a quien él acaba de matar...» (1). Esta desgraciada víctima del furor de Eneas, que, después de inmolada, arrancó lágrimas de piedad al troyano, fué Lauso, hijo de Mecencio. Acababa de morir el hijo de Evandro, había huido Turno de la refriega, cuando Eneas y Mecencio, como capitanes de los dos ejércitos enemigos, atraieron sobre sí, durante unos instantes, las miradas ansiosas de uno y otro bando. Era un duelo a muerte entre los dos caudillos. Herido por la lanza de Eneas, que sonríe ya triunfalmente, seguro de la victoria, el anciano Mecencio se encoge, en espera de la muerte, ante la arrogancia del valiente enemigo. Sollozando y con lágrimas en los ojos, al ver el aprieto en que se halla su padre, el joven Lauso se pone, de un salto, frente a Eneas. Como si quisiera azuzar con sus versos al hijo del anciano y maltrecho luchador, el mismo Virgilio le dirige entonces palabras que, siendo de epitafio, parecen de arenga:

(1) *De civit Dei*. l. III, c. 14.

*¡Non equidem, nec te, juvenis memorande,
[silebo!*

Detiene, pues, el mancebo el brazo vengador de Eneas, y, protegido por la rodela del hijo amado, se retira el pobre viejo y puede llegar, arrastrándose, a la orilla del río en cuyas aguas se lava las heridas. Entre una lluvia de dardos, pelean ya cuerpo a cuerpo el caudillo de Troya y el adolescente latino. Aquél, furioso y ensoberbecido, aconseja al incauto mancebo que huya, si no quiere morir. Este, enloquecido por el reguero de sangre que iba vertiendo, al huir, el querido y venerable anciano, arremete con nuevo ardor. ¡Desgraciado! Las Parcas habían devanado ya los últimos estambres de su vida. Atravesando su ligero escudo, desgarrándole la túnica que su madre bordara con hilos de oro, la espada del troyano le atraviesa también el corazón. Llenósele el pecho de sangre, y la vida huyó de él, tristemente, por la región de las sombras. Sólo Virgilio puede decir lo que aconteció después:

*...Ut vultum vidit morientis et ora,
Ora modis Anchisiades pallentia miris,
Ingemuit miserans graviter, dextramque te-
[tendit,
Et mentem patriæ subiit pietatis imago:
«¿Quid tibi nunc, miserande puer, pro laudibus
[istis,*

*Quid pius Aeneas tanta dabit indole dignum?
Arma, quibus lætatus, habe tua; teque parenti,
Manibus et cineri si qua est ea cura, remitto.
Hoc tamen, infelix! miseram solabere mortem:
Aeneae magni dextra cadis.» Increpat ultro
Cunctantes socios, et terra sublevat ipsum,
Sanguine turpantem comptos de more capi-
[Illos... (1)*

Si el corazón de Encas se aflige de este modo, ¿qué hará el infeliz Mecencio, odiado de sus vasallos, sin otro amor que el de su hijo, al oír la triste nueva? Apoyado en el tronco de un árbol, secaba sus heridas, cuando llegaron hasta él los gritos y lamentaciones de los jóvenes que traían, haciendo féretro de sus escudos, al infeliz compañero. ¡Había muerto, para que

(1) Cuando el hijo de Anquises vió el rostro del moribundo, cubierto ya de asombrosa palidez, dejó escapar profundos sollozos de compasión y estrechó la mano del infeliz. La ternura paternal ahogó las rivalidades del patriota... «Qué puede, le decía, hacer ahora por ti el piadoso Eneas, que corresponda a tu gloriosa hazaña y a tu noble condición? No, no te arrebataré las armas con que ibas tan gozoso. Tuyas son. Yo haré también que vuelvas a tu padre, para que deposite tus cenizas, si esto te sirve de algo, en la sepultura de tus mayores. ¡Consuélate al menos, en tu muerte desventurada, pensando que sucumbiste al golpe del glorioso Eneas!» Y después, echando en cara a los amigos del muerto la tardanza con que venían a recogerle, lo levantó él mismo del suelo, con la hermosa y trenzada cabellera goteando sangre. (*Aeneid.* l. X—821—832)

él viviese! Cayó sobre los yertos despojos y, pegado a ellos, quejábase desesperadamente de la fatal desventura. Herido como estaba, irguióse después, y mandó que al instante le trajesen a Rebo, el fiel caballo, sobre el cual volviera vencedor de tantos combates. No le quedaba ya en la tierra otra amistad que la del abatido bruto, y con él se desahogó, cuando los servidores pusieron las bridas del animal en sus manos. Si no volvían triunfantes, enarbolando en una pica la cabeza de Eneas, juntos morirían los dos. Los dos cayeron, y el afligido anciano, sonriendo a la muerte que le libraba de una vida odiosa, pidió solamente a Eneas, al ver la espada del troyano lucir amenazadora sobre él, que le concediese reposar en el sepulcro al lado de su hijo.

Pocos personajes, de tan fiera y repugnante catadura como Mecencio, habían desfilado por la Eneida. Gracias a Virgilio, sin embargo, para quien son amables todas las víctimas del dolor y de la muerte, le vemos desaparecer con tristeza. ¿Cómo no amar a los que el poeta ama, y mirar con indiferencia a los que él mira con misericordiosa ternura? La danza de la muerte, en Virgilio, no tiene nada de macabro. Es el prelude pagano de las Bienaventuranzas. Bienaventurados los que lloran, bienaventurados los misericordiosos... Ninguno de los

poetas antiguos habían hablado como él de las humanas miserias. Una aureola de expiación y de purificación baña siempre para Virgilio la frente de los que sufren y de los que mueren.

La muerte es también, en la obra de San Agustín, fecundo y perenne manantial de inspiraciones. Unas veces en frío, como al escribir sobre la naturaleza y la inmortalidad del alma, discutiendo con maniqueos y pelagianos, interpretando algunos lugares de la Sagrada Escritura, amonestando desde el púlpito a los fieles de Hipona; con la angustia, otras veces, de su propio corazón desgarrado y palpitante al hablarnos, en tono confidencial, de la pérdida de los que amaba, como en las dos sublimes páginas consagradas al amigo desconocido y a Santa Mónica, el terrible fantasma de la muerte ronda sin cesar el pensamiento y la imaginación de San Agustín.

No hay porqué parangonar ahora las patéticas descripciones de Virgilio con las serenas reflexiones filosóficas, teológicas y morales que la caducidad de la vida sugiere al Doctor cristiano. Aquí hablamos de la sensibilidad, no de las ideas. Todo lo que es del santo, por muy abstractas que nos parezcan sus elucubraciones, deja rezumar, sin duda, cierto vaho caluroso de intimidad. ¿Para qué mirarle, no

obstante, al través de dudosas veladuras, si él mismo se nos muestra con su propio corazón en la mano?

Confesión suya es que, en el naufragio de todas las creencias, sólo al miedo de la muerte podía asirse para no quedar sepultado, sin decoro y sin esperanza, en los lodazales de Epicuro. «Nada, dice, me retraía, para no acabar de hundirme en el abismo de los deleites carnales en que estaba atollado, sino el miedo de la muerte y de tu juicio futuro que, entre los vaivenes de tantas opiniones contradictorias, nunca se apartó de mi alma» (1). Si bien fragmentariamente, ya hemos citado en otro lugar las dos bellísimas elegías en que llora San Agustín la muerte del amigo de su juventud y la muerte de su madre. Ocioso fuera reproducir aquí, alargando desmesuradamente este capítulo, lo que todos tienen a la mano en el libro de las Confesiones. Entre las páginas inspiradas por la muerte, pocas sufren la comparación con aquéllas. Murió el uno, cuando el santo era maniqueo todavía; murió la madre, poco después de que el hijo recibiera el bautismo. Purificadas y ennoblecidas por una aurora celeste de esperanza, las segundas lágrimas no son, sin embargo, menos sangre de su corazón que las primeras.

(1) *Confess.* l. VI, c. 16.

Como sabía amar y sufrir, el santo sabía también consolar. ¿Quién no recuerda la carta que dirigió a Sapida, hermana de uno de los diáconos de la iglesia de Cartago, al morir éste último? La afligida doncella, que había tejido para su hermano, sin que él pudiese ya estreñarla, una hermosa túnica, se la envió con la triste nueva al obispo de Hipona. Ved la exquisita ternura con que San Agustín le responde:

«Ya recibí la piadosa obra de tus manos que me ofreciste. La acepto, por no aumentar tu pena ahora que tan necesitada andas de consuelos. La acepto, sobre todo, porque me dices que sería de grande alivio para tu dolor si usase yo la túnica labrada por ti con destino al hermano querido, el digno y santo ministro de Dios que, después de haber dejado este valle de lágrimas, no necesita ya de vestiduras corruptibles. Me avengo a tus desos y, por muy pequeño que sea este favor, por muy pequeña que sea la consolación que con ello te doy, no he querido negársela a la piadosa ternura que sientes por tu hermano. Acepto, pues, la túnica. Antes de ponerme a escribirte, ya he empezado a llevarla...»

Es muy larga la epístola, para seguir traduciéndola. El amigo y el santo, lo natural y lo sobrenatural van unidos en sus palabras

de tal modo que la carta parece unguida por el bálsamo del mismo Espíritu consolador. Recuérdale el cariño que entre los dos hermanos reinaba, la alegría con que ella le contemplaba al entrar y salir, con sus vestiduras de diácono, en el templo de Dios; el gozo embelesado con que escuchaba sus dulces palabras. . .

«Pensando en estas cosas, le dice, que la fuerza de la costumbre nos obliga a buscar como si no hubiesen desaparecido, la angustia y el dolor se apoderan de nosotros, y las lágrimas caen de nuestros ojos como caería la sangre del corazón herido. Pero levanta a Dios los ojos del alma, y el llanto quedará enjugado. Si en el oleaje del tiempo han desaparecido las cosas, cuyo recuerdo te entristece, la ternura de Timoteo no ha muerto con él. Sigue queriéndote ahora como te quiso siempre. Su cariño hacia ti permanece con el tesoro de merecimientos que acumuló en la patria celeste. Lo tiene escondido con Jesucristo en el seno de Dios. ¿Acaso los avaros pierden sus riquezas, al ocultarlas? ¿No tienen por más prudente guardarlas lejos de sus miradas, en lugar seguro? Si, pues, la avaricia cree guardar mejor el oro de que gusta, ocultándolo a sus mismos ojos para custodiarlo, ¿cómo va a dar por perdidos la caridad celeste los bienes que

ella misma depositó de antemano en los tesoros del cielo?».

Recuérdale después cómo el apóstol, al aconsejar a los cristianos que no lloren como los que no tienen esperanza, no ha condenado las lágrimas. Lloraron Marta y María, lloró el Señor ante el sepulcro de Lázaro. Sólo quiere que el velo de las lágrimas no impida ver la aurora de resurrección que se levanta, invencible, sobre todos los sepulcros.

Cierra, por último, la carta, volviendo al tema de la túnica:

«Si tu dolor halla consuelo en que yo me ponga la túnica que hiciste para tu hermano... ¿cuánto más no debe endulzarse tu tristeza al considerar que el hermano para el cual destinabas aquella vestidura, no habiendo ya menester de telas corruptibles para vestirse, lleva ya la gloriosa vestidura de la inmortalidad?» (1).

La pena de muerte, el suicidio, el cuidado de las sepulturas... No hay aspecto en que San Agustín no haya considerado el angustioso problema. Entre la literatura de la guerra, llamó la atención una obra sugestiva y

(1) *Epist.* CCLXIII.

bien orientada en que se abordan tales puntos (1).

Como Virgilio, pues, también puede hacer suyas San Agustín las palabras que el poeta aplica a la reina de Cartago:

Haud ignara malis, miseris succurrere disco.

Uno y otro padecieron, y el dolor les hizo compasivos.

(1) «*La Mort et les Morts d' après Saint Augustin*», del abate G. Arnaud d' Angel. Paris, 1916.

CAPITULO VII

El poeta y el doctor.

I. El magisterio de Virgilio, aceptado por San Agustín.—
II. Las ciencias naturales. El águila, los gigantes, las abejas, los ríos, los volcanes y los astros.—III. La historia. El desfile de los héroes virgilianos por la obra de San Agustín. Analogías entre la *Eneida* y la *Ciudad de Dios*. El obispo de Hipona, defensor del Imperio.

I

Ver solamente en el virgilianismo de San Agustín la correspondencia íntima de dos almas, que se entienden y se aman desde lejos, sería desconocer de igual modo al santo y al poeta. Quedan todavía otros senderos, fuera del mundo sentimental, en que los dos vuelven a encontrarse. Después de haber ungido con él su propia alma, el doctor de los doctores supo alimentar también con el aceite de los olivos virgilianos la lámpara inmortal que desde la cátedra de Hipona había de iluminar al mundo.

Viene bien recordar aquí que Virgilio no

sólo fué poeta. Glosando el bello alejandrino que, en una página de prosa, había dejado caer como al desgaire uno de los grandes maestros de la crítica, aquella afirmación de que en las tres cuartas partes de los hombres se hallaba siempre un poeta, al cual sobrevivía luego el hombre:

Un poète mort jeune en qui l'homme survit,
declaraba el pobre, el injustamente olvidado Alfredo de Musset que, para que la expresión fuese justa, mejor que muerto, hubiera sido decir dormido:

Un poète endormi, toujours jeune et vivant!(1).

No hay duda que, en el ejemplo de San Agustín al menos, el poeta andaba más cerca de la verdad que el crítico. El pensador y el teólogo, en el obispo de Hipona, nunca pudieron ahogar del todo al poeta, perennemente joven, que también llevaba dentro de sí el hijo de Santa Mónica. Sólo unos versos de Virgilio bastaban para despertarle y hacerle ponerse en pie. Los años y las penas, que le iban llenando de arrugas, nunca fueron poderosos para atrofiar en él el sentimiento de la poesía.

(1) A. de Musset: «A Sainte-Beuve» (*Nouvelles Poésies*).

Una ley semejante, con la natural inversión de los términos, es la que se cumple en Virgilio. La voz de las musas nunca pudo lograr tampoco que se extinguiesen en el cantor de Roma las inquietudes del filósofo, amigo de escudriñar los secretos del mundo y de las almas. Ya se dió cuenta de ello el obispo de Hipona. No contento con haberle concedido la palma entre todos los poetas, el santo alaba también a Virgilio como naturalista, (1) como historiador, (2) como sabio que abrió a las investigaciones de los hombres caminos innumerables (3).

La nave virgiliana, tripulada por él con el mismo entusiasmo cuando era escolar de Madaura que en los días de su atormentada ancianidad, no le sirvió solamente para encantar sus breves ocios con viajes de recreo. Desde ella hacía también exploraciones y descubrimientos en el campo de la verdad.

Había no poco que decir sobre la influencia virgiliana en el estilo del santo. El análisis de los giros, vocablos y expresiones, tomados de Virgilio, con que aparece esmaltada la prosa de San Agustín, ofrece ya de suyo, pres-

(1) *Epist.* XVII, 3.

(2) *Opus imperf. contra Jul.*, l. V, c. 11.

(3) *De utilitate cred.*, c. 13.

cindiendo de las citas expresas, materia abundante para una sugestiva tesis de doctorado. (1) Fuerza es renunciar, no obstante, al estudio del virgilianismo gramatical del obispo de Hipona para indicar, siquiera por encima, otros aspectos de mayor interés que se traslucen en su obra.

II

Uno de ellos es el conocimiento, adquirido en Virgilio, que el santo tuvo de las ciencias naturales, sin descontar la geografía y la astronomía. Muchas opiniones, ciertamente, de las que entonces corrían como oro de ley entre los sabios, fueron ya relegadas al mundo de la mitología y de la fábula. ¿Cómo excluir a San Agustín y a Virgilio de una ley que alcanza también a los más excelsos naturalistas que

(4) Unas veces lo haría a sabiendas, otras sin querer; pero no hay duda que San Agustín imita a Virgilio en muchos lugares. Contentémonos con un ejemplo. Dice Virgilio, hablando de la amistad de Niso y Euryalo:

His amor unus erat, pariterque in bella ruebant... (Aen. IX, [182).

Y San Agustín, refiriéndose al amigo, muerto en su juventud:

Mecum puer creverat, et pariter in scholam ieramus pariterque
[iuseramus.., (Confess. IV, 4).

¿No es evidente el paralelismo?

en el mundo han sido? Amigo, no obstante, de no dejar sin esclarecimiento ninguna frase, ninguna comparación de los Libros santos, el obispo de Hipona echaba mano de todos los argumentos que su propia observación, las tradiciones populares y los libros científicos de entonces le suministraban. Vedle discurrir, por ejemplo, ante sus feligreses, sobre aquella sentencia del salmista: *Tu juventud se renovará como la del águila*:

«Aquí hay, dice, algo de misterio. Y como no viene fuera de propósito para entender la comparación, saber las cosas que dicen del águila, quiero recordáros las ahora... Cuentan que el águila, una vez llegada a la vejez, no puede probar bocado por la excesiva longitud del pico. Lo que ocurre entonces es que, habiéndose desarrollado con los años la pieza superior que lleva encorvada sobre la pieza inferior del pico, el crecimiento de la primera le impide abrir la boca, y no queda espacio alguno entre la pieza inferior y el gancho que forma la de arriba; de lo cual resulta que no puede poner en juego aquella especie de tenazas con que, al morder, parece cortar las cosas antes de engullirlas. Alargada, pues, la parte superior, y encorvada en demasía, le es imposible abrir el pico y hacer presa en nada. Achaque es éste de su vejez que, al juntar con

la flaqueza de los años la miseria del hambre, acaba por dejarla lacia y desmedrada...

Y ahora es cuando pone en práctica el medio que, según dicen, le ha dado la naturaleza para recobrar su juventud. Después de frotar y golpear contra una roca aquella especie de labio superior, cuyo monstruoso crecimiento le cerraba el camino para todo lo que fuese de comer, logra por último desgastarlo, y el gancho que le estorbaba queda roto junto a la piedra. Vuelve a alimentarse, y entonces recobra todo lo perdido: el águila vieja se remoja con bríos de juventud, mueve con agilidad todos sus miembros, brillan lustrosas sus plumas, despliega con suave majestad las alas, domina, como antes, la excelsitud de los cielos, y llega a obrarse en ella como una resurrección...» (1).

Páginas como ésta, que lo mismo pudo ser inspirada por Plinio que por las leyendas populares de África, saltan frecuentemente a la vista en los libros de San Agustín. Como no siempre le fué posible, por desgracia, contrastar las opiniones corrientes en el mundo científico de entonces con los datos de la propia experiencia, resultan anticuadas algunas de sus afirmaciones. No obstante, el espíritu de

(1) *In Psal. CII, Enarratio, 9.*

observación, que fué agudísimo en él, púsole en camino para desvanecer errores y asentar teorías que, si otros títulos le faltaran, hubieran bastado para perpetuar el nombre del obispo de Hipona.

Le ocurrió al santo con Virgilio, en este aspecto limitado de su obra, lo que con Plinio y Varrón, que también dejaron huella de su magisterio en ciencias naturales al través de los libros agustinianos: si dieron gracia perdurable a sus escritos, le hicieron, en cambio, argumentar a veces con toda seriedad sobre fábulas risibles. Entre las opiniones, aceptadas por San Agustín, que proceden, sin duda alguna, de fuente virgiliana, figura la existencia de los gigantes en la antigüedad, y el origen y propagación de las abejas.

La cita de Virgilio, al hablar de los gigantes, no puede ser más expresa. Andan tan lejos de razón, según el santo, los que niegan que en la antigüedad la vida de los hombres era más larga que ahora, como los que dicen que no existían entonces hombres gigantes. Y prueba la verdad de lo último:

«Ahí tenéis, dice, refiriéndose a los gentiles, al más noble de todos ellos, *nobilissimus eorum*, que era el poeta Virgilio, el cual, después de contarnos cómo cierto varón esforzado de aquellos tiempos cogió en la refriega un

enorme peñasco, que hacía de mojón en los límites de una heredad, y corrió con él, y lo agitó en el aire, y lo arrojó al enemigo, asegura que

*Vix illum lecti bis sex cervice subirent,
qualia nunc hominum producit corpora te-
[llus; (1)*

dando con ello a entender que la tierra producía entonces cuerpos mayores que ahora» (2).

Nunca habla el santo de las abejas, y lo hace muchas veces, que no se perciban en sus palabras los ecos de algunos exámetros del cuarto libro de las Geórgicas. La tradición, consagrada por Virgilio, de que las abejas procedían de las entrañas de los toros degollados, aparece en aquella sátira, de mordacidad verdaderamente africana, con que San Agustín pone en ridículo las costumbres y ritos de los maniqueos, los cuales, permitiendo dar muerte a algunos animales, tenían la de otros por sacrílega. Después de hacerles ver las contradicciones en que incurrían, abrumándoles con ejemplos de pulgas y chinches, de ratones y culebras, el santo añade por último:

(1) «Doce hombres escogidos, entre los que ahora produce la tierra, apenas hubieran podido aguantarle sobre sus cuellos». (Æneid. XII, 899-900).

(2) *De civit. Dei*, (l. XV, c. 9).

«Voy a dejar, sin embargo, lo que todavía permanece en oscura incertidumbre. Bien conocida es, por el contrario, la opinión que asegura cómo las abejas nacen de los cadáveres de los bueyes...» (1).

Esta opinión es la misma cuyos orígenes había celebrado el cantor de las Geórgicas, después de anunciar a los apicultores el remedio conveniente para los casos en que todos sus enjambres hubieran desaparecido, que no consistía en otra cosa que en sacrificar unos cuantos novillos. La sangre corrompida de los toros sería la cuna de nuevas generaciones de abejas. Como si una procedencia de tal índole, en los insectos que fabrican la miel y viven entre las flores, le horrorizase, el poeta nos traslada a los valles de Arcadia y junta el plebeyo nacimiento de las abejas con la maravillosa fábula de Aristeo:

Altius omnem

expediam primam repetens ab origine famam...

Esta fama, de la que San Agustín se hace eco, tuvo su origen en los sacrificios rituales, con cuya descripción acaban los libros de las Geórgicas. Oídas las revelaciones de Proteo y siguiendo los prudentes avisos que su madre le

(1) ... *De apibus certe fama est celebrior, quod de boum cadaveribus oriantur* (*De moribus Manich.*, l. II, c. 63).

diera, el pastor Aristeo condujo al ara de las inmoluciones cuatro robustos toros y otras tantas novillas, que nunca habían sido uncidas al yugo. Pasaron nueve días, volvió al bosque sagrado con sus compañeros, y entre las costillas quebrantadas de las víctimas vió el enjambre alborotado y zumbador:

*liquefacta boum per viscera toto
stridere apes utero et ruptis effervere cos-*
[tis... (1).

Apoyado también en Virgilio, niega el santo la existencia del sexo en las abejas, que, por consiguiente, han de tener otros medios, distintos del comercio carnal, para propagarse (2). Esto mismo fué lo que le movió a creer que las abejas, durante el diluvio, no estuvieron en el Arca, ya que, al decir del Génesis, sólo habían de encerrarse allí el macho y la hembra de cada especie de animales (3).

(1) Georg., l. IV, v. 312 y sigs.

(2) *...qui potuit apibus prolem sine concubitu dare, (De bono conj. c. 2); in quibus (apibus) nihil sit maris et feminae. (De civit Dei, XV, 27) etc...*

Y Virgilio dice:

*apibus mirabere morem
quod neque concubitu indulgent nec corpora segnes
in Venerem solvunt aut fetus nixibus edunt...*

(Georg. IV, 197-199)

(3) *De civit. Dei, l. XV, 27.*

Multiplícanse las abejas, según el santo, del mismo modo que labran la cera y la miel. Hablando de la fuerza germinal infundida por Dios en los elementos del agua y de la tierra, vuelve a repetir que las abejas no se transmiten por generación, sino que, al mismo tiempo que el jugo de las flores, liban también, como si estuviesen esparcidos por la tierra, los gérmenes que han de transformarse luego en aladas crías: *Et certe apes semina filiorum non coeundo concipiunt, sed tamquam sparsa per terras ore colligunt...* (1) Palabras que, prescindiendo del paralelismo de las ideas, con ser tan evidente, no pueden menos de despertar en nosotros el recuerdo de aquellos exámetros virgilianos, con los cuales llegan a confundirse en el aire cadencioso de la cláusula final:

Verum ipsae e foliis natos, e suavibus herbis ore legunt... (2)

Abundan, igualmente, en reminiscencias

(1) *De Trinitate*, l. III, c. 13.

(2) Todos pensaban como Virgilio y San Agustín hasta el siglo XVII, en que Swammerdam hizo sus descubrimientos. Los errores de Virgilio acerca de las abejas y otros animales se hallan enumerados en el librito encantador de Thomas Fletcher Royds, *The Beasts and Bees of Virgil* (Oxford, 1918). Este estudio sería imprescindible para hacer una obra similar acerca de San Agustín.

virgilianas, las alusiones frecuentes que hace al Tíber y al Nilo, al Leteo y al Flegetonte, lo mismo que aquellos lugares donde habla de los fenómenos que se observan en algunos montes de Sicilia y en el valle del Amsanto. Recordaremos algunos ejemplos que, al través de una obra inmensa como la de San Agustín, no sería difícil encontrar repetidos y multiplicados.

Una de las veces que habla del río sagrado de Roma es al tratar de las cuatro partes en que se dividían las aguas del paraíso. (1) No quiere decir, afirma el santo, que los ríos no existan todavía, el hecho de que hayan cambiado los nombres que en el Génesis reciben. Ahora llamamos Tíber al río que antiguamente se llamaba Albula: *nunc Tiberis dicitur fluvius, qui prius Albula dicebatur*. Lo cual es una repetición de aquellos versos de la Eneida:

...A quo post Itali fluvium cognomine Thybrim diximus (amisit verum vetus Albula nomen) (2)

Todos los textos en que San Agustín habla del Nilo pueden acotarse también con citas virgilianas. He aquí algunos testimonios:

«Hay una época en que el Nilo se desborda

(1) *De genesi contra manich.* I, II, c. 13.

(2) VIII, 331-332.

por las llanuras de Egipto, y otra en que las aguas vuelven a encauzarse...» (1)

Y en la Eneida leemos:

...*Aut pingui flumine Nilus
quum refluit campis et jam se condidit alveo.* (2)

Después de observar en uno de sus comentarios al Génesis cómo se hicieron en Egipto provisiones de trigo para los hombres, adivinando los años de escasez, el santo parece extrañarse de que los hijos de Jacob acudiesen allí, no solamente en busca de trigo para ellos, sino en busca también de valles fértiles en que apacentar sus rebaños. Y se pregunta: «Si con la venida de aquella temporada de hambre habían desaparecido los pastos de Canaán ¿cómo habían de conservarse en Egipto, si aquella miserable escasez reinaba en todas partes? ¿Era tal vez, como dicen los que conocen aquella tierra, que en los lugares pantanosos de Egipto había verdes praderas, aunque al mismo tiempo faltasen los cereales que suelen abundar cuando el Nilo se desborda? Aseguran que allí son los pastos tanto más copiosos cuanto menos lo son las aguas del Nilo...» (3)

(1) *De Genesi ad Litt.* l. V, c. 25.

(2) IX, 31-32.

(3) *Quæstiones in Heptat.* l. I, c. 160.

¿No suena esto a paráfrasis de uno de aquellos versos de las *Geórgicas* en que Virgilio se vale de las aguas del Nilo para dar cierto colorido exótico al poema:

Et viridem Ægiptum nigra foecundat arena..? (1)

Las aguas del Leteo, lo mismo para Virgilio que para San Agustín, producen en las almas el olvido de todo. *Lethœi ad fluminis undam — obliviam potant*, dice el poeta. (2) Y el santo repite: *Ad fluvium Lethœum evocari, hoc est, ad oblivionem præteritorum* (3).

Escribiendo a Nebridio le habla del tartáreo Flegetonte, con las mismas palabras de Virgilio: *tartareus Flegethon* (4).

Ecos de una maravillosa descripción de Virgilio adviértense también en la prosa del santo, al mostrar éste a los gentiles, con el ejemplo de las erupciones del Etna, cómo antes de que los cristianos existiesen había ya desgracias en el mundo:

«Leemos en sus obras (*las de los gentiles*) que, al descender las bocanadas de fuego que vomitaba el Etna desde la cumbre del monte hasta la playa cercana, llegaron a hervir las

(1) *Georg.* IV, 291 (cf. 288-289).

(2) *Aeneid.*, VI, 714-715.

(3) *De civit.* l. X, c. 30.

(4) *Epist.* VII (Cf. *Aeneid.* VI, 551)

olas de tal modo que los mismos peñascos se abrasaron y se derritió la pez que embadurnaba las naves... *ut rupes exurerentur et pices navium solverentur.*» (1)

Fué el mismo espectáculo que se ofreció a los ojos de Eneas al desembarcar en las costas de Sicilia;

*Interdumque atram prorumpit adætera nubem
turbine fumantem piceo et candente favilla,
attoliturque globos flammaram, et sidera lambit;
interdum scopulos avulsaque viscera montis
erigit eructans, liquefactaque saxa sub auras
cum gemitu glomerat, fundoque exæstuat*
[imo. (2)]

Acerca de las pestíferas emanaciones del Amsanto hay una alusión, que el santo pone en boca de Juliano de Eclana, y que va dirigida contra el mismo San Agustín. Afirma el hereje que las palabras de su contradictor son algo más funesto y terrible que los miasmas del Amsanto (3), al que Virgilio describió

(1) *De civit. Dei*, IV 31, (Cf. *Id.*, XXI, 4.)

(2) «Unas veces arroja al firmamento una negra nube, en revuelta humareda de pez y blancas pavesas, y levanta globos llameantes que van a lamer los astros; otras, vomita peñascos y entrañas desgajadas del monte, aglomera con estruendo en los aires rocas derretidas, y hierven los abismos de su seno...» (*Aeneid*; III, 573-577).

(3) *Opus imperf. contra Jul.*, I, I c. 48.

con terroríficas imágenes en el libro séptimo de la Eneida:

Hic specus horrendum et sævi spiracula Ditis monstrantur... (1)

Frecuentemente, para designar a los astros, emplea los mismos calificativos con que Virgilio les había señalado. Habla del lucero, que es la estrella de Venus (2), bautizado después con el nombre del César. (3) La *frigida Saturni stella* del poeta, es también para el santo la *Saturni stella frigida* (4).

Y suspendamos ya la enojosa búsqueda. No son menester nuevos hallazgos para convencernos de que San Agustín, al leer las obras de Virgilio, buscaba también, con el dulce halago de los versos, los materiales que habían de servirle para la construcción de su propia obra. Si algunos de ellos resultaron endeble, de ninguno de los dos, sino del tiempo en que vivieron, fué la culpa.

Como historiador le debe San Agustín al poeta mucho más que como científico. El obispo de Hipona, antes que el vate florentino y menos fingidamente que él, llevó siem-

(1) *Aeneid.*, VII, 568 sqs.

(2) *De civit. Dei*, VII, 15—*Aeneid.* VIII, 589 sqs.

(3) *De Doctr. christ.*, l. II, c. 23—*Eglog.* IX-v. 47.

(4) *Georg.* I, 336—*De Gen. ad litter.* II, 5.

pre de guía a Virgilio en el viaje que por su obra maestra hizo al través de la historia y de la religión paganas. No hay entre los escritores gentiles quien se halle citado tantas veces y a quien se tributen tantas alabanzas en las páginas de la *Ciudad de Dios*, como el cantor de Roma. Todo el cortejo de los dioses que forman el Olimpo virgiliano, con los fugitivos de Troya, desfilan por la Ciudad que imaginó San Agustín, ostentando los mismos atributos, monstruosidades, virtudes y hazañas que el cantor de Roma les atribuye.

Vemos pasar a Júpiter, como rey de los dioses y de las nubes etéreas, llenándolo todo. Señor del Olimpo, después de arrojar de él, ignominiosamente vencido, a su padre Saturno, desciende de su trono para robar a Ganimedes. Pasa la reina Juno, hermana y esposa de Júpiter, desatando por envidia contra Eneas y los troyanos la furia de Eolo, rey de los vientos. Pasan Neptuno y Apolo, Plutón y Proserpina, Marte y Mercurio, Venus y Minerva, Cibeles y las Parcas, Proteo, Hércules y Radamanto. Algunos capítulos parecen mosaicos de alusiones y citas virgilianas. Ocasiones hay en que la prosa del santo, sobre todo al comentar episodios y describir escenas celebrados por Virgilio, sugiere la impresión de una amalgama de versos triturados que

aleteasen todavía por volver a la estrofa de la cual les arrancaron violentamente. Llega a veces al extremo de adoptar frases enteras de Virgilio, sin otra alteración que el cambio de tiempos en los verbos. Echando en cara a los gentiles lo poco que los dioses hicieron, durante las épocas en que su culto era más esplendoroso, para evitar ciertos daños y catástrofes que entonces vinieron sobre Roma, les dice:

Quando illa mala fiebant, calebant aræ numinum Sabæo thure sertisque recentibus hababant... (1)

Esos perfumes de Saba fueron los mismos que recrearon a Venus, al ir a su templo de Chipre, después de haberse aparecido a su hijo, con disfraz de cazadora, en el libro primero de la Eneida:

*...Ubi templum illi, centumque Sabæo
thure calent aræ, sertisque recentibus ha-
[lant (2).*

Toda la trama de la Eneida, si el libro inmortal hubiese perecido, pudiera reconstruirse con las alegaciones de San Agustín. Sólo por lo que éste dice del piadoso héroe virgiliano, en distintos lugares de sus obras, sabemos que fué hijo de Venus y de Anquises, marido de

(1) *De civit. Dei*, VI, 31.

(2) *Aeneid.* I, 416-417.

Creusa y padre de Ascanio. Salió de Troya con veinte naves, llevando en ellas los penates de la desgraciada ciudad. Víctima de las iras de Juno, padeció tormentas y engaños. Llegando al Epiro, hallóse con la llorosa Andrómaca y oyó los oráculos de Heleno acerca de sus propios destinos.

Arribó luego a las costas de Africa, y Dido, la reina de Cartago, le recibió en su palacio, para darse la muerte después, desesperada de amor, al verle partir para Sicilia. Llega Eneas a esta isla, y allí celebra con los suyos juegos y certámenes al aire libre. La lucha entre Dares y Entelo, a la que San Jerónimo había de hacer una maliciosa alusión en una de sus cartas al obispo de Hipona, tiene lugar entonces.

La sibila de Cumas le lleva por las regiones infernales. Descubre a Palinuro, insepulto todavía, habla con su padre Anquises, de cuyos labios oye, en proféticas palabras, la historia de los príncipes romanos que habían de reinar hasta la llegada de Augusto.

Vienen después las luchas con los moradores de Italia, la amistad y la muerte de Niso y Euryalo, los lamentos de la madre del último. Vencido Lauso, el terrible enemigo, Eneas se desposa con Lavinia.

Todo esto se halla en San Agustín, junta-

mente con otros innumerables episodios del poema que, ya por no relacionarse con el caudillo troyano, ya porque el mismo San Agustín los consideraba como fabulosos, hemos pasado en silencio. Acompañando a Eneas, y sin ocultar tampoco su procedencia virgiliana, desfilan varias veces por los libros del santo, Rómulo y Remo, colgados de las ubres de la loba; las mujeres Sabinas, Bruto, Tarquinio y Porsena, Mario y Camilo, todos los grandes varones celebrados por el cantor de la Roma imperial. Si el obispo de Hipona pecó de cándido, al dar honores de historiador al poeta, no es hora de discutirlo. Lo indiscutible es que no todo debe tenerse por legendario en la leyenda de Eneas (1), que los hallazgos de la crítica vienen a confirmar las palabras que, hablando de Virgilio, escribió San Agustín en una epístola a Máximo de Madaura: *Legerat enim ille multam historiam vetusta auctoritate roboratam...* (2)

No fué solamente el grandioso poema de Virgilio una de las canteras que suministraron mayor copia de materiales al genial arquitecto de la *Ciudad de Dios*. Entre el plan arquitectónico de la Eneida y el de la Ciudad

(1) V. *La Légende d'Enée avant Virgile*, de J.—A. Hild (Paris, 1883).

(2) *Epist. XVII, 3.*

construida por San Agustín resplandecen analogías demasiado flagrantes para que pueda achacarse a temeridad el intento de compararlos. Yo no me atrevería a decir que por las mientes del Obispo de Hipona, al emprender la construcción de su obra maestra, pasó la idea de escribir una Eneida cristiana. La genealogía íntima de la *Ciudad de Dios*, como la de la mayor parte de las grandes concepciones literarias, permanecerá siempre en el misterio. Sabedores por él de los motivos que le movieron a escribirla, y hasta del verso de David en que halló título adecuado para ella (1), tenemos que resignarnos a ignorar cómo nació en su fantasía la gigantesca concepción: la marcha de la humanidad, conducida por Dios, de quien procede, al encuentro del mismo Dios que la espera en la eternidad.

Poned los falsos dioses en lugar del Dios verdadero; el incendio de Troya, en lugar del combate entre los ángeles buenos y los ángeles rebeldes; Roma, en lugar de la Jerusalén celeste, y ahí tenéis también las líneas generales del poema virgiliano. Como en la obra de San Agustín, los cielos, la tierra y los infiernos tienen participación en la gloriosa epopeya del hijo de Mantua. Ninguno de los historia-

(1) *Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei..* (Cf. *De civit. Dei*, l. XI, c. 1).

dores y poetas gentiles, pegados, ya al terruño de una nación, ya a los sucesos de una guerra, había abrazado como él, en una mirada anhelante y comprensiva, los dilatados horizontes de la historia. La nueva idea universal y providencialista de la historia, que trajo San Agustín al pensamiento cristiano; aquella inyección teológica con que ennoblecó y remozó a la vieja Clío, tal vez no fué del todo ajena al espíritu religioso que alienta en la maravillosa concepción virgiliana. La coincidencia, al menos, dentro de los límites que el genio de cada uno y la naturaleza de sus obras impone, no hay por qué negarla.

Prueba de que no son puramente fantásticas las ideas que apuntamos, ofrécenosla el mismo San Agustín en aquella exquisita oportunidad con que, al ir desarrollando cada uno de los temas capitales que constituyen como las naves diversas del templo magnífico de su obra, suele traer la frase sacramental que en los lugares paralelos de la Eneida parece hallar siempre a mano. Esto se echa de ver, por ejemplo, en los tres últimos libros de la *Ciudad de Dios*, que son principalmente escatológicos. No abundan en ellos ciertamente, como en los libros históricos, las citas de Virgilio. La mayoría, no obstante, de los versos que allí se alegan, ya para exponer con elegancia una

opinión platónica que se trata de combatir, ya para confirmar una sentencia del Evangelio con el testimonio del excelso poeta pagano, pertenecen también al libro sexto de la Eneida, en que Virgilio expone, a vueltas de algunos errores, una admirable doctrina escatológica.

El santo, que, antes de ser el Doctor de Occidente, había corrido varias veces en compañía de Eneas y la Sibila por los Campos Elíseos, nunca volvió desedificado y sin alguna ganancia de aquellos viajes. (1).

Menester sería ensanchar ahora los límites de este estudio para hablar como quisiéramos del romanismo de San Agustín. El obispo de Hipona, en medio de las burlas con que flageló las ridículas exaltaciones del patriotismo romano, amaba fervorosamente a Roma y se sentía orgulloso de ser hijo del Imperio, cantado por Virgilio. Desde la misma cátedra episcopal, olvidándose de que era africano y le oían algunos cartagineses, llamaba a la ciudad de los Césares la cabeza del mundo, en términos que recordaban los ditirambos del pastor de la primera Egloga:

Verum haec tantum alias inter caput extulit
[urbes,
quantum lenta solent inter viburnacupressi!(2)

(1) Cf. *De civitate Dei*, l. XXI, c. 18; *Id.* c. 27.

(2) Cf. *Serms.* XXIV, 6 y CCCCXXXI.

Entre el aire zumbón y de polémica con que se dirige a los paganos, que achacaban al cristianismo todos los males que a la sazón llovían sobre el imperio, tienen todavía mayor fuerza las alabanzas que tributa a las virtudes de los antiguos romanos, las explosiones de lirismo con que celebra su heroico despego de la vida y su amor a la libertad. El capítulo que dedica a los héroes de Sagunto, víctimas de la fidelidad que habían jurado a Roma, tiene acentos de oración fúnebre (1). ¡Cómo deshoja versos de Virgilio sobre todos los recuerdos gloriosos que le salen al paso en las encrucijadas de la antigüedad pagana! Unos versos del poeta amado suelen ser siempre el remate de sus breves panegíricos: *Ad poenam pulchra pro libertate vocabit... Parcere subjectis et debellare superbos...* Algunas veces, viéndose forzado a desmentir las entusiastas ponderaciones del mantuano acerca de Roma, busca una disculpa para no dejar mal al poeta. Celebrando en un sermón la perennidad de la Ciudad santa, de la Ciudad fiel que, habiendo sido fundada en el cielo, va en peregrinación por el mundo, exclama:

«Quienes prometieron una perennidad semejante a los reinos de la tierra, no tenían

(1) *De civit. Dei*, III, 20.

la verdad, sino la mentirosa adulación por musa inspiradora. Uno de sus poetas pone en boca de Júpiter, dirigiéndose a los Romanos, las siguientes palabras:

*His ego nec metas rerum, nec tempora pono:
Imperium sine fine dedi.* (1).

No es éste, ciertamente, el lenguaje de la verdad. ¿Qué reino sin fin es el que tú les das, tú, que nunca diste nada? ¿Es de la tierra? ¿Es del cielo? De la tierra, me dices. Como si fuese del cielo, digo yo, porque *el cielo y la tierra pasarán.* (2). Si, pues, las obras que Dios hizo, desaparecen ¿cómo no ha de pasar más prontamente lo que es obra de Rómulo? Pero tal vez si quisiéramos encarnarnos con Virgilio y reprenderle por haber escrito tales cosas, veríamos que él mismo se acercaba a nosotros para decirnos al oído:

—Lo mismo que tú piensas, pienso yo. ¿Qué podía hacer, no obstante, al vender mis versos a los romanos, sino halagar su vanidad con palabras engañosas? Pero ya tuve buen cuidado, al decir *Imperium sine fine dedi*, de atribuir a Júpiter las palabras. Ninguna falsedad dije por mi cuenta, sino que dí a Júpiter, tan falso dios como falso profeta, el papel de men-

(1) *Aeneid.* I, 278-279.

(2) *Luc.* XXI, 33.

tiroso. ¿Quieres ver cómo yo sabía la verdad? Mira lo que dije en otra ocasión, cuando hablaba, no en nombre de un mármol como Júpiter, sino en el mío propio:

Non res Romanae perituraque regna... (1)

Observa cómo hablaba de *reinos perecederos*. No, no tuve reparo en afirmar que tales reinos habían de perecer.

La verdad le hizo decir que el Imperio había de desmoronarse; la adulación, que había de permanecer para siempre...» (2).

Purificado de todos los fanatismos, el amor de San Agustín a la patria es tan fervoroso que llega a ponerle sobre todos los amores de la tierra. Conspirar contra la patria, es hacerse reo del más grave de los parricidios. (3). Amó, amó con toda su alma a la Roma de Virgilio. La defendió también con todas sus fuerzas.

Acabamos de oír las burlas con que zahería el engrimiento de los romanos que tenían por inmortal el imperio de los Césares. Llegada, no obstante, la hora de las invasiones, al percibir desde su lecho de muerte los estertores del Imperio que también agonizaba, el obispo de Hipona fué la muralla que con más for-

(1) *Georg.* II, 498.

(2) *Serm.* CV, 10.

(3) *Contra Acad.* III, 63.

taleza hizo frente al empuje de los bárbaros. Sus cartas a Hesiquio, a Bonifacio y a Honorato dejan entrever, con las inquietudes del Pastor que ve a sus ovejas en peligro, la desolación del romano ante el desmoronamiento de una civilización y de una raza, con que se habían alimentado su espíritu y su sangre, la esperanza de que aquellos muros agrietados del alcázar imperial volvieran a fraguar milagrosamente...

Aquellos escritos, sellados con la heroicidad de los propios ejemplos, permanecerán al través de todas las borrascas y cobardías como el Evangelio del patriotismo. El obispo de Hipona, que no pudo ahuyentar del África romana las hordas de los vándalos, obtuvo de Dios la gracia de morir como súbdito de Roma. Poco después de su muerte, entraron los vándalos en la ciudad. ¡Sólo para ir al cielo, como pedía en sus últimas oraciones, había dejado de tener por suya la patria de Virgilio!

CAPITULO VIII

El magisterio literario de San Agustín y la poesía de Virgilio en la Edad Media.

I. La poesía y los exorcismos de Boecio. Casiodoro. La Cultura clásica en los monasterios. San Isidoro de Sevilla. Los monasterios españoles.—II. Primacía de Virgilio en las escuelas medievales. Razones de la misma.—III. La doctrina de San Agustín. Su posición frente a la cultura pagana. Primacía del santo en la Edad Media. El virgilianismo agustiniano y el virgilianismo medieval.

I

Pocas veces oyeron las Musas de los poetas unas palabras menos amables que las puestas por Boecio en boca de la Filosofía, cuando, prisionero en la torre de Pavía el insigne magistrado, la vió penetrar con majestad de reina en su triste y oscuro calabozo. Afirma Boecio, después de describirnos el continente y las vestiduras de aquella austera matrona, que al darse cuenta la Filosofía de cómo las Musas circundaban su lecho consolándole con sus cantares, torció el color y echando fuego

por los ojos, *torvis inflammata luminibus*, lanzaba contra ellas terribles increpaciones: *¿Quis has scenicas meretriculas ad hunc aegrum permisit accedere...?* Desahogado en amargas diatribas todo el encono que sentía contra las pobres Musas, las arrojó de allí como seres inútiles y perniciosos: *Abite...*

Huyeron las Musas y entonces la Filosofía, vueltos los ojos al enfermo y sentada familiarmente a los pies de la cama en que yacía, comenzó una sabrosa plática en verso, en la que Virgilio, Horacio y Lucano tenían tanta parte como Platón. (1) Oyendo hablar a la Filosofía, a lo largo de la famosa obra de Boecio, acaba uno por creer que es la voz de las Musas la que oye...

Eso creyeron también los humanistas, y en gracia de los lindos versos que andan esparcidos por su famoso libro le perdonaron a Boecio aquellos anatemas preliminares, lanzados con tanta destemplanza sobre las Musas. Desde Lorenzo Valla, que le consideraba como el último romano que se hubiera entendido con Cicerón y los poetas antiguos, hasta el bienaventurado Tomás Moro, que, después de haber recomendado a sus hijas la lectura de los versos de Boecio, se consolaba también leyéndolos

(1) *De consolatione Philosophiae*, l. I, pr. 1.^ª.

en su prisión de la Torre de Londres, desde la cual había de ir al martirio, todos los renacencistas tuvieron al insigne filósofo por uno de los suyos.

¡Cuántos escritores hubo, sin embargo, entre las sombras de la Edad Media, que, como el glorioso encarcelado de Pavía, echaban con una mano exorcismos a las Musas y las halagaban con la otra! No, no fueron justos los hombres del Renacimiento al revolverse contra la Edad Media. Alguno les ha comparado, y la comparación es tan certera como graciosa, con unos niños robustos y bien alimentados que dieron en golpear a su misma nodriza (1). Si la injusticia, por ellos cometida, no ha logrado todavía la reparación conveniente, llevamos camino, que no es poco, de repararla pronto. Ya es una vulgaridad creer que los hombres medievales perdieron la comunicación con Grecia y Roma. Antes de morir Boecio, en cuya mirada melancólica quisieron descubrir los humanistas como el último resplandor del mundo antiguo, había nacido ya Casiodoro, cuyas obras, orientadas hacia el futuro, constituyen el pórtico magnífico de la Edad Media y llevan en sí los gérmenes del Renacimiento.

(1) H. Bremond. *Hist. litt. du Sentiment religieuse en France*, t. I, p. 3. (Paris. 1929).

Aquel secretario de los reyes ostrogodos hubiera sido gala de la corte de los Médicis. Leyendo las instrucciones que da al prefecto de Roma, por ejemplo, sobre la preparación científica y literaria que debe exigirse al arquitecto de la ciudad, ¿quién no le tiene por un contemporáneo de Miguel Ángel? Le seducen de tal modo las ruínas gloriosas, es tan viva y pintoresca la descripción que hace de los antiguos monumentos, que, dejando atrás a los mismos renacentistas, nos da ya a gustar en su prosa como barruntos de aquellas floridas imágenes que las catedrales góticas habían de inspirar a los románticos. Allí aparecen ya, con la fauna de los pórticos, la *esbeltez del junco* y *las lanzas del ejército en oración*:

Mirabitur formis equinis signa etiam inesse fervoris. Crispatis enim naribus, ac rotundis constricti membris, auribus remulsis, credet forsitan cursus appetere, cum se metalla noverit non movere. ¿Quid dicamus columnarum junceam proceritatem? Moles illas sublimissimas fabricarum, quasi quibusdam erectis hastilibus contineri, et substantiae qualitate concavis canalibus excavatas, ut magis ipsas aestimes fuisse transfusas, ceris iudices factum... (1).

(1) *Variarum*, l. VII, 15.

No es menos deliciosa la carta que, en nombre del rey Teodorico, dirige a Boecio, para que éste envíe a la corte el mejor maestro de cítara que conozca. El buen Casiodoro aprovecha la ocasión para divagar a sus anchas acerca de la música. Después de traer a cuento todo lo que había visto en los filósofos, desde Pitágoras a San Agustín, después de recordar las hermosas fábulas de Anfión y Orfeo, habla también de David, que con su cítara arrojó del corazón de Saúl al demonio de la melancolía y con sus Salmos, cantados en todo el mundo, atrae las bendiciones del cielo y embalsama dulcemente las heridas de las almas. Allí encontramos al mismo tiempo, confundidos por la exaltación que encrespa el estilo de toda la carta, el panegírico, la historia y la técnica de la música. La epístola, es verdad, rezuma demasiado lirismo y demasiada filosofía, para que el lector de nuestros tiempos no eche de ver, en medio de su entusiasmo, la pedantería y el mal gusto de Casiodoro. ¿Quién puede negar, sin embargo, que poseía, mejor que muchos contemporáneos nuestros, el sentimiento del arte? (1).

(1) Ved aquí una muestra de la letanía de encomios en que, alabando a la música, se desata Casiodoro en la carta aludida: *Haec (la música) cum de secreto naturae, tamquam sensuum regina, tropis suis ornata processerit, reliquae cogitationes exsi-*

Lo que constituye, no obstante, la gloria mayor de Casiodoro, lo que le hizo acreedor, para siempre, al fervoroso agradecimiento de todos los cultivadores de las letras, fué la fundación del Monasterio Vivariense, magnífico asilo de la docta antigüedad contra las acometidas de la barbarie. Regocijémonos, antes de hablar del espíritu que Casiodoro infundió en sus monjes, con la descripción encantadora, llena de acentos virgilianos, que él mismo nos ha hecho del monasterio y sus cercanías. Como acabase de exhortar a los suyos a la caridad fraterna, manifestándoles lo agradable que sería a los ojos de Dios la solicitud en guardar para los enfermos y necesitados las manzanas y los pichones, la pesca y la miel que se dan en las heredades del monasterio, cuando el mismo Dios se complace tanto en el vaso de agua fría que ofrecemos en su nombre, el venerable

liunt, omniaque facit ejici, ut ipsam solummodo delectet audiri. Tristitiam noxiamjucundat, tumidos furores attenuat, cruentam saevitiam efficit blandam, excitat ignaviam soporantemque languorem, vigilantibus reddit saluberrimam quietem, vitiatam turpi amore ad honestum studium revocat castitatem, sanat mentis taedium bonis cogitationibus semper adversum, pernicio-sa odia convertit ad auxiliatricem gratiam... (Var. l. II, ep. XL). El pensamiento de Casiodoro es el mismo que se contiene en las palabras de Sancho a la Duquesa: Señora, donde hay música no puede haber cosa mala...

maestro se pierde en una larga, pero amena digresión:

«Puede decirse que de los mismos lugares que circundan el Monasterio Vivariense sale una invitación para que atendáis con largueza a los peregrinos y a los menesterosos. Allí tenéis huertos de regadío y bien cerca corren las aguas, ricas en peces, del Pellena, cuyo caudal no es tan crecido que inspire desconfianza, ni tan exiguo que haya de despreciarse, *qui nec magnitudine undarum suspectus habetur, nec exiguitate temnibilis...* Penetra en la finca, debidamente canalizado, hasta donde es menester, lo mismo para el servicio de los huertos que de las aceñas. Siempre que hace falta le tenéis a vuestra disposición, y cuando no, pasa de largo. Como quien cumple discretamente con su oficio, se aleja cuando estorba y nunca se le echa de menos al buscarle.

»Allí tenéis también abundancia de lagos para diversas clases de pesca, con vivarios, donde, siempre que queráis, podéis conservar los peces. También hicimos con la ayuda de Dios, agradables escondrijos para que, encerrados y todo, se solacen, bullendo, multitudes de peces; guardando tal semejanza aquellos escondrijos con las cuevas de la montaña, que los peces, como pueden comer y esconderse en

las cavidades que solían, no se dan cuenta de que se hallan prisioneros.

»Mandé, asimismo, construir unos baños, debidamente preparados para los enfermos, allí donde las aguas conservan todavía la limpidez del manantial y tienen fama de ser agradabilísimas lo mismo para la bebida que para bañarse. Todo lo he dispuesto de tal manera que más bien vengán los otros a la querencia de vuestro monasterio, que no entre, con razón, en vosotros el deseo de buscar lugares extraños...» (1).

Bueno es traer a la memoria de los que sospechen, al leer esta página, que su autor andaba más cerca del dorado epicureísmo de Horacio que del espíritu de sacrificio del Evangelio, que la vida de Casiodoro fué mortificada y ejemplar. Ayunaban rigurosamente lo mismo él que sus monjes. Sus blanduras y regalos eran para los enfermos, para los pobres y los huéspedes.

Ego tamen... Como si se arrepintiese el hombre de Dios de haber consagrado tantas líneas a la agricultura y a los quehaceres domésticos, declara apresuradamente al comenzar otro capítulo que no son tales faenas las de su predilección. Prefiere, y anhela por que sea preferida de sus monjes, la labor de los copis-

(1) *De Institutione Div. Litt.*, c. XXIX.

tas. Es un verdadero cántico el que entona en honor de aquellos trabajadores oscuros, por los cuales pasó, de mano en mano, con la antorcha inmortal de los Sagrados Libros, el tesoro de la sabiduría y del arte antiguos. Sin ellos, la obra de los Santos Padres, de los filósofos y poetas de Grecia y Roma, hubiera naufragado, antes de llegar la imprenta. Bien merecen los diti-rambos de Casiodoro. ¡Feliz propósito, exclama, laudable diligencia, la de predicar con la mano, gritar con los dedos, anunciar en silencio la salvación a los mortales, y combatir, con la pluma y con la tinta contra las criminales insinuaciones del demonio!

Tantas heridas recibe Satanás, cuantas son las palabras del Señor que el copista escribe. Sin moverse éste de su lugar, corre, evangelizándolas, por diversas provincias, gracias a la difusión de su obra... ¡Glorioso espectáculo, para los que bien le consideran! Mientras corre la caña del escriba, quedan grabadas las celestiales palabras, para que el mismo instrumento de que el demonio se sirvió para martirizar en la Pasión la cabeza del Salvador, sirva ahora para deshacer las satánicas mañas...

Vienen luego, a vueltas de otros diti-rambos, las instrucciones técnicas para los copistas, los autores que deben leer para amaestrarse en el oficio. El ornato de los códices tampoco le es

indiferente. Quiere que la belleza de las Sagradas Letras se ostente también vestida con hermosa cobertura, siguiendo el ejemplo, dice él, de la parábola del Señor, el cual quiso que todos los invitados al banquete de las bodas, fuesen cubiertos con la vestidura nupcial. Había dispuesto, para lograrlo, que los copistas tuviesen reunidas en cierto códice diversas pinturas, con modelos de cubiertas y adornos artísticos, entre los cuales podían elegir. Proveyó también a sus monjes, para las vigiliass nocturnas, de unas lámparas mecánicas, *conservatrices*, dice él mismo, *illuminantium flammarum, ipsas sibi nutrientes incendium, quae humano ministerio cessante, prolixè custodiant uberrimi luminis abundantissimam claritatem; ubi olei pingüedo non deficit, quamvis flammis ardentibus jugiter torreatur.*

«No he querido tampoco, añade, que pasen las horas, sin que podáis contarlas por sus módulos, inventados con tanto provecho para el género humano. Bien sabéis que por eso construí el cuadrante de sol, para cuando el sol luce, y una clepsidra, que lo mismo de día que de noche señala la hora que es: porque son frecuentes los días en que, faltando la luz, hay que acudir al agua, la cual indica de modo maravilloso en la tierra lo que al sol ardiente de las alturas se le escapa...

Todas las cosas, como véis, se han dispuesto de ese modo para que los soldados de Cristo, avisados con esas ciertísimas señales, se consagren, como al sonido de las trompetas, a cumplir su divina misión» (1).

Muestran los detalles apuntados, con otros muchos igualmente placenteros y que es forzoso omitir, que el monasterio de Casiodoro no era un lugar del todo desapacible para refugio de las Musas paganas. Lo cierto es que ellas, al huir de los bárbaros, en ninguna parte encontraron tan amable hospitalidad como en las celdas de los monjes. Allí no solamente se copiaban y miniaban con exquisito primor los códices de Virgilio y Horacio, de Cicerón y Juvenal, para guardarlos después como reliquias en el tesoro de los monasterios. Eran leídos y saboreados. Prueba de ellos son las citas innumerables de autores clásicos con que, empezando por el mismo Casiodoro, empedraban los escritores medievales, no solamente sus tratados de gramática, música y retórica, sino sus cartas y sermones, sus obras doctrinales y hasta sus comentarios exegéticos. Algunos testimonios, que pueden recogerse a millares en la Patrología latina, daremos al tratar de Virgilio, en cuyas obras vinieron a espigar todos

(1) *De Inst. Div. Litt.*, XXX.

la flor de la antigua sabiduría. Contentémonos con recordar ahora, si bien algunos las recordaron, con menos destreza que malicia, para mostrar la enemiga de los monjes contra los estudios clásicos, aquellas congojas que atormentaban a uno de los amigos de Casiano. Ved cómo se lamentaba el buen Germán, después de haber oído las devotas exhortaciones del abad Nestero:

«Todas las enseñanzas que acabas de inculcarme ponen en mi espíritu una tristeza mayor que la que antes le afligía. No solamente siento el alma esclavizada por las debilidades que a todos los imperfectos aquejan, sino que el vago conocimiento que adquirí de las letras profanas constituye un nuevo obstáculo para mi salvación. Ya por el afán del maestro que me las enseñaba, ya por obra de mis cotidianas lecturas, llegaron a encantarme de tal modo, que ahora, dominado por el sortilegio de los versos, mi espíritu no puede echar de sí el recuerdo de aquellas bagatelas fabulosas, con narraciones de combates, en que ya fui como imbuído desde los primeros estudios de mi niñez. Lo mismo en la oración que en la salmodia del coro, hasta cuando estoy pidiendo perdón por mis culpas, me asalta la memoria inoportuna de aquellos poemas y veo desfilar ante mis ojos el fantasma de los héroes

que luchan. Aprisionado el espíritu con estas imaginaciones, halla tal dificultad para elevarse a la meditación de las cosas divinas, que lloro todos los días y no logro verme libre de tal cautiverio. . . » (1).

— Nunca hubiera puesto Casiano el ejemplo de Germán, si los escrúpulos que éste padecía fueran achaque de uno solo. Eran muchos los monjes que sentían las mismas turbaciones. La respuesta que le da, por otra parte, el abad Nesterio (2), nada tiene de suyo que implique condenación y hostilidad contra las letras. Se limita a aconsejarle que estudie las Sagradas Escrituras con el ahínco y el apasionamiento que antes consagró a los estudios seculares. ¿Cómo, además, podrían aceptarse, sin su grano de sal, los terribles anatemas que contra los poetas profanos lanzaban aquellos hombres, que no se recataban al mismo tiempo de citarlos cuando escribían en prosa, muchas veces con grandes alabanzas, y de imitarlos y hasta de saquearlos cuando escribían en verso?

Si por unas cuantas frases condenatorias que se le escaparon de la pluma, hubiéramos de juzgar la posición que, frente a la cultura clásica, adoptó el mismo San Isidoro de Sevi-

(1) *Collatio XIV*, c. 12.

(2) *Id. id.*, c. 13.

lla, el oráculo de la España visigoda, el maestro de toda la Edad Media se convertiría en un aliado de los bárbaros. Le entendió mejor el poeta florentino, al enaltecer en su poema inmortal el *ardente spiro d'Isidoro*. Abrazar en unas líneas la gigantesca labor del metropolitano hispalense, aunque no mirásemos en él otro aspecto que el de restaurador de la cultura clásica, fuera vano empeño. Aquella linda imagen de Menéndez Pelayo, en la que compara a San Isidoro con la espigadora Ruth detrás de los segadores, y le ve caminando detrás de las pisadas de los antiguos sabios, gentiles y cristianos, para recoger el fruto de las viejas civilizaciones y alimentar con él al mundo bárbaro (1), refleja admirablemente el espíritu y el contenido de su obra. Aquel varón excelso que, cuando era niño, aborrecía de tal modo los estudios y, sobre todo, los azotes del maestro, que, no contento con pedir a Dios como el hijo de Santa Mónica que no le azotasen en la escuela, llegó a escapar de Sevilla para verse libre de los dos suplicios, vino después a convertirse en el campeón más esforzado de la enseñanza. Fundó escuelas para niños y monjes. Dejó diversos tratados acerca de las siete artes liberales, compilando

(1) «Estudios de crítica literaria», I, p. 145 (Madrid, 1895).

en sus Etimologías todo el saber enciclopédico que había atesorado en las obras de los filósofos y poetas, oradores y gramáticos, escoliastas y Padres de la Iglesia. Si la misma frondosidad de alegaciones y testimonios extraños, que se advierte en sus libros, impide muchas veces dar con el propio testimonio del santo, allí encontramos, en cambio, numerosos fragmentos de obras ya desaparecidas. Ved, por ejemplo, este párrafo, que él copia de un libro de Suetonio, hoy perdido, acerca del origen sagrado de la poesía:

«Cómo les vino a los poetas este nombre, lo explica Tranquilo de este modo: Habiendo perdido los hombres su primitiva ferocidad y dándose ya cuenta del sentido de la vida, como llegaron a tener conocimiento de sí mismos y de sus dioses, inventaron el culto y el lenguaje apropiados a la magnificencia de las divinidades que adoraban. Lo mismo que edificaban en su honor unos templos más suntuosos que las propias casas y construían imágenes de mayor tamaño que sus cuerpos, creyeron también que debían honrarlas con un lenguaje, en cierto modo más solemne, y celebrar sus alabanzas con vocablos más escogidos y cadencias más dulces...» (1).

(1) *Etymologiarum*. Lib. VIII, c. 7. El pasaje es del *Prata*, de Suetonio.

El amor del santo a la poesía lo prueba el hecho de que no solamente filosofaba largo y tendido acerca de ella, sino que hizo muchos versos. No todos le conceden la paternidad de aquellos dísticos, atribuídos a él, no obstante, por graves autores, que figuraban en las gavetas donde tenía sus libros:

*Sunt hic plura sacra, sunt hic mundalia plura,
Ex his, si qua placent carmina, tolle, lege.
Prata vides plena spinis et copia florum.
Si non vis spinas sumere, sume rosas.
Hic geminae radiant veneranda volumina legis;
condita sunt pariter hic nova cum veteri...*

Entre los nombres de Orígenes, San Hilario, San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo, que aparecen envueltos en una guirnalda de elogios, pueden verse también los de Virgilio y Horacio, Persio y Lucano, Prudencio y Avito, Juvenco y Sedulio. El constante zumbido de versos de todas clases que nos acompaña desde el principio hasta el fin de las Etimologías, pone bien de manifiesto que los volúmenes de estos últimos autores no eran sólo decorativos en la biblioteca de San Isidoro.

El impulso dado por el metropolitano de Sevilla al cultivo de las letras fué más fecundo y duradero que el dado en Italia por Casiodoro. Muerto éste, la actividad del Monasterio

Vivariense acaba poco a poco por extinguirse. No hay, al menos, en la historia señales de ella. ¡Cómo fructifica, en cambio, por toda España, a la sombra de los monasterios y en los atrios de las iglesias, la semilla lanzada al viento por San Isidoro! Toledo, Córdoba, Zaragoza... El mismo renacimiento que se produjo en las Galias, en tiempo de Carlomagno, fué principalmente obra de españoles, amamantados en la escuela isidoriana. La savia de la antigüedad corre a borbotones por sus obras. El mismo San Eugenio de Toledo tiene a gala escribir versos en todos los estilos. Unas veces desahoga su vena humorística en unos sáficos que parecerían brutales, si no tuviesen mucho de horacianos, contra las molestias de la estación estival:

*Musca nunc saevit, piceaque blatta,
Et culex mordax, olidusque cimex,
Suetus in nocte vigilare pulex
Corpora pungit.*

*Tollat haec monstra Deus imprecanti.
Pelle languorem, tribue quietem,
Ut queam gratas placido sopore
Carpere noctes...*

Y otras veces llora, con ternura virgiliana, evocando también a los héroes de Virgilio, los desengaños de la amistad:

*Junctus erat nimium dilecto mente sodali,
Cujus ob affectum carmina moesta canunt.
Non sic Euryalum Nisus dilexit amatum
Nectebat ut nos pax in amore Deus... (1)*

Como los compañeros de Fray Luis, en Salamanca, durante los mejores días del Renacimiento, también en Córdoba se apasionaban por la poesía los discípulos del abad Speraindeo, y unos a otros se entregaban sus composiciones. Lo dice Alvaro Cordobés, recordando los años juveniles pasados en compañía de San Eulogio. Perdidos los versos de éste, sabemos, sin embargo, que los compuso, no solamente cuando acudía a las aulas, sino en el mismo calabozo. Trofeos del viaje que hizo a Pamplona, desde su ciudad mozárabe, fueron con *la Ciudad de Dios* de San Agustín, los códices de la *Eneida* de Virgilio, las *Sátiras* de Juvenal y de otros poetas, que no quiso reservarse para sí, haciéndolos correr de mano en mano para que los mozárabes no quedasen aislados del movimiento cultural que se obraba en los otros reinos. El tiernísimo epitafio con que cierra Alvaro Cordobés la Vida del glorioso mártir y dulce compañero, parece una glosa cristiana del *Manibus date*

(1) Las obras de San Eugenio pueden verse en el t. 87 de la *Patrologia Lat.* de Migne. págs. 349-418.

lilia plenis... que lanza Virgilio al conmemorar la muerte de Marcelo (1).

El nombre de Teodulfo de Orleans, glorioso obispo y verdadero poeta, que fué uno de los grandes alentadores del renacimiento carolingio, basta por sí solo para enorgullecernos. Fué él quien llevó a las Galias el soplo ardiente y restaurador del metropolitano de Sevilla, que, si languideció algunas veces, nunca se apagó del todo en nuestra península. Los monasterios de España, Italia, Irlanda, las Galias, no fueron islotes aislados de cultura en la cerrazón medieval. Domesticaban a los bárbaros, y se comunicaban entre sí. Es curiosa la carta que un monje catalán, de Santa María de Ripoll, escribía al expirar el año milenario a otro monje de un monasterio de Italia, pidiendo que le remitiese enseguida ciertos códices, sacados por él de Cataluña para copiarlos en su monasterio:

Obsecro, benignissime Domine, ut quaterniones, quos vobis transmissi quamtotius transcribatis et remittatis, quia Salomon valde indignatus est contra fratrem suum pro his, et improperat me amarissimis verbis... (2)

(1) Cf. «*Vita S. Eulogii*», *passim*.

(2) Cf. P. Benito Garnelo «*Relaciones entre España e Italia durante la Edad Media*» (*La Ciudad de Dios*, 20 de Junio, 1927, p. 409).

¿Puede darse una prueba de amor a los libros, como la de reñir por ellos?

II

Entre el coro de poetas latinos que, gracias a la piadosa mano que les tienden los monjes, logran sobrevivir al hundimiento de la Roma de los Césares, ninguno atrae las miradas y subyuga los corazones como Virgilio. La poesía es él, y hay veces en que los rigoristas, al glosar el sueño de San Jerónimo, descargan sobre Virgilio los golpes que otros merecen. No obstante, todos le leen, todos le citan. Sus códices abundan más que los de todos los poetas juntos, y el primor de las viñetas que los adornan sugiere, sin querer, la predilección y el mimo con que les trataban los calígrafos. Desde Boecio hasta el Dante, apenas hay escritores eclesiásticos que no concedan una amable hospitalidad en sus obras a los versos del poeta latino. La realidad sobrepujó las halagüeñas predicciones de Ovidio, predicciones que él mismo, por otra parte, consideraba como hiperbólicas:

*Tityrus et fruges Aeneiaque arma legentur
Roma triumphati dum caput orbis erit.*

Vino el desmoronamiento de la Roma imperial, y los pastores de las Eglogas y los

guerreros de la Eneida siguieron cantando y luchando todavía, como en los tiempos de Augusto, ante los ojos asombrados de los bárbaros.

No es hora, con todo, de describir el viaje triunfal de Virgilio a través de la Edad Media. Ya tuvo cronistas, de copiosa erudición y delicado gusto, que dieron a conocer sus aventuras. (1) Dejando en paz al Virgilio de las leyendas populares, galán y nigromante, profeta y alquimista, voy a echar una ojeada solamente sobre sus aventuras póstumas de poeta, que podemos adivinar por algunos de los comentarios que sus versos sugerían a aquellas pobres gentes medievales, de cuya rudeza, suponiéndolas incapaces de penetrar en el sentido íntimo de la poesía, hablan dogmáticamente los cronistas aludidos. Creo que para conocer hasta qué punto tenían despierto aquellos hombres el sentido de la gracia y de la belleza, ayudarán más algunas muestras de sus comentarios y el ver cómo traen a cuento los versos y cómo los injertan en la trama viva de sus períodos, que catalogar escrupulosamente los millares de citas virgilianas que pudieran salirnos al paso.

(1) Cf. Comparetti, *Vergilio nel medio evo* (2 vols.) y Fr. Michel, *Quae vices Vergilium per mediam aetatem exceperint*.

Volvamos, pues, a Casiodoro. Sólo una vez, en el prefacio de la obra cuyos fragmentos copiábamos arriba, cita al venusino, recordando el clásico precepto: *nonumque prematur in annum*. Son innumerables, en cambio, las veces que cita a Virgilio. Ved con qué gracia adapta a sus reflexiones los pensamientos del poeta, entrelazando los versos de éste con los de David. Acabada la fervorosa arenga, en que exhorta a sus monjes a correr por los caminos de la sabiduría, exclama:

«Pero si en alguno de los hermanos se cumpliera la frase de Virgilio, y

Frigidus obstiterit circum praecordia sanguis,
de tal modo que lleguen a estorbarle lo mismo las divinas que las humanas letras, puede siempre elegir, contentándose con cierta medianía en la ciencia, lo que el siguiente verso virgiliano se insinúa:

Rura mihi, et rigui placeant in vallibus amnes.

Pues no es ajeno a la profesión monacal el cultivo de los huertos, el laboreo de los campos y el alegrarse con las abundantes cosechas de manzanas, como nos lo da a entender el salmo veintisiete: *Labores manuum tuarum manducabis: beatus es, et bene tibi erit...»* (1).

(1) *De Inst. Div. Litt.*, c. 28.

Había hecho en una carta al senado de Roma el elogio del cuestor difunto, y como al mismo tiempo hubiese nombrado para sucederle al hermano menor del muerto, quiere preparar en favor del último el ánimo de los senadores, y lo hace ingeniosamente:

«Huelgan ya las lamentaciones por el que la muerte nos arrebató con tanta prisa. Ahí tenéis a otro hermano suyo, brotado de la misma estirpe generosa. Si la sombra del hermano mayor, al cual estaba sometido por ley de naturaleza, le tenía antes oculto, ahora ya brilla al sol el penacho de su fama... La noble estirpe conserva en el sucesor el fruto que perdiera con el que ha desaparecido. Puede ponerse como símbolo de su familia el ramo precioso que, en el poema virgiliano, vuelve siempre a retoñar:

*Hoc enim avulso non deficit alter aureus
et simili frondescit virga metallo»* (1)

Pocos capítulos hay en las Etimologías de San Isidoro donde las alusiones a Virgilio no se cuenten por docenas. Como, no obstante, los versos del poeta siempre se aducen allí desde el punto de vista didáctico, en confirmación de las observaciones, ya gramaticales, ya

(1) *Variarum Lib. V, c. 4.*

históricas, geográficas y mitológicas que al santo se le ocurren en el transcurso de la obra, daremos una muestra solamente. Es al hablar del matrimonio:

«Cuatro cosas, dice, suelen mirar las mujeres para elegir marido: el valor, la nobleza, la hermosura y la sabiduría. Entre todas, la más poderosa para engendrar el amor es la última. Estas cuatro condiciones, al decir de Virgilio, hallábanse reunidas en Eneas, y fueron las que impulsaron al corazón de Dido para prendarse del héroe. La hermosura: *Quem sese ore ferens...* El valor: *Quam forti pectore et armis...* La sabiduría:

Heu! Quibus ille

lactatus fatis, quae bella exhausta canebat...!

La nobleza: *Credo equidem, nec vana fides, genus essedorum...*» (1).

Poco antes que San Beda, brilló en las islas británicas el obispo San Andelmo, desafortadò forjador de imágenes, de estilo deslumbrante y encabritado, que, lo mismo en prosa que en

(1) IX, c. 7. Es curioso ver al santo, poco después de condenar a los poetas paganos, empleando para ensalzar a Juvenco y Sedulio la misma fórmula que Melibeo, en la Egloga 7.^a, para ensalzar a Corydon y Thyrsis. *Ambo florentes aetatibus, Arcades ambo*, leemos en la Egloga. Y el santo dice: *Ambo lingua pares, florentes versibus ambo...*

verso, puede considerarse como el Góngora de los escritores latinos medievales. Como para todos, Virgilio es para él el poeta predilecto. Huelga decir, sin embargo, que el amaneramiento conceptista, en vez de quedar redimido con las frecuentes citas y alusiones virgilianas, no hace más que agravarse. Como vienen traídos por los cabellos, los versos de Virgilio parecen añadir a su prosa nuevas crispaciones de rebuscado artificio. Glosando, por ejemplo, la conocida metáfora de San Pablo sobre la corona y los corredores del circo, la fantasía del piadoso varón se desmanda ya en el primer capítulo de la primera de sus obras, y arrastra al lector en una fuga atropellada de metáforas similares, presididas todas ellas por el onomatopéyico corcel del poema virgiliano:

*Quadripedante putrem cursu quatit ungu-
la*
[*campum* (1)].

Singular contraste con la pompa verbal de que el obispo Andelmo hace gala, es el que nos ofrece la noble sobriedad de San Beda. Como Isidoro de Sevilla, el Venerable derrocha citas de poetas en sus tratados de ortografía y de arte métrica. Fuera de ahí, en cambio, usa siempre de Virgilio con exquisita discreción,

(1) *De laudibus virginitatis*, I (Cf. el tom. 89 de la *P. Latina*, de Migae, pgs. 63-313).

llegando hasta omitir frecuentemente, al citar sus versos, la fórmula consagrada: *ut poeta dicit; ut ait mantuanus...* Las frases de Virgilio, que aparecen en sus libros, son siempre oportunas, de una delicada sugerencia. Pinta el asombro de la multitud al ver cómo se aplacan de repente los furoros de cierto endemoniado en presencia de unas reliquias, y evoca, como sin darse cuenta, el asombro con que oían en el palacio de la reina de Cartago los prodigios y desventuras de la última noche de Troya, narrados por Eneas:

Conticuere omnes, intentique ora tenebant (1)

Ornamento de la corte de Carlomagno, el nombre solo de Alcuino vale por el de una constelación de humanistas. Teólogo, poeta, escriturario, restaurador insigne de los estudios eclesiásticos y seculares, había sido de niño, como nos cuenta uno de sus biógrafos, más aficionado a Virgilio que a David: *Vergilii amplius, quam Psalmorum amator*. Arrepentido, no obstante, de aquella predilección como de un crimen, llegó después, con los años, a tener por algo pestífero la incomparable poesía de Virgilio, diciendo a sus discípulos que no necesitaban contaminarse con la muelle

(1) *Hist. Eccles.*, c. XI.

verbosidad del mantuano (1). Es la ingenua contradicción en que incurren tantos otros... Si sus discípulos hubieran aceptado escrupulosamente la advertencia, los primeros libros que hubieran quemado, por los innumerables versos del poeta que allí andan esparcidos, eran los del maestro. Desechando todo aire doctoral, le gusta jugar en sus epístolas con los versos abominables, que, de cerca y en la intimidad, siguen pareciéndole divinos. El amigo, a quien dirige las siguientes líneas en son de queja, no era más virgiliano que él:

«¿Acaso el amor de Virgilio, le dice, te ha hecho olvidarte de mí? ¡Oh, si yo me llamase Virgilio! Siempre me tendrías retozando al alcance de tus ojos, y meditarías con ahinco todas mis palabras, y yo sería entonces, junto a ti, lo que el mismo poeta dice:

Felix nimium, quo non felicior ullus...» (2).

Escribiendo al rey, le dice también con una ironía encantadora:

«¿Qué vale mi debilidad entre las armas?
¿Qué pinta el lebratillo entre los jabalíes?
¿Qué va a hacer, entre los leones, el corderuelo amamantado y educado en la paz, lejos de

(1) *Nec egetis luxuriosa sermonis Vergilii vos pollui facundia* (Vita c. 10, en el tomo 100 de la P. L. de Migne).

(2) *Ep.* 169.

los combates? Mientras cumpláis con los mandamientos del Señor, quedarse pacíficamente en casa para no contagiar de su timidez a los que luchan... Lo mismo que Virgilio hacía con Augusto:

Tu sectaris apros, ego retia servo... » (1).

Quejábase amargamente en otra epístola del olvido en que uno de sus amigos le tenía, y el santo varón, para mayor eficacia, entreteje de este modo sus lamentaciones con reminiscencias bíblicas y versos de Virgilio:

«Bromeando y enfadándome, muchas veces intenté despertar al que dormía. Pero yo cantaba, y tú no bailabas; lloraba, y no te afligías. *!Omnia vel medium fiant mare, vivite, silvae!*, dijo cierto enamorado al que despreciaba sus cuitas. Y también puedes leer en el mismo poeta:

Invenies alium, si te hic fastidit Alexis... » (2).

Entre las mismas tinieblas de los siglos diez y once podemos ir siguiendo la estela de claridad que dejan los exámetros del mantuano. Parece cosa de sueño ver, por ejemplo, al abad Teofrido, cuando eran pocos los que sabían

(1) *Ep.* 82.

(2) *Id.* 189.

leer haciendo gala de su inteligente familiaridad con los poetas griegos y latinos.

Pasando por alto las reminiscencias virgilia-
na que abundan en su prosa, cincelada con
esmero increíble, pocas veces dejarán de salir-
nos al encuentro en cada uno de sus capítulos
varias citas expresas de Virgilio. Habla de la
visión espeluznante que turbó las últimas
horas del santo emperador Enrique, y para
decirnos cómo se desvaneció en un abrir y
cerrar de ojos, echa mano de la graciosa com-
paración virgíliana:

Par levibus ventis, celerique simillima somno...

Como para disculparse, en el mismo capítu-
lo, de no dar pábulo a la curiosidad de sus
lectores, que él se imagina siguiendo ansiosos
las noticias y sucesos, cuya historia escribe,
aduce también las palabras de Eneas a la reina
de Cartago, colgada de sus labios para oír, sin
perder detalle, las aventuras del caudillo:

Infandum, regina, jubes renovare dolorem! (1).

Antes de pasar al capítulo siguiente, tropezamos todavía con tres nuevas evocaciones de versos de Virgilio. Versos de Virgilio emplea también para describir una espantosa erupción del Etna y las maravillas obradas por el velo

(1) *Flores Ep. Sanctorum*, l. II, c. 5.

de Santa Agueda, que salvó de la catástrofe a los habitantes de Sicilia (1). Despidiéndose ya de sus lectores, trae a la memoria una escena del último libro de las Geórgicas:

«Como quiera que, afanado por recoger olorosas flores para tejer guirnaldas en honor de los siervos de Dios, voy corriendo ya demasiado por esos campos, el recuerdo de aquella sentencia del mantuano me acosa interiormente:

*Qui legitis flores, et humi nascentia fraga,
frigidus, o pueri, fugite hinc, latet anguis in*
[herba...]

Mi razón y mi arte van también con los pies descalzos, como la esposa de Orfeo, y quiero poner remate a mi largo trabajo para no exponerme más a ser mordido por el áspid...» (2)

Ved, por último, con qué agudeza psicológicas, después de citar unas observaciones que acerca del mismo asunto dirigía San Jerónimo a Eustoquio, glosaba Pedro Abelardo el famoso verso de la tercera Egloga, que tantos imitadores y comentadores ha tenido en la poesía castellana:

«Semejante pintura es la que nos hace también Virgilio de las mañas de aquella jugueto-

(1) *Id.* l. III, c. 4.

(2) *Id.* l. IV, c. 7.

na y alegre Galatea, la cual, fingiendo escaparse, iba en busca de lo que apetecía, y aparentando, ruborosa, huir de él, atraía más hacia sí al dueño que la amaba. Dice:

Et fugit ad salices, et se cupit ante videri.

Antes de perderse de vista, quiere que la vean huir, para que la misma fuga, con la cual parece ponerse a salvo del que la persigue, la asegure más de su compañía. Lo mismo acontece también en nosotros cuando creemos huir de las alabanzas de los hombres. Lo que hacemos es atraerlas con mayor industria, y al fingir que deseamos la oscuridad para que ninguno advierta lo que hay en nosotros de laudable, trabajamos con más empeño por las alabanzas, ya que el esfuerzo mismo que ponemos en huir de ellas, nos hace creer que tenemos más títulos para recibirlas. . . » (1).

Había materiales en abundancia, sin salir de la Edad media, para escribir una historia póstuma, no menos pintoresca y sugestiva que la del cantor de Roma, sobre las aventuras de todos los versos famosos de Virgilio. No son menester, con todo, nuevos testimonios para poder afirmar que el culto tributado entonces al mantuano tenía otros orígenes que el de su fama de astrólogo y de profeta de Cristo.

(1) *Epist.*, V.

Era su misma poesía, era el inconfundible vaho de humanidad y de espiritualidad que sus versos exhalan, lo que atraía también hacia Virgilio la veneración y la ternura de aquellas almas, menos rudas de lo que muchos se complacieron en pintárnoslas.

Antes de encontrarse, al pie de la célebre colina, bañada de sol, con el inmortal viajero extraviado que iba a tomarle por maestro y guía al través de las regiones infernales, el poeta de Mantua había recibido salutations fervorosas, en el silencio de muchas abadías y monasterios. El Dante no fué el descubridor, sino el cantor excelso del *anima cortese mantovana*, que se había manifestado ya, sin velo alguno, a los hombres de la Edad media.

III

Hora es ya de volver los ojos a San Agustín. Sólo por apreciar mejor la transcendencia de la orientación y del impulso dados por él a la cultura cristiana de Occidente, nos hemos asomado a la Edad Media, en que la doctrina y el ejemplo de San Agustín vinieron a ser como el pan cotidiano de aquellos venerables obreros de la civilización. Toda la corriente de verdadero humanismo, que, fundida ya con el dogma cristiano, circula entre

las epístolas de Casiodoro y los tercetos de la Divina Comedia, nace, como de fuente principal, de las obras del Doctor africano. Allí hay que buscar también, al menos parcialmente, los orígenes de la glorificación cristiana de Virgilio.

Perdido, desgraciadamente, el libro que durante los primeros años de su juventud escribiera acerca de lo bello; agobiado después bajo el peso de sus tareas apostólicas para poder llevar a cabo los propósitos, acariciados en los mismos fervores de su conversión, de consagrar varios volúmenes al estudio de las artes liberales, las ideas literarias de San Agustín andan esparcidas como a voleo entre la pasmosa multitud de sus escritos. Imposible recogerlas y compendiarlas aquí. Bueno es, no obstante, advertir que entre las enseñanzas que el retórico de Milán había, sin duda alguna, recibido de Cicerón y Quintiliano, entre las abundantes reminiscencias platónicas que hallamos en sus escritos, aparecen también ideas y observaciones que con justicia pueden llamarse agustinianas.

Como una muestra de la luz que sobre todas las cuestiones, en que venía alguna vez a posarse, derramaba aquella inteligencia de iluminado, recordaremos solamente lo que se refiere al concepto de la poesía. No deja de ser

extraño que los defensores de la poesía pura, en su afán de buscar ilustres y rancios abo- lengos, se hayan olvidado de San Agustín. Tocados por la varilla mágica del abate Bremond, ¡cuántos textos del obispo de Hipona se hubieran levantado para dar testimonio en favor del heresiarca! ¡Cómo hubiera batido palmas el insigne maestro, al ver que el hijo de Santa Mónica propuso y resolvió varias veces de igual modo que él en la Academia francesa, el problema de la poesía! No tiene desperdicio ninguna de las observaciones con que San Agustín, después de investigar los fundamentos racionales de la armonía que entra por los ojos, trata también de escudriñar las razones de la música verbal que halaga los oídos:

«Viniendo ahora a los versos, en los cuales ha de buscarse de igual modo la razón del deleite, que es propio del oído, ¿cómo dudar que la armonía es también la que engendra toda la suavidad del deleite que nos cautiva? La danza del histrión, cuyo sentido descubren por los gestos los espectadores inteligentes, deleitándose a la vez en los ágiles y cadenciosos movimientos de la pantomima, suele decirse que es razonable, aunque no se tenga en cuenta el gusto de los sentidos, cuando imita bien aquello que trata de imitar. No de-

cidos, pues, que ofenda nuestros ojos el danzante si en el papel de Venus aparece con alas y en el de Cupido con manto, siempre que despliegue en sus giros y movimientos la gracia armoniosa del ritmo. La razón, que busca el sentido de las cosas, es la que entonces se ofende por medio de los ojos... Lo cual se echa de ver con mayor claridad en los oídos. Todos los sonos concertados les agradan y subyugan, pero la hermosura del pensamiento, que en los mismos sonos va escondido, sólo por el espíritu se percibe. Esa es la razón de que al oír aquellos versos de Virgilio:

*Quid tantum Oceano properent se tingere soles
hiberni, vel quae tardis mora noctibus obstet,*

alabemos por una parte la música de los versos y, por otra, la sentencia en ellos contenida, ya que no damos a entender lo mismo diciendo que *son unos versos razonables* y que es una *razonable idea...*» (1)

La verdad del pensamiento no es, pues, la verdad de la poesía. Ahí tenemos ya formulada la distinción entre lo puro y lo impuro, que es el dogma fundamental de la estética bremondiana. No pueden tocarse a la ligera, sin peligro de falsearlas, las profundas observaciones, los geniales atisbos que, al tratar de los

(1) *De Ordine*, II, 34 (Cf. *Id.*, *id.* 40).

números, dejó esparcidos el santo en sus seis libros acerca de la música. Bueno es, no obstante, recordar que el obispo Memorio, después de haberlos leído, se apresuró a felicitar a San Agustín declarándole que había ennoblecido a la poesía. No era una adulación. Si el párrafo antes citado, leído por encima, hubiera engendrado en alguno la sospecha de que San Agustín confundía el misterio poético con la caricia, puramente sensible, de unas vibraciones sonoras, ahí están sus diálogos acerca de la música que no dejan lugar a dudas. La raíz del encanto que produce en nosotros la música de los versos hay que buscarla, según él, en las profundidades del alma. La corteza efímera y material de las palabras armoniosas, con sus sílabas que cantan, largas y breves, lleva dentro de sí el estremecimiento vital de una música interior, que es la verdadera poesía (1). El alma tiene también sus números, como las palabras. Estas, en los versos inspirados, no son más que transmisoras de los movimientos armoniosos que el alma, cuando goza del estado poético, les va comunicando.

Lejos de irritarse contra los gentiles que hicieron divinas a las Musas, proclamándolas hijas de Júpiter, el santo se detiene en explicar

(1) *De Musica*, VI, 16, etc...

cómo los gentiles no andaban del todo descaminados (1). La poesía viene de Dios y lleva a Dios. Habiendo cristianizado él la doctrina de los números pitagóricos, el obispo de Hipona tiene que ser por fuerza el aliado de aquellos que no pueden concebir la poesía sin sus gotas de misticismo. Entre las criaturas y el Criador descubre una escala de números armoniosos, como para comunicarse lo finito y lo infinito. Parecen desahogos líricos del santo, pero son una lección de profunda filosofía, las palabras que pone al final de su tratado sobre la música, cuando después de considerar las armonías de la tierra y del mar, del aire y del cielo, entra en el reino de las almas, «cuya música interior, ajustándose al que es Dueño de todas las cosas, precede y ordena todos los movimientos inferiores, por encima de los cuales se hallan siempre las armonías racionales de las almas justas y bienaventuradas, armonías que reflejan, sin que ninguna criatura lo estorbe, la misma ley de Dios, que no permite caer sin su consentimiento la hoja del árbol y tiene contados los cabellos de nuestra cabeza, para transmitirla también hasta los reinos de la tierra y del infierno...» (2).

Mejor todavía que con sus propias definicio-

(1) *De Ordine*, II, 41.

(2) *De Musica*, VI, 58.

nes y teorías literarias, influyó San Agustín en los escritores medievales planteando y resolviendo de una manera definitiva el pleito secular entre el cristianismo y la sabiduría pagana. La flagelación de San Jerónimo, en el sueño angustioso que él mismo nos ha contado, (1) es el símbolo cabal de los escrúpulos que entonces torturaban la conciencia de los sabios cristianos. Ninguno, sin exceptuar al mismo San Agustín, se vió libre de ellos. Si ahora, muerto el paganismo, los nombres de Platón y de Homero, de Cicerón y de Virgilio, despiertan sólo en nosotros imágenes de serenidad y de belleza, entonces estaban asociados todavía a odiosas supersticiones. La proximidad, en los cristianos de aquellos siglos, producía el fenómeno inverso que en nosotros produce la distancia. Desde el Renacimiento hasta nuestros días, los poetas han dado en considerar al paganismo como la religión de la belleza. Gracias a ellos, los dioses no representan ya otra cosa que una galería de blancas estatuas inofensivas, esfumándose en la lejanía azul de una antigüedad encantada, como númenes pacíficos, amigos de las fuentes y de los bosques. Como no asistimos a los ritos groseros y nefandos, con matanzas de bueyes,

(1) *Epist.* 25.

ovejas y machos cabríos en los pórticos de los templos; como no hemos respirado nunca el olor fétido de la carne, la lana y los cuernos chamuscados, que invadía el ambiente de aquellas ciudades en la hora de los sacrificios, la visión de la antigüedad pagana, mirada solamente a la luz de la poesía, tiene más de placentera que de repugnante. Los que, por el contrario, asistieron de cerca al desenfrenado carnaval de todas las aberraciones, que era la realidad del paganismo, forzosamente tenían que pensar de otro modo. Si la dulzura de los poetas nos ha hecho olvidar a nosotros los horrores de aquellas costumbres, bien merecen ellos disculpa si la monstruosidad de las costumbres les hizo apartar también los ojos de los poetas que entre aquella corrupción florecían.

No fué San Agustín el primero en reconciliarse, prácticamente, con los autores paganos. Antes que él lo habían hecho Lactancio y San Ambrosio. El mismo San Jerónimo, que tan fieros anatemas lanzó contra Cicerón y Virgilio, proclamando la incompatibilidad absoluta de sus obras con el Evangelio, citaba siempre que le venía a mano sentencias de Cicerón y versos de Virgilio. Lo que hizo San Agustín, y ninguno hasta él había hecho, fué firmar solemnemente el verdadero tratado de alianza

entre la sabiduría antigua y las enseñanzas del Evangelio, después de haber proclamado varias veces que todos los destellos de verdad que en los filósofos y poetas paganos pudieran descubrirse eran también resplandores del Verbo de Dios. Las turbaciones con que el sueño de San Jerónimo agitaba de vez en cuando la delicadísima conciencia del obispo de Hipona, nunca lograron arrancar de él palabras que no fuesen de piadosa comprensión hacia aquellos hombres que, como él, habían suspirado por la verdad. No dudaba que, de vivir en su tiempo, lo mismo Sócrates y Platón que Virgilio, se hubieran hecho cristianos. Antes de ser obispo, y comentando la conducta de algunos filósofos gentiles que al mismo tiempo que enseñaban en sus escuelas doctrinas religiosas, diferentes de las que el vulgo profesaba, iban con el vulgo a los templos de los dioses, *scholas habebant dissentientes et templa communia*, escribía lo siguiente:

«Si resucitasen los filósofos, con cuyos nombres se envanecen los paganos, y vieses pobladas nuestras iglesias y vacíos los templos de los dioses, y a todo el género humano, desdeñoso de los bienes terrenales y caducos, correr con la esperanza de la vida eterna en pos de los bienes espirituales, tal vez dirían entre sí: Estas son las verdades que no tuvimos

el valor de predicar a los pueblos, haciendo más por acomodarnos a su rutina que por convertirlos a nuestras creencias y sentimientos.

Volvieran, pues, aquellos hombres a vivir entre nosotros y entoces quedaran convencidos de cuál es la autoridad que mejor puede encaminarnos hacia el bien, y sólo con cambiar unas pocas palabras y sentencias acabarían por hacerse cristianos, como muchos platónicos se han hecho en nuestros días, *et paucis mutatis verbis atque sententiis christiani fierent...*» (1).

Pero las que pueden considerarse como una cristalización definitiva del pensamiento agustiniano sobre la cultura clásica son las instrucciones que, ya obispo, da a sus clérigos acerca de los estudios en que deben ocuparse:

«Si los filósofos, dice, y sobre todo los platónicos, dejaron en sus escritos algunas verdades que se hallan en armonía con nuestra fe, no hay duda que, en lugar de desecharlas, debemos arrebatárselas como a injustos poseedores y utilizarlas en provecho nuestro. El pueblo israelita no sólo halló entre los egipcios ídolos y tiranos, que para él debían ser vitandados y abominables, sino también vasos de

(1) *De vera religione*, 6-7.

oro y plata, vestiduras y ornamentos preciosos, los cuales, al partir de Egipto, llevaron los israelitas consigo para emplearlos en más santos menesteres, no por iniciativa propia, sino por el consejo del mismo Dios, habiéndoselos suministrado, sin saber lo que hacían, los mismos egipcios. Podemos, pues, encontrar, del mismo modo, en los libros de los gentiles, no solamente supersticiones, fábulas y vanidades de farragosos preceptos, que cada uno de nosotros, al salir, guiado por Cristo, de las tinieblas del paganismo, debe desechar y aborrecer, sino también enseñanzas liberales, provechosísimas para el conocimiento de la verdad, sabias reglas de costumbres, algunos principios atinados sobre el culto del Dios verdadero. Todo lo cual viene a ser como el oro y la plata que, sin haber sido creados por ellos, fueron por ellos arrebatados de los tesoros de la divina Providencia, abiertos siempre para el mundo entero, y consagrados después al culto sacrílego de los demonios. El cristiano, pues, que abandona con el espíritu su perversa compañía debe arrebatarse ese oro y esa plata para ponerlos al servicio del Evangelio. Y hasta las mismas vestiduras, con que los paganos se adornaban, esto es, las instituciones sociales, necesarias en la vida de los hombres, deben

aceptarse como propias, convirtiéndolas en usos cristianos...» (1).

¡Magníficas palabras, que llevan dentro de sí los gérmenes de todos los renacimientos futuros! Basta que las escribiera San Agustín. Ninguno de los Santos Padres fué venerado y leído en la Edad Media como él. Si Virgilo fué entonces la encarnación de la poesía, el magisterio de todas las disciplinas estuvo encarnado en San Agustín. Entre la infinidad de elogios que los escritores medievales dedicaron al Obispo de Hipona, basta recordar los dísticos que San Isidoro de Sevilla hizo grabar en su biblioteca sobre los anaqueles que contenían las obras del Doctor africano. Como ya sabemos, en aquella biblioteca tenían cabida todos los autores famosos, lo mismo cristianos que gentiles. Todo el incienso, sin embargo, de las alabanzas fervorosas se consume en torno de San Agustín:

Mentitur qui te totum legisse fatetur.

An quis cuncta tua lector habere potest?

*Namque voluminibus mille, Augustine, re-
[fulges.*

Testantur libri quod loquor ipse tui.

Quamvis multorum placeat prudentia libris,

Si Augustinus adest, sufficit ipse tibi. (2).

(1) *De doctrina christiana*, II, 60.

(2) «Mentirá quien afirme que ha leído toda tu obra. ¿Acaso

Ateniéndonos ahora solamente al aspecto literario, no es difícil comprobar cómo abundan en reminiscencias agustinianas todos los libros que sobre las artes liberales se escribieron en la Edad Media. *Litterarum omnium magister egregius*, le llama Casiodoro, cuya carta, ya citada, acerca de la música, es una verdadera compilación de pasajes agustinianos. El mismo San Isidoro nos daría argumento para llenar centenares de páginas. Agustiniánas son la definiciones métricas, algunas copiadas literalmente (1), que nos da en sus Etimologías; agustinianos los razonamientos en que se funda su opinión, al poner las primeras letras por encima de los estudios superiores que se cursan en las escuelas de los gramáticos, agustiniana la comparación entre éstos y los herejes (2). Palabras de San Agus-

hay alguno que pueda hacerse íntegramente con ella? Tu nombre, Agustín, brilla en mil volúmenes. El número de libros muestra ya que hablo de tí. Aunque el espíritu, deseoso de saber, halle deleite en amontonar libros de muchos autores, si tienes los de Agustín, con ellos te basta». Villanueva, en su *Viaje Literario*, tomo VIII, p. 45, copia también, con ligeras variantes, estos versos, hallados por él en un códice de Santa María de Ripoll (siglo XII).

(1) Cf. *Etymol.* I, 39 y *De ordine*, II, 14 y *De musica* III, 1. La definición de *epitalamio* se halla tomada de la *Enarr. in psal.* 44.

(2) *Sententiarum.* I. III, c. 13.

tín emplea también para ponderar la excelencia del canto eclesiástico (1), y de San Agustín tomó, por último, sus principios acerca de la belleza, que expone, frecuentemente, con las mismas fórmulas verbales del Doctor africano (2).

Como el metropolitano de Sevilla, echaron mano de él Casiodoro y San Beda, Alcuino y Abelardo. El profesor de retórica, con haber renunciado en plena juventud a la cátedra de Milán, seguía dando lecciones después de muerto.

Poco se elevaría, no obstante, sobre el vulgo de los viejos gramáticos y escoliastas la figura de San Agustín, si todo su magisterio viniese a parar en haber enseñado unas cuantas definiciones. La letra fué lo de menos en su magisterio póstumo. Fué el espíritu abierto y conciliador, que infiltró en la cultura de la Edad Media, destruyendo toda antinomia entre la sabia antigüedad y el cristianismo, la gloria que ninguno puede disputar al obispo de Hipona, el título por el cual le consideran todos como maestro.

Aquella comparación suya entre el oro de los egipcios y le sabiduría de los gentiles hizo de

(1) *De officiis*, 5 (Cf. *Confess.* X, 33).

(2) *Sententiarum*, I, 4, 8, 12 (Cf. *De libero arbitrio*, II, 7).

talismán maravilloso para borrar de la imaginación de los letrados el fantasma del sueño de San Jerónimo y convertir los monasterios, a la vez que en asilos de la Grecia y de la Roma inmortal, en colmenas de todas las actividades literarias. Siempre que los maestros monacales exhortan a los suyos al estudio de las letras humanas, les recuerdan la célebre página de San Agustín. Es el argumento decisivo que, después de haber apuntado otras razones, inspiradas también en San Agustín, emplea Casiodoro:

«Hubo, además, numerosos Padres que, versados en las letras humanas y fieles a la ley de Dios, llegaron a conquistar la verdadera sabiduría, como el bienaventurado Agustín, en su libro de Doctrina cristiana, lo declara, al decir: *¿No hemos visto el oro, la plata y las vestiduras preciosas con que salieron de Egipto, Cipriano, el doctor suavísimo y el mártir egregio; Lactancio, Victorino, Optato, Hilario...?* Yo puedo aumentar la lista con los nombres de Ambrosio, del mismo Agustín, de Jerónimo y una multitud innumerable de escritores griegos. Hizo también lo mismo el siervo fidelísimo del Señor, Moisés, del cual leemos que estaba instruído en todas las artes y ciencias de los egipcios. Si, pues, hemos de imitarles nosotros, démonos prisa a estudiar,

siempre que pongamos en ello la debida cautela, la doctrina de los gentiles, hermanada con la nuestra. ¿Quién se atreve a dudar teniendo ante los ojos los numerosos ejemplos de aquellos insignes varones?» (1).

La comparación agustiniana no podía faltar en San Isidoro que, como de costumbre, la da por cosa suya:

«El oro, la plata y las vestiduras que los israelitas se llevaron de Egipto simbolizan el estudio que hemos de poner en las obras de los gentiles, y el no poco provecho que podemos sacar de ellas...» (2).

El pasaje íntegro de San Agustín, que copiábamos arriba, se halla citado varias veces en Abelardo (3), el cual, después de ofrecernos más de cincuenta alegaciones expresas de los libros de Doctrina cristiana, abunda en reminiscencias y hasta en plagios evidentes. Una de las sentencias del Doctor africano que con mayor frecuencia repite y a la que más sabrosos comentarios dedica, es aquella tan graciosa de la llave de oro y la llave de madera:

«Señal es de nobleza buscar en las palabras

(1) *De Inst. div. litt.*, c. 28.

(2) *Quæst. in Exodum*, XVI, 2.

(3) *Introd. ad Theologiam*, II, 2; *Theologisc hristiana*, II, etc...

la verdad, no las palabras mismas. ¿De que nos sirve una llave de oro, si no se puede abrir con ella lo que deseamos? ¿Y qué nos estorba una llave de palo, si con ella se puede, cuando no buscamos otra cosa que abrir lo que estaba cerrado?» (1).

Ocioso fuera seguir acumulando testimonios, que los grandes y pequeños autores de aquellos siglos nos suministran con tal abundancia. Fué tan vivo y constante en las escuelas el influjo del tratado de Doctrina cristiana, que no hay exageración en afirmar que fué el código literario de la Edad Media.

¿Cómo, pues, no había de infiltrar San Agustín en el alma de sus lectores la predilección apasionada que siempre le inspiró Virgilio? Bastaría conocer el amor de San Agustín al mantuano y la veneración en que éste fué tenido durante la Edad Media, para afirmar, sin que hiciesen falta otros argumentos, la dependencia que hay entre uno y otro fenómeno. Hallamos, no obstante, en las obras de Abelardo una preciosa confesión que da valor de evidencia a nuestras conjeturas. Acudo al desgraciado rival de San Bernardo, porque son pocos los escritores medievales que prodi-

(1) *De Doctr. christ.*, IV. (Cf. de Abelardo, *Intr. ad Theolog.* II, 3; *Theologia christiana.*, III).

gan como él las citas del obispo de Hipona y pocos también los que interpretan con tanta finura los varios matices de la poesía virgiana. Vuelto, pues, el heresiarca contra los que pudieran acusarle por haber buscado testimonios en favor del dogma de la Trinidad entre los poetas y filósofos gentiles (1), arguye de este modo:

«¿Quién me puede echar en cara el uso de tales testimonios, sin acusar al mismo tiempo a los doctores de la Iglesia? Todos los argumentos que arriba propuse, fundados en la autoridad de los filósofos paganos, no los saqué de las obras de éstos, de las que apenas he leído algunas, sino que fueron recogidos por mí en las mismas obras de los Santos Padres...» (2).

No era menester que a renglón seguido pudiese el nombre de S. Agustín, como de hecho lo pone, para caer en la cuenta de que fueron las obras del obispo de Hipona el arsenal que mayor copia de citas de filósofos y poetas gentiles le había suministrado. Unas líneas antes

(1) Entre ellos figura el siguiente de Virgilio:

Trina tibi haec primum triplici diversa colore

Licia circumdo, terque haec altaria circum

Effigiem duco, numero Deus impari gaudet (Egl. 8, v. 73 y ss.)

Estos no se hallan citados en las obras de San Agustín.

(2) *Intr. ad Theol.*, II, 1.

de hacer la citada confesión recordaba ya que el mismo San Agustín no vacilaba en poner a Virgilio entre los profetas: *nec Sibyllae vel Virgilii vaticinia spiritualis Doctor Augustinus sanctorum prophetiis inserere timuit*. Hojeando después sus obras, observamos que apenas hay en ellas una cita virgiliana que no se encuentre también en San Agustín. Desde luego, todas las que se refieren a la Egloga cuarta proceden evidentemente de los conocidos pasajes en que San Agustín habla de los vaticinios de la Sibila de Cumas. No acierta Abelardo a recordarnos una sola vez los famosos versos de Virgilio, sin poner al lado la interpretación mesiánica que les dió el obispo de Hipona (1). Hay que resignarse, pues, a tener a Pedro Abelardo por uno de los representantes más conspicuos del agustinianismo y del virgilianismo medievales.

Pero ya hemos visto que no fué el único. Antes y después de Abelardo florecieron otros que también merecían recordarse. El glorioso abad de Claràval, formidable impugnador de sus doctrinas, sabía como él juntar al obispo de Hipona con el poeta de Mantua. Contentémonos por ahora, ya que la índole del presente estudio impide entrar en mayores escla-

(1) Cf. *Ep.* VII; *Theol. christ.*, I, 5; *Intr. ad Theol.* I, 21.

recimientos, con haber arañado ligeramente en la corteza del asunto. No era otra cosa, al fin y al cabo, la que pretendíamos. Si los bárbaros de la segunda Edad Media, de cuyo próximo advenimiento hablaron algunos pensadores y vemos ya signos alarmantes, no destruyen lo que dejaron en pie los bárbaros de la primera, todavía podemos acariciar la esperanza de unos años de paz en el rinconcito de una celda para volver con mayor calma sobre tema tan sugestivo...

INDICE

CAPITULO PRIMERO

San Agustín y Virgilio

Páginas.

I. Preliminares. Las lágrimas de San Agustín. Una falta de comprensión. La florecilla que embalsama el templo.—II. La huella de Virgilio en la obra de San Agustín. Elogios al poeta. La doctrina del Doctor de la gracia y un pasaje de la <i>Egloga segunda</i> .—III. Límites y extensión del virgilianismo de San Agustín. Una trilogía admirable. El Doctor africano nunca renegó del poeta de su infancia.—IV. Orígenes agustinianos del culto a Virgilio en la Edad Media.—V. El poeta y el patrono de los convertidos. San Agustín y Virgilio, defensores de Occidente.....	5
---	---

CAPITULO II

El poeta y el estudiante

I. Las primeras lecturas de San Agustín y Santa Teresa. Un verso de Horacio. El ejemplo de Renan.—II. Agustín	
---	--

en Madaura. El primer milagro del poeta. La lectura de Virgilio en las escuelas.—III. Los profesores y el discípulo. Cartago.—IV. La hermandad del santo y del poeta. El sentimiento de la música.—V. Poema de amistad. El don de lágrimas	35
--	----

CAPITULO III

La Conversión

I. El testimonio de San Agustín y las fantasías de los críticos. Bosquejo de un mapa espiritual.—II. Cómo cayó en el maniqueísmo. Lamentaciones del Santo. Los poetas y los maniqueos. Las fábulas paganas. La poesía de Virgilio y las pasiones.—III. La vuelta hacia la verdad. Las lecturas de Casiaco. El arte y la filosofía. ¿Virgilio en el cielo?—IV. El espíritu religioso de las Geórgicas y de la Eneida. El platonismo de Virgilio. Posición del poeta en el mapa espiritual de la conversión de San Agustín	66
--	----

CAPITULO IV

El Misterio de la Egloga cuarta

I. La conversión de San Agustín y la Egloga. El poeta, deudor del santo. Unos versos de Víctor Hugo. Los críticos ante el misterio.—II. San Agustín, en favor del mesianismo virgiliano. Interpretación de un pasaje de San Pablo. La carta a Volusiano. Refutando a Porfirio. Nuevo testimonio.—III. La fama del Virgilio cristiano, antes de San Agustín. El discurso de Constantino. Diatribas de San Jerónimo. Oposición, fingida, entre los dos grandes	
--	--

Doctores.—IV. Las afirmaciones del obispo de Hipona y las teorías de la crítica moderna. El hijo del cónsul y la paz de Brindis. Isaías y Virgilio. El cuento de hadas... El Virgilio de San Agustín es el Virgilio de la Historia.... 99

CAPITULO V

El hijo y la madre

I. *Meribibulam*. La huella de Santa Mónica en la obra de San Agustín. Su verdadero sentido. La ternura de Virgilio y la sequedad de Horacio.—II. La madre del poeta. Las madres en su obra: Venus, Andrómaca, la madre de Euryalo, Amada y Cyrene.—III. La madre de San Agustín. La realidad y la mitología. Una anécdota. Cartago. El puerto de Ostia. Si los muertos hablasen. 132

CAPITULO VI

El encanto de la naturaleza y el misterio de la muerte

I. La originalidad de Virgilio y la naturaleza. Los cascos guerreros, convertidos en búcaros.—II. El sentimiento de la naturaleza en San Agustín. Eglogas de Casiaco. El arroyuelo. Pelea de gallos. *Cum jam advesperaret*... Las hormigas. El ave que enferma de amor.—III. Interpretación religiosa del universo. Una frase de Virgilio y otra de Jeremías. La canción de las criaturas en San Agustín.—IV. La muerte, inspiradora de piedad. Los moribundos de la Eneida. El Doctor, el Hombre y el Santo, frente al misterio de la muerte. La túnica de Sapida 172

CAPITULO VII

El poeta y el doctor

I. El magisterio de Virgilio, aceptado por San Agustín.—II. Las Ciencias naturales. El águila, los gigantes, las abejas, los ríos, los volcanes y los astros.—III. La historia. El desfile de los héroes virgilianos por la obra de San Agustín. Analogías entre la Eneida y la Ciudad de Dios. El Obispo de Hipona, defensor del Imperio 211

CAPITULO VIII

El magisterio literario de San Agustín y la poesía de Virgilio en la Edad Media

I. La poesía y los exorcismos de Boecio. Casiodoro. La cultura clásica en los monasterios. San Isidoro de Sevilla. Los monasterios españoles.—II. Primacía de Virgilio en las escuelas medievales. Razones de la misma.—III. La doctrina literaria de San Agustín. Su posición frente a la cultura pagana. Primacía del santo en la Edad Media. El virgilianismo agustiniano y el virgilianismo medieval 238

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA IMPRENTA
DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL EL DÍA
DIECISIETE DE AGOSTO DEL AÑO DE MIL
NOVECIENTOS TREINTA Y UNO,
FIESTA DE SANTA CLARA
DE MONTEFALCO.

**Explicit liber iste:
Laus sit tibi, Christe.**

Biblioteca Pública de Soria



71252839 DR 8433



DR
8433

EL ALMA VIRGILLIANA
DE SAN AGUSTIN :-:

P. CONRADO
RODRIGUEZ

